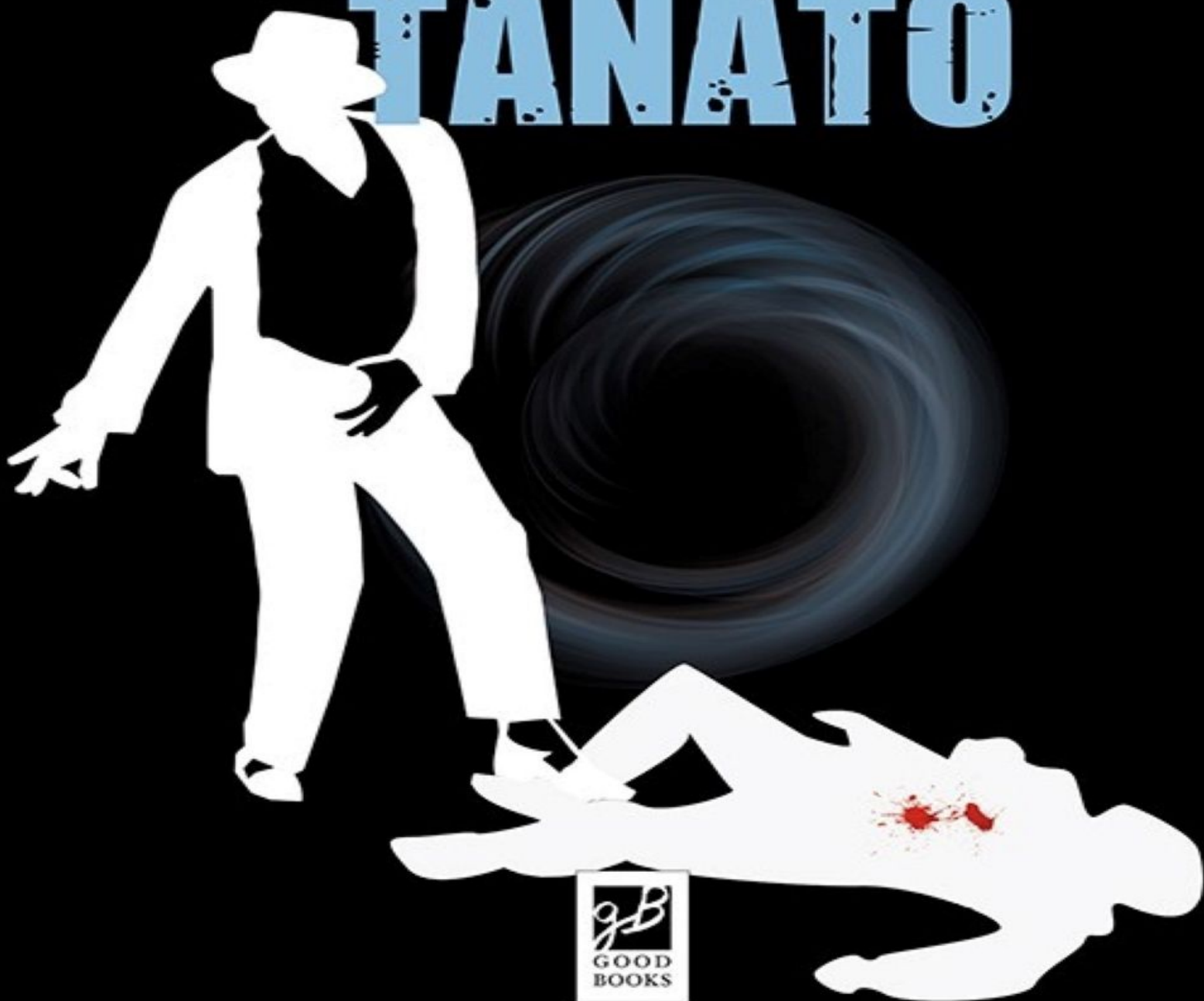


José Antonio Ortega

EL SUEÑO
DE TÁNATO



El Sueño de TÁnato

J. A. Ortega



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parcialmente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain.

Título original: *El sueño de Tánato*

© Goodbooks Primera Edición 2019

© José Antonio Ortega

Calle Nardo, 53, Soto de La Moraleja, Alcobendas, 28109

Primera Edición ebook 2019

ISBN: 978-84-946101-3-4

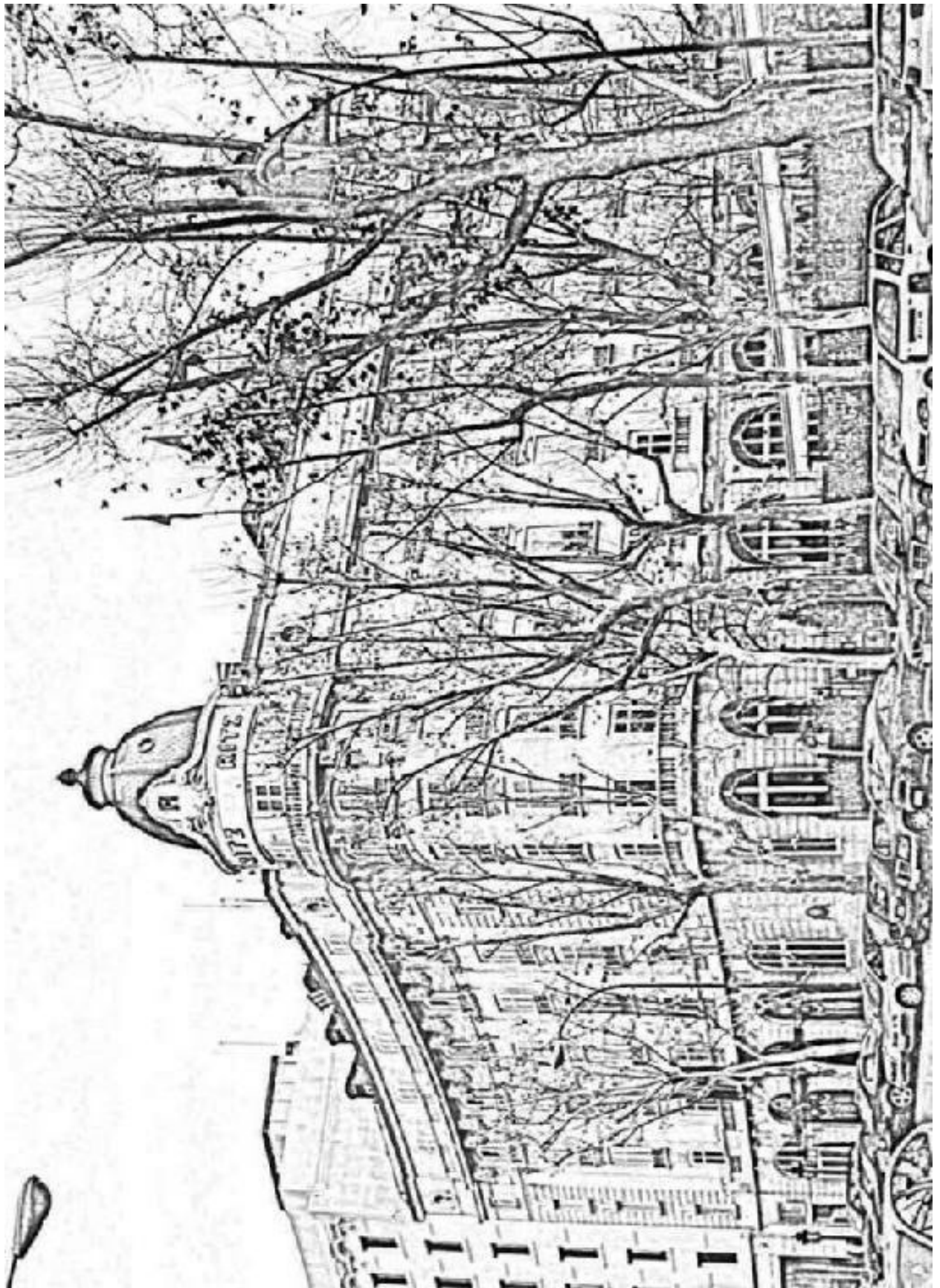
Diseño de cubierta: Planet Market y Mari Carmen López

*A mi padre, in memoriam.
Y también a mis hijos, Aaron y Mariam.
(Porque solo a través de la descendencia
tenemos alguna posibilidad de sobrevivir
y perdurar en el tiempo).*

La mayoría de los hechos que se relatan en este libro son reales en la medida que todo producto de la imaginación constituye una realidad en sí misma. Y, en tanto que reales, puede que también verídicos, en la medida en la que incluso en toda fantasía siempre hay un sustrato de verdad. Cualquier similitud con alguna otra historia de ficción sería fruto de una mera coincidencia.

EL AUTOR

*«Desear la inmortalidad
es desear la perpetuación
de un gran error»
(Abraham Lincoln)*



*«La gran ventaja de los hoteles es
que son un refugio perfecto ante la vida doméstica»*
(George Bernard Shaw)

Madrid
Viernes 23 de enero de 2015

I MUERTE EN EL RITZ

El *smartphone* del periodista Alejandro Huertas —Alex para los amigos— sonó cuando pisaba la acera de la calle Fuencarral y cerraba tras de sí el portal del edificio donde se encontraba su apartamento. Todavía no había terminado de abotonarse el abrigo y acomodarse la bufanda que llevaba consigo para protegerse de los rigores del frío. El helor de una mañana de enero como aquella en la que el sol también parecía haberse quedado dormido y no estar dispuesto a desperezarse. Miró la pantalla encendida del terminal telefónico y comprobó que era el agente Sánchez quien le llamaba. Vaciló unos segundos antes de aceptar la comunicación. Aún no había podido tomarse un café, ni afrontado la tarea de resistirse a fumar el primer y único cigarrillo del día, para salir victorioso de su empeño, recientemente asumido, por liberarse de la adicción a la nicotina. Y, para colmo de males, seguía sintiendo un terrible dolor de cabeza por culpa de la bebida de garrafa que la noche anterior —seguro— le sirvieron en el antro de la calle La Ballesta, adonde se fue de copas, sin el calor de nadie, cual un llanero solitario. Pero pensó que podría interesarle, y mucho, lo que el subinspector de la Comisaría del Retiro tal vez quisiera contarle. Es verdad que ya hacía tiempo que no le ofrecía un caso auténticamente valioso que no fuera a su vez truculento. Aunque no perdía la esperanza. Y no estaba el panorama de su situación laboral, por cierto, como para dejar escapar oportunidades.

—Dime —respondió, mientras se dirigía hacia la esquina de la Gran Vía para pillar el metro, con el teléfono pegado a la oreja y la mirada concentrada en el trasero de una chica despampanante que caminaba delante suya enfundada en unos ajustados vaqueros.

—¿Dónde andas, *capullo*? —le preguntó el policía.

—Camino de la redacción.

—¡A estas horas! —La voz de Sánchez se oyó insoportablemente estridente a través del auricular.

—Sí, a estas horas. Se me pegaron las sábanas.

—Eso quiere decir que hubo juerga anoche... —aventuró el subinspector.

—Juerga no diría yo, pero sí que me permití algún que otro desahogo para *desestresarme*.

—¿Y quién fue la afortunada? —Sánchez no podía evitar experimentar un gran placer recreándose con los detalles morbosos—. ¿Cintia, tal vez?

—De sobras sabes que Cintia y yo lo dejamos hace ya mucho... Me sentí embaucado... —contestó Alex, y no tardó ni un segundo en arrepentirse de haberlo hecho.

—Todo hombre que se deja timar por una tía se lo tiene más que merecido —sentenció el agente.

—Tal vez, pero ya sabes lo que dice el refrán: sarna con gusto no pica —admitió el periodista—. A fin de cuentas, la vida en cierto modo no es más que un gran timo que aceptamos porque no nos queda más remedio —añadió seguidamente en plan metafísico—. Para vivir, todos necesitamos una buena dosis de autoengaño...

—Bueno, muchacho, déjate ya de filosofía barata y ven a verme enseguida —le apremió Sánchez—. Estoy en el escenario de un posible crimen que estoy investigando y del que me gustaría hablarte.

—¿Qué crimen? —Alex no se hacía muchas ilusiones, pese al entusiasmo que le ponía el subinspector—. ¿El de otro cornudo al que le ha dado por cargarse a su esposa antes de reventarse los sesos? ¿O el de ese bandido de la Mafia de origen albanokosovar al que le pegaron tres tiros en Recoletos?

—Nada de eso. Te hablo de un asesinato que apenas si ha salido en las noticias. El de un misterioso guiri que apareció muerto en el Ritz el domingo. Ven lo antes que puedas y te pongo al corriente. Vas a flipar...

Sánchez era un tipo curioso con el que Alex mantenía una relación de cordial camaradería desde hacía unos treinta años. Prácticamente desde que se instaló en Madrid y empezó a trabajar para el diario *Crónica Zero de la Capital*. Una gacetilla de cierto renombre, especializada en la información sobre sucesos

con el debido toque de amarillismo, y una pizca de tremendismo, que le brindó la oportunidad de dar sus primeros pasos como reportero y en la que habría de acabar desarrollando toda su trayectoria como profesional. Una carrera la suya, no demasiado brillante, si bien no falta de momentos memorables, que supo labrarse con notoriedad y eficiencia. Aunque, eso sí, sin dejar de soñar nunca con llegar a ser el corresponsal más intrépido de la Sección Internacional del diario de mayor tirada y prestigio del país, mientras se sintió joven. Y con erigirse como el columnista de pluma más incisiva y afilada de la página de opinión de dicha publicación cuando ya la próstata empezó a darle la lata y en la práctica del sexo no le quedaba otra que resignarse al uso cada vez más frecuente del sildenafil, o algunos de sus competidores en el mercado de los remedios contra la disfunción eréctil.

Se conocían sin saberlo desde mucho antes, pero no se hablaron por primera vez hasta el día que el azar quiso que se encontraran con motivo de aquel atentado cometido por la banda terrorista Eta en la calle José Ortega y Gasset que costó la vida al banquero Ricardo Tejero Magro. El subinspector era uno de los agentes sin galones que patrullaba por aquellos lares cuando se produjo el trágico y luctuoso hecho y tuvo que incorporarse al dispositivo desplegado para controlar el acceso de los chicos de la prensa y de los viandantes curiosos a la zona del incidente. Alex llevaba apenas una semana en la plantilla del periódico, supliendo la ausencia de un redactor en situación de baja por enfermedad, y se hallaba ante el primer caso importante que le tocaba cubrir, de manera que no pudo disimular su bisoñez en el oficio.

Llegó, cámara de foto en mano, y trató de franquear la cinta del cordón policial, a la altura del cruce con la calle Velázquez, colándose por debajo de la misma como perico por su casa, pero el funcionario del cuerpo con el que pocos meses más tarde habría de iniciar una sincera y duradera amistad se lo impidió.

—¡Eh, chaval! ¿Acaso te crees que yo estoy aquí de adorno? —le espetó, subfusil Star Z 70 en ristre, poniéndosele delante.

Alex se disculpó.

—Soy corresponsal de *Crónica Zero* —dijo al tiempo que buscaba en el bolsillo de su camisa una identificación que no encontraba.

—A mí como si me dice usted que es el mismo ministro. Lo que tiene que hacer es mostrarme su DNI y su credencial.

Tras unas gafas de sol que le daban un cierto aire altivo e intimidador, a

lo Clint Eastwood en *Harry El Ejecutor*, el agente se le quedó mirando fijamente. Como si el rostro de aquel joven periodista que le solicitaba permiso para pasar le estuviera resultando familiar. Tan familiar, al menos, como su acento del sur. Dos ambulancias con la sirena a todo volumen se aproximaban desde Príncipe de Vergara y un helicóptero de la delegación del Gobierno sobrevolaba los edificios de todo el barrio de Salamanca.

Alex empezó a ponerse nervioso, porque, por no encontrar, no encontraba ni su documento nacional de identidad, tanto en sus pantalones como en el interior de su chamarra.

—Con las pri... pri... prisas... olvidé pi... pillar la cartera — tartamudeó excusándose.

—¡No me jodas! —exclamó de repente el policía, encarándosele, después de echarse a un lado, para dejar vía libre a una unidad móvil de TVE, y volver a su puesto—. ¡Tú eres el sobrino de Pepe!

Alex se sorprendió y no supo ni qué decir.

—¡Tú eres el sobrino de Pepe Robles! —insistió el funcionario armado—. Pepe el panadero, de Cazalla de la Sierra. ¿A qué sí?

Alex se le quedó mirando con cara de tonto. Hasta que logró salir de su asombro y fue capaz de contestar afirmativamente.

—Yo soy Fran, el hijo mayor de Bernardo, el transportista de la cooperativa olivarera, que es gran amigo de tu tío, como lo fue de tu difunto padre...

El mundo es un pañuelo. Un pañuelo lleno de mocos, pero un pañuelo, a fin de cuentas. Pensó para sí el redactor jefe de *Crónica Zero* al recordar aquel lejano diecinueve de febrero de 1985, mientras subía a uno de los vagones del suburbano de la Línea Uno para ir a Sol y desde allí conectar con la Línea Dos en dirección a la parada de Banco de España.

Francisco Sánchez —Fran para los amigos— era un tío alto y corpulento cuya apariencia, como suele ocurrir con la mayoría de los tíos altos y corpulentos, resultaba un tanto engañosa. Y resultaba un tanto engañosa porque escondía tras de sí el alma de bonachón que aquel hombre llevaba dentro. Tan bonachón como para que a Alex todavía le costara a veces hacerse a la idea de estar ante un subinspector de la Nacional y un auténtico Experto en Criminología cuando se encontraba frente a él. A pesar de que llevaban treinta años tratándose. O quizá por esto. Y por saber como nadie de sus interioridades. No

es que considerara que su amigo no reunía facultades, cualidades y aptitudes para ejercer de policía y de investigador, sino, simplemente, que, en su opinión, carecía de la malicia y la dureza de carácter que estimaba necesarias como para serlo. Por mucha chulería de la que siguiera haciendo gala, cual el jovenzuelo echado para adelante que fuera en otro tiempo.

Sánchez podía presumir de una admirable hoja de servicios. Había resuelto infinidad de delitos, y si no había conseguido los ascensos que alcanzaron otros muchos de su edad y de su promoción, tras más de tres décadas al pie del cañón, no es porque no los mereciera ni los ambicionara, sino por su incapacidad en cuanto a prestarse a juegos e intereses ajenos a sus funciones de policía. Incapacidad, por supuesto, que, a diferencia de otros, tampoco le permitía lo de pelotear al superior o a los superiores de turno, aun contando con *conexión trifásica* en la Dirección General, y hasta en la Secretaría de Estado de Seguridad, como para obtener la recomendación que hubiese querido.

Pero, en realidad, lo más importante y destacable de su persona es que no solo podía tenerse por un tío legal y honrado, tanto fuera como dentro de su trabajo, en particular dentro de su trabajo, sino que lo era. Y, además, se esforzaba con su quehacer diario para demostrarlo, así como para que nadie dudara de ello. Legalidad y honradez que pagó bastante caras, por cierto, cuando se enfrentó a una de las situaciones más difíciles de su vida. La que supuso su complicada y accidentada participación en la investigación de los atentados de Atocha del 11 de marzo de 2004, como consecuencia de las presiones políticas a las que, durante el desarrollo de la misma en los tres días posteriores a la masacre, hubo de hacer frente. Aunque todo aquello era parte de una historia que incluyó episodios de acoso laboral, algún que otro fastidioso pleito, varios meses de baja psicológica, amén de ciertos peligrosos coqueteos con el alcohol, y que ya prácticamente había enterrado en lo más recóndito de su memoria con casi todas sus secuelas. Una leyenda negra, olvidada y perdida en el tiempo, que nadie imaginaba hubiera podido protagonizar aquel cincuentón de físico bien apañado al que muchos compañeros de comisaría en plan coña solían llamar “el *George Clooney* de Chamartín” y al que adoraban y sonreían todas las mujeres, o casi todas.

Estaba sentado en el vestíbulo cuando franqueó la puerta principal del hotel desde la Plaza de la Lealtad. Arrellanado en uno de los sillones señoriales,

estilo *belle époque*, situado junto a dos majestuosas y llamativas columnas de mármol cromado, hojeando el ejemplar de *El Mundo*, de esa misma mañana, que llevaba en portada la salida de Bárcenas, el extesorero del Partido Popular, de la cárcel de Soto del Real. Hasta que le vio aparecer y se levantó para saludarle.

—Te iba a esperar en la terraza echándome un cigarro, pero hace un día bastante desagradable... —comentó, después de estrecharle la mano, volver a sentarse e invitarle a que hiciera lo propio.

Alex se desabotonó el abrigo, se aflojó la bufanda y se acomodó en otro sillón a su lado.

—Bueno, desembucha... ¿De qué va esa historia que, según tú, es *flipante*? —dijo.

—Tomemos un café y te voy poniendo en antecedentes —le respondió el policía.

Ambos, el redactor jefe de *Crónica Zero* y el subinspector de la Comisaría del Retiro, se dirigieron hasta el bar del Ritz. Una vez en este, se acomodaron junto a una mesa, sobre un flamante sofá color grana liso, que se hallaba pegado a una pared de la que colgaban los retratos legendarios y glamurosos de personajes míticos de la gran pantalla como Sinatra, Richard Burton, Liz Taylor, Ava Gardner, Rita Hayword o James Stuart. Pidieron un cortado largo, el uno, y un manchado, el otro, antes de entrar en materia.

—El pasado domingo apareció muerto en la habitación 321 de la tercera planta un caballero americano... —empezó refiriendo Sánchez, después de tomar el primer sorbo de su taza humeante y secarse la comisura de los labios con una servilleta de papel.

Alex se sentía incómodo por tanto exceso de exquisitez y lujo a su alrededor y por la mirada poco amable que le dedicó el camarero que se ocupó de atenderles. Aunque al mismo tiempo se sentía fascinado. No tanto por la magnificencia de la decoración como por el toque de película que a la estancia en la que se encontraban daban las fotos en blanco y negro de aquellas viejas glorias de Hollywood. Detalle este que solo podía valorar en su justa medida un cinéfilo como lo era él. La verdad es que no había entrado nunca allí, porque jamás había tenido motivo para hacerlo, pero el palacio destinado a hospedaje de *la crème de la crème* era como se lo había imaginado. Había leído alguna que otra de las leyendas que se contaban sobre la admisión en aquella casa de huéspedes centenaria, poniendo de relieve su

carácter aristocrático, superexclusivo, y era evidente que ninguna exageraba.

—...Un tío de mediana de edad, semblante pálido tirando a lívido y una cara rarísima de muñeco feo como la que suele tener todo el que abusa de la cirugía plástica —continuó el subinspector, sin dejar de observar con atención la reacción de su amigo el periodista—. El tipo fue hallado tendido desnudo y boca abajo sobre la cama por una de las señoras de la limpieza. Su cuerpo, que todavía se encuentra en el anatómico-forense y bajo custodia de la autoridad judicial, no muestra ningún signo de violencia. Excepto las marcas de unos pinchazos de jeringuilla, como los que presenta cualquier pobre y vulgar yonqui, en ambos antebrazos. Los análisis llevados a cabo por los muchachos de la científica concluyen que murió como consecuencia de un infarto, después de administrarse una droga, de muy extraña composición, que se autoinoculó, no sabemos si con la intención de matarse, o le fue inoculada por alguien, con o sin su conocimiento, no sabemos si con la intención de mandarle al otro barrio. Aunque mi intuición —apostilló el policía— me dice que no estamos ni ante un accidente ni ante un suicidio.

—¿Se sabe de quién se trata? —preguntó Alex, no muy convencido aún de que aquella historia pudiera suscitar su curiosidad y menos aún la de sus lectores.

—He ahí el quid de la cuestión —le respondió Sánchez cuando se disponía a tomar un nuevo sorbo de su café—. Todavía no hemos podido determinar la identidad del individuo, porque, según hemos podido comprobar, se registró con nombre y apellido falsos. Pero —el subinspector volvió a clavar su mirada en la de su amigo, para deleitarse con la expectación que deseaba despertar en el ánimo de este— si te digo lo que sospechamos... ¡no te lo vas a creer!

—Prueba y lo verás. Por fortuna para mí, la capacidad de sorprenderme aún no se me ha agotado del todo.

Sánchez apuró el contenido de su taza y se tomó unos segundos.

—Te vas a pensar que me burlo —empezó a decir—. Te vas a pensar que me burlo —repitió, para volver a callar otro instante, como sopesando si revelar o no el secreto mejor guardado de aquel extraño caso a su interlocutor.

—Puedes estar seguro de que me voy a burlar me digas lo que me digas —le replicó con ironía Alex, al que ya le reconcomía la impaciencia.

—No te lo puedo asegurar hasta que no tenga en mano los informes y los vea con mis propios ojos, pero, según me ha soplado ya por teléfono un colega

del laboratorio...

—Abrevia, cojones, que me va a dar algo...

—El muerto que fue hallado el domingo en la habitación 321 del Ritz podría ser...

—¿Esperas acaso que resuenen los redobles de tambor antes de pronunciar su nombre?

—Podría ser... —hizo una pausa para alimentar el suspense—. Podría ser... ¡Michael Jackson!

—¿Quiéeeennn?

—¡Michael Jackson! ¡*El Rey del Pop*! —recalcó el policía.

Alex enmudeció primero y después soltó una sonora carcajada.

—¡Déjate de chorradas, Fran, y dime de una puñetera vez quién se supone que es el guiri ese que encontrasteis aquí!

—¡Ya te lo he dicho!

—¿Me tomas por idiota?

—Ya te avisé que ibas a flipar en cuanto te lo dijera...

—¿Cómo habéis podido llegar a esa absurda conclusión y tan rápidamente?

—El dato, como te decía, aún no está confirmado. Se está cotejando su ADN con las muestras de ADN que archivan en sus bancos de datos el FBI e Interpol. Aunque, según me han adelantado, el perfil genético parece que podría coincidir con el que los americanos conservan del menor de los Jackson...

Alex se levantó de su asiento. Se giró sobre sí mismo y miró a su alrededor. Trataba de procesar y asimilar lo que Sánchez acababa de contarle, porque seguía sin creérselo.

—¿Pero eso que me estás contando sobre los bancos de ADN no va en contra de la ley? —observó cuando volvió a sentarse.

—¡Y a ti qué leches te importa si va en contra de la ley o no! —objetó el subinspector—. Lo que debe importarte es si es verdad o no cuanto te estoy refiriendo —añadió tajante—. ¡Y, por mis hijos, te juro que no te miento!

—¿No hay posibilidad de que se hayan equivocado los analistas del Instituto de Medicina Legal o tus colegas polis del otro lado del charco? ¿No podría tratarse de un pariente? ¿Un hermano desconocido tal vez?

—Ya sabes, querido amigo, que el margen de error en esta clase de análisis es prácticamente ínfimo...

Alex se debatía interiormente entre dar y no dar crédito a lo que Sánchez le exponía. ¿Cómo puñetas podía ser aquel tío hallado tieso en el Ritz Michael Jackson si el *Rey del Pop* llevaba ya muerto y enterrado casi seis años? Claro que inverosímil, lo que se dice inverosímil, no era que lo fuera. Lo mismo la gran estrella afroamericana de la música no falleció en 2009 y lo de su muerte —vete tú a saber— fue todo un montaje. ¿Cuántas veces no se ha especulado con leyendas urbanas sobre gente célebre, ya oficialmente finada, que, no obstante, continuaría gozando de la existencia entre nosotros en el más absoluto de los anonimatos? ¿Cuántas veces no se ha rumoreado, por ejemplo, que Elvis, el *Rey del Rock*, sigue vivo! Pues igual resulta que con el caso del menor de los *Jackson Five* ha podido ocurrir algo de eso. ¡Menudo bombazo!

—¿Quién sabe si no se trata de un clon? —dijo por decir algo, al tiempo que empezaba a imaginarse el efecto mediático que podría tener que *Crónica Zero de la Capital* publicara en primera plana y en exclusiva la primicia. ¡Lo que darían Iker Jiménez y los camaradas de *Cuarto Milenio* por contar para el programa con un tema como este! *Encontrado en Madrid el cadáver de Michael Jackson*. ¡No veas qué pelotazo!

—Subamos a la habitación —propuso el subinspector poniéndose en pie—. Allí te doy más detalles —añadió, mientras se acomodaba la americana que vestía y se echaba al brazo la gabardina de la que se despojó cuando entró en el hotel.

—¿No estarás intentando seducirme y llevarme al catre? —bromeó Alex.

—Sesenta euros y la cama aparte... —repuso Fran, siguiéndole la corriente.

—Pues me va a costar más el collar que el perro —contestó el periodista, acompañándose de un cómico resoplido semejante a un cuesco.

Los dos salieron del bar y se dirigieron hacia una suntuosa escalera, adornada con noble y elegante pasamanos, que conducía a los pisos superiores.

—¿Por qué no hemos cogido el ascensor? —preguntó el redactor jefe de *Crónica Zero* cuando ya habían empezado a subir hacia la primera planta.

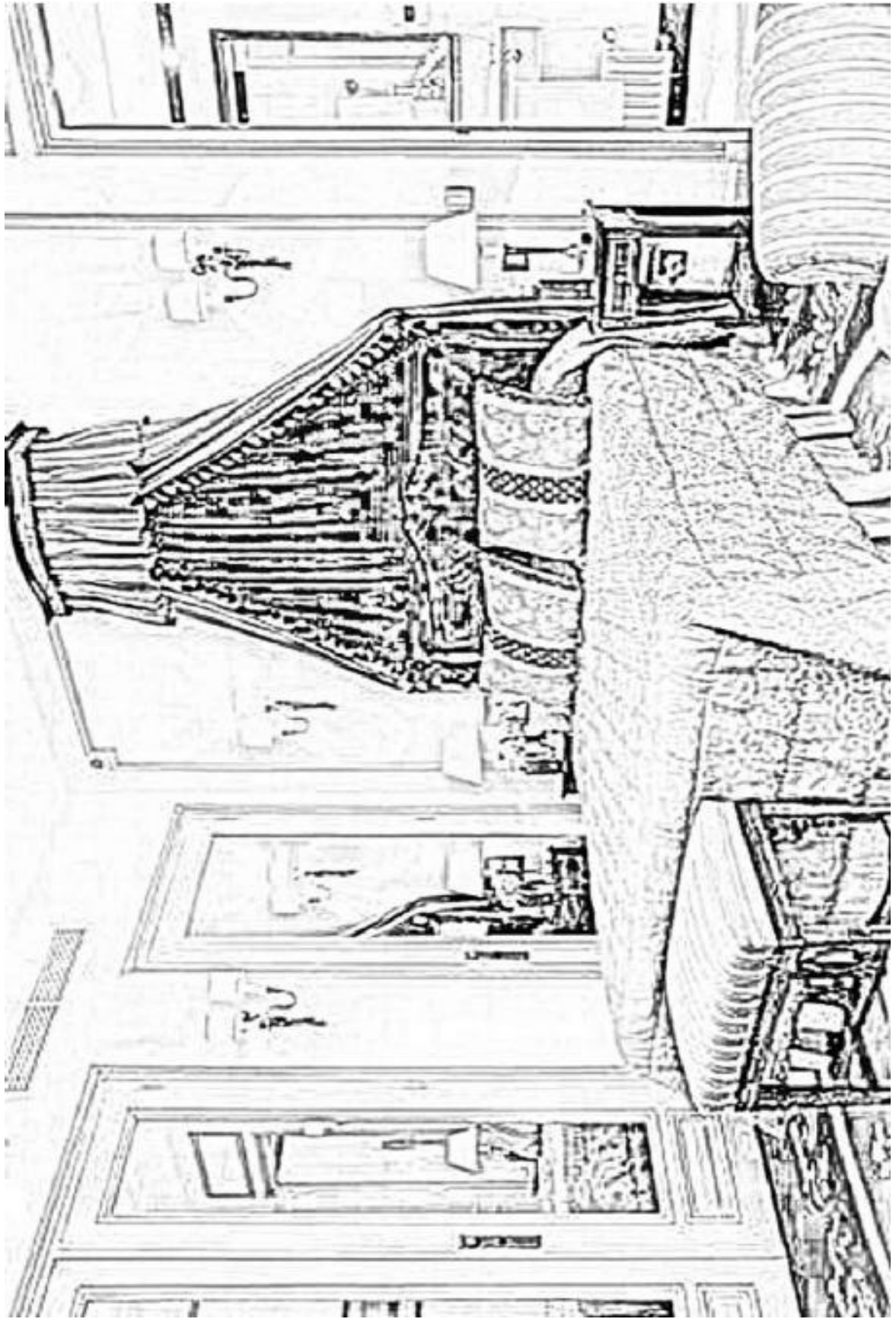
—De unos peldaños aterciopelados con tanta clase como estos para hacer un poco de ejercicio no se disfruta todos los días, compañero —le respondió con un toque de humor Sánchez.

Una mujer de esbelta y atractiva figura, tez blanca y cabello pelirrojo, vestida a la última y arreglada y maquillada como una *top model* o una estrella

de la gran pantalla que fuera a someterse a una sesión de fotos para una revista del corazón, una auténtica *chica Bond*, pensó para sí Alex, se cruzó con ellos en el rellano entre el segundo y el tercer piso.

—Esa tía, muchacho, te ha abierto en canal, te ha devorado con la mirada —le dijo el subinspector a su amigo el reportero, parándose, volviéndose y escaneando de arriba abajo a la deslumbrante señora, después de que esta ya les hubiera dejado bien atrás en su camino.

—Me pasa a menudo —replicó el aludido—. La mayoría de las tías suelen fijarse en mí. Es cosa de mi magnetismo personal. Y eso que no soy tan guapo como tú —añadió, acordándose de la escena de una peli de comedia que había visto ya no sabía decir cuándo, antes de prorrumpir en una burlona risotada.



*«Todo crimen es una transferencia
del mal de aquel que actúa sobre aquel que padece»
(Simone Weil)*

II LA HABITACIÓN 321

La entrada de la 321 estaba precintada por mandato de la autoridad judicial encargada de la investigación que se había emprendido tras el hallazgo del cuerpo. Aunque ambos pudieron acceder al interior, después de retirar cuidadosamente parte de la tira adhesiva que impedía el paso y esperar a que uno de los botones del hotel subiera a abrirles la puerta.

Alex fue el primero en franquear el umbral y meterse dentro.

—No se te ocurra mover ni tocar nada —le advirtió Sánchez antes de seguirle—. Los peritos ya han recabado todas las pruebas que se podían recabar y la habitación ha sido peinada milímetro a milímetro, pero, aun así, hemos de procurar no alterar absolutamente nada.

—Descuida. Ya sabes que no soy novato en estas lides —contestó el periodista mientras miraba asombrado a su alrededor.

—Por eso mismo te lo digo, porque sé que no eres novato y puedes pecar de listo —le replicó el subinspector de la Comisaría del Retiro.

No era la primera vez que el redactor jefe de *Crónica Zero* se introducía en la escena de un crimen. Pero sí era la primera vez que tenía la oportunidad de examinar una tan opulenta y fastuosa como lo podía ser aquella *suite* del Ritz Madrid. Así que se sintió profundamente impresionado de todo cuanto vio. Una amplia estancia de unos cuarenta y cinco metros cuadrados, con suelo alfombrado; mobiliario antiguo de estilo clásico; elegante sala de estar primorosamente decorada; amplio balcón francés, con unas maravillosas vistas del Museo del Prado y su entorno; camas vestidas con ropa espléndidamente bordada; lámparas de selecto diseño y refulgente y nítida iluminación; paredes claras y un baño todo resplandeciente y recubierto de mármol, digno no ya de un rey, sino de un rey de reyes, pero con reino en este mundo.

Sánchez se dirigió hacia donde se encontraba el lecho, que, por sus

dimensiones, bien podía considerarse un tálamo igualmente real, en tanto que su acompañante se entretenía contemplando embobado un bellissimo escritorio de caoba situado en la antecámara del dormitorio. Una joya, una auténtica obra de arte, se diría para sí, aun sin ser precisamente un entendido en la materia. El subinspector se detuvo a un costado dando la espalda a la puerta que conducía a los aseos, meditó unos instantes y señaló en voz alta:

—Apareció aquí, tendido boca abajo, pero no a lo largo, sino a lo ancho, cubierto con un albornoz rosa adornado de volutas, más propio de una *vedette* o una *maricon*a que un tío con los huevos bien puestos. —Se frotó la punta de la nariz con el torso de su mano derecha y después sacó un pequeño cuaderno que guardaba en uno de los bolsillos de su chaqueta—. Como si hubiera recién salido de la ducha, se hubiera colocado de pie justo donde ahora mismo estoy yo y de repente se hubiera desplomado sobre la cama —añadió a la vez que hojeaba su libreta de anotaciones.

Alex se zafó de su ensimismamiento y se acercó prestándole toda su atención.

—La jeringuilla —continuó el policía— fue hallada en esta mesita de noche que tengo a mi derecha, junto a un iPhone S6 de última generación conectado a la red eléctrica con la batería medio cargada...

—¿Y dices que no sé conoce en su totalidad la composición de la sustancia que le causó la muerte? —se interesó el periodista.

—Exacto. Los compañeros del laboratorio no se ponen de acuerdo en cuanto a su naturaleza y origen. En lo único en lo que sí están de acuerdo es que se trata de una droga desconocida para ellos y que dicha droga pudo ser, aunque no se atreven a afirmarlo categóricamente, lo que provocó en el individuo la parada cardiorrespiratoria que le hizo palmar de forma casi instantánea...

—Supongo que algún componente activo habrá tenido que ser identificado en la sustancia que se autoinyectó o que le inyectaron —insistió Alex.

—Supones bien —respondió Sánchez—. ¿Te suena de algo el hidroxitamoxifeno?

—Sí —bromeó el reportero de *Crónica Zero*—, lo tomo a diario. ¡No te jode!

—Pues eso es parte de lo que llevaba el compuesto que se suministró o le suministraron al tío que encontramos en esta misma habitación listo de

papeles. —Sánchez rodeó la cama, se situó en el otro costado y volvió a hojear su cuaderno—. Una derivación del tamoxifeno, fármaco que se utiliza para combatir el cáncer de mama —apuntó anticipándose a la petición de explicación que ya se disponía a formularle su amigo—. También se hallaron en la repisa del cuarto de baño, situada sobre el lavabo, varios comprimidos sueltos de un complemento alimenticio enriquecido con la presencia de la enzima Q10, elemento esencial para el metabolismo celular y la producción de energía en las mitocondrias, que se comercializa como suplemento que obra milagros en herboristerías, parafarmacias y establecimientos de medicina natural por sus efectos antienvjecimiento y revitalizantes. Además de varias ampollas inyectables de ácido hialurónico... —añadió, releendo sus propias notas.

—¿Ácido qué?

—Ácido hialurónico. Una sustancia que se emplea con fines terapéuticos y estéticos, tanto para curar dolores de enfermedades como la artritis como para mejorar la piel en tratamientos de belleza.

Alex constriñó los labios y resopló a continuación, dibujando en su rostro una mueca con la que, oído lo oído, delataba la estupefacción que le invadía.

—¿La víctima estuvo siempre sola aquí dentro? —preguntó, cambiando de tercio, aunque con el mismo propósito de seguir recabando información relevante e ir hilvanando el hilo de las indagaciones y las deducciones que por su cuenta ya había emprendido a fin de llegar a una conclusión lógica y aceptable sobre el caso.

—Parece ser que sí. Solo el personal del servicio entró durante los días que nuestro hombre permaneció hospedado. El camarero que le traía los desayunos por la mañana y la chica que se ocupaba de la limpieza cuando el tipo salía del hotel no se sabe adónde. Hemos interrogado a ambos, pero ninguno de los dos ha dicho nada que ya no supiéramos. En las grabaciones de las cámaras de seguridad instaladas en el pasillo no se ve entrar y salir a nadie más de esta *suite*. —Libreta en mano el inspector se aproximó al balcón, apartó las cortinas para echar un vistazo hacia el exterior y al mirar observó a alguien o algo que le hizo acordarse de un detalle importante hasta entonces pasado por alto—. No se ve entrar y salir a nadie, pero, ahora que caigo, sí que se ve merodear a una tipa junto a la puerta. ¡La misma tía que nos encontramos en las escaleras y que ahora se diría que está controlándonos

desde ahí abajo! —dijo. Y, sin avisar, arrancó a correr y se quitó de en medio, dejando al redactor jefe de *Crónica Zero* solo en la 321 del Ritz con la cara partida...

—¿Has podido pillarla? —le preguntó Alex a Fran, tras volver a encontrarse con este en el vestíbulo del hotel y verlo dirigirse hacia el mostrador de recepción.

—¡Qué va! Se ha esfumado —respondió el subinspector, secándose con un clínex de usar y tirar el sudor que corría por su frente, fruto de la carrera protagonizada minutos antes para dar alcance a aquella misteriosa fémica—. La muy cabrona —exclamó, mientras adecentaba su aspecto, un tanto ofuscado por el esfuerzo llevado a cabo de manera tan repentina e imprevista— se ha subido a un BMW cupé rojo, me ha mirado, se ha reído, ha metido un acelerón y se ha largado, casi derrapando, en dirección a Cibeles.

—¿Te habrás quedado con la matrícula al menos?

—Por supuesto. Y ya he comprobado que se trata de un coche alquilado en Barajas.

Sánchez le dio la espalda y se acercó a uno de los recepcionistas —un joven nada castizo sino más bien muy refinado con afrancesado acento— que tecleaba delante de la pantalla de un ordenador.

—¿Qué desea el señor? —le preguntó el empleado.

—¿Puede facilitarme el nombre de la señora o señorita que acaba de salir del hotel y montarse en el deportivo que uno de los mozos le ha traído hasta la puerta? —dijo, mostrando al mismo tiempo su placa y acreditándose como policía.

—Si se refiere a la señorita que acaba de marcharse en un BMW rojo...

—Sí, esa misma —confirmó Sánchez apremiándole.

—Es *Mademoiselle* Heintze, Dana Heintze... —contestó el empleado.

—¿Desde cuándo se hospeda aquí, si no es mucho preguntar? —insistió el subinspector, molesto ante las evidentes reticencias del joven a irse de la lengua más de lo debido, que era lo que él, con su interrogatorio, le estaba pidiendo.

—Desde... desde hace tres días, señor —titubeó.

—¿Habitación?

—La 205, señor...

—¿Y sabe algo más acerca de ella que crea pueda serme de utilidad?

¿De dónde procede o a qué se dedica, tal vez? —El recepcionista dudó durante unos segundos—. Entiendo que te sientas obligado a guardar discreción respecto a los clientes a los que sirves, muchacho —le espetó Sánchez—, pero no te estoy solicitando que infrinjas ninguna ley, sino que colabores en la investigación policial que llevamos a cabo para el esclarecimiento de unos hechos ocurridos en este hotel en el que trabajas y que pudieron ser constitutivos de un acto delictivo. —El subinspector fulminó con la mirada al joven y guardó su placa en el bolsillo interior de la americana—. Así que espabila, chico....

El empleado volvió a centrar su atención en el PC que tenía ante sus narices y, después de clicar repetidas veces en el *mouse*, logró dar con la ficha de cliente de la mujer en cuestión, para consultarla.

—*Mademoiselle* Heintze llegó a Madrid desde Hamburgo el pasado martes. Es alemana y se encuentra realizando una visita turística por Europa que le ha traído esta semana a España.

—¿No está casada? ¿No le acompaña nadie? —inquirió Fran.

—No, que yo sepa, señor.

El subinspector de la Comisaría del Retiro extrajo de su cartera una tarjeta en la que figuraban sus datos personales y de contacto y se la entregó al recepcionista.

—Ahí tiene mi teléfono móvil —dijo señalando el número expresamente—. Por favor, cuando vuelva la señora *Je... Je... Jeins...* —se trastabilló— *Jeinse*, o como puñetas se llame, avíseme de inmediato. He de hablar con ella —añadió—. Pero no se le vaya a ocurrir decirle absolutamente nada.

A la salida del Ritz, cuando ya pisaban el asfalto de la Plaza de la Lealtad y cada uno se disponía a tomar una dirección distinta para retornar a la rutina de sus quehaceres diarios, Fran echó nuevamente mano de su libreta de anotaciones, la abrió, hojeó varias páginas y se detuvo en una en particular cuyo contenido releyó en apenas unos segundos.

—¡Espera! —gritó dirigiéndose a su amigo el periodista, que ya le había dado la espalda y, rodeando el Monumento a los Caídos, iba camino del semáforo más cercano para cruzar por un acceso peatonal el Paseo del Prado—. Tengo un encarguito para ti...

Alex se volvió hacia él.

—¿Cómo dices?

—Averigua todo lo que puedas sobre la denominada *Orden de los Adoradores de Heh* —contestó el subinspector sin levantar la vista de su cuaderno.

—¿La *Orden de los Adoradores de Heh*? —exclamó asombrado el redactor jefe de *Crónica Zero*.

—Exacto. —Fran cerró su libreta de anotaciones para guardarla—. Consigue todos los datos que puedas a través de Internet, que a ti eso de meterte en Google y recabar información ya sabemos que se te da de maravilla —añadió, antes de levantarse el cuello de la gabardina para protegerse de la rasca que hacía a esas horas, pese a que todavía no había pasado del mediodía.

—¿Qué tiene que ver la *Orden de los Adoradores de Heh* con este caso? —La curiosidad de Alex había empezado a avivarse nada más oír ese nombre.

—Así se llama la última web que se supone visitó en vida nuestro hombre, según figura en el historial del navegador de su iPhone.

El subinspector encendió un pitillo y se distanció unos metros. Alex se fue tras él.

—¿Hay algo más que se te haya olvidado comentarme?

—Pues sí que lo hay —respondió el policía—. En la habitación encontramos la reproducción de un cetro de papiro...

—¿Un cetro de papiro?

—Sí, como lo oyes, un cetro de papiro —recalcó Fran—. También conocido como *mehit*. En principio nos pareció un simple cachivache sin importancia, un *souvenir* propio de turistas traído del lejano Egipto, o un producto de imitación comprado en cualquier tienda dedicada a la venta de artículos esotéricos y cosas por ese estilo, pero hemos podido comprobar que ese hallazgo es mucho más valioso de lo que suponíamos. Está hecho de un mineral de procedencia extraterrestre obtenido de un meteorito y hemos deducido que no estaba donde estaba por casualidad —explicó el subinspector, explayándose más de lo que hubiera querido, apremiado por la alarma de una llamada entrante que en su teléfono móvil había acabado de sonar.

El redactor jefe de *Crónica Zero* empezaba a regodearse con las aventuras, las sorpresas, las emociones que —imaginaba— le prometía la investigación de aquella muerte aparentemente extraña y la satisfacción profesional que —soñaba— le brindaría tanto llevarla a feliz término como

luego publicarla, mientras escuchaba y procesaba todo cuanto su amigo le refería.

—Con una secta mística o satánica me da a mí que nos hemos topado — sentenció, con cierto tono de delectación, cuando ambos se despidieron casi a la altura de la esquina de la calle Antonio Maura.



(De Jeff Dahl - Trabajo propio, CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=3307776>)

«El héroe antiguo era el que afrontaba la muerte;
el héroe moderno es el que acepta la vida»
(Ardengo Soffici)

Madrid
Sábado 24 de enero de 2015

III HEH

Acompañado de *Robespierre*, el gato que le dejó como único legado la penúltima de las amantes con la que intentó experimentar la costumbre humana de vivir en pareja, en la soledad de su estudio, a una avanzada hora de la madrugada, y aprovechándose del insomnio crónico que padecía, Alex se documentaba acerca de la orden de corte esotérico que le había mencionado en el Ritz su amigo el subinspector. Sumido en el silencio de la pequeña estancia de su apartamento de la calle Fuencarral que le servía de escritorio, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* se concentraba en la lectura de cuantos artículos encontraba sobre la entidad, asociación o colectivo cuyos miembros se autodenominaban los *Adoradores de Heh*, surcando la red con el recién estrenado Apple Macbook Pro con el que se había obsequiado a sí mismo por Reyes, hacía apenas más de dos semanas, gastándose una pasta gansa en El Corte Inglés.

Sentado sobre una butaca vieja y desgastada, además de deteriorada por los arañazos del felino, que tenía colocada frente a la mesa que normalmente utilizaba para trabajar, con el ordenador apoyado en su regazo, consultaba la Wikipedia y otras páginas a las que había accedido y cuyas pestañas mantenía abiertas en el *Safari*, uno de los tres navegadores a los que solía recurrir para sus incursiones en Internet. Más de cuarenta y dos millones de resultados en menos de 0,67 segundos le acababa de proporcionar el motor de Google en una búsqueda para la que había utilizado como palabra clave lo que parecía ser el nombre de una antiquísima divinidad egipcia. Por ahí era por donde debía empezar la investigación que le había encomendado aquella misma

mañana el subinspector Sánchez, tras su visita al gran hotel. Aunque era una auténtica putada que la supuesta web oficial de la referida orden y, con esta, la mayoría de las webs con las que mantenía enlaces estuvieran escritas en inglés. No porque no fuera capaz de entender y traducir esta lengua, sino porque no la dominaba todo lo bien que quisiera.

Al lado de una ventana acristalada a través de la cual se filtraban los destellos de las luces de neón todavía encendidas en numerosos puntos de aquella parte noctámbula del centro de Madrid; bajo la iluminación de un barroco candelabro, con bombillas en lugar de velas, que antaño pudo adornar algún lujoso salón de estilo victoriano, y que una mañana soleada de domingo adquirió por una ganga a un quinqu del rastro, en una esquina de la Ribera de Curtidores cerca de Galerías Piquer, Alex recababa toda la información posible sobre el perfil de la organización, o lo que puñetas fuese, patrocinadora de un sitio *online* con estética entre gótica y friqui, que incluía ilustraciones de símbolos de lo más incomprensibles y textos redactados en un lenguaje tremebundamente críptico.

En el exterior había empezado a lloviznar y las primeras gotas de agua ya resbalaban por las vidrieras cuando se oyó un golpe seco en la habitación contigua que le levantó de un sobresalto de su mullido asiento y que hizo lo propio con *Robespierre*. Uno de los libros ubicados en el extremo de la repisa modelo Ikea que tenía en el dormitorio se había caído al suelo. La edición de bolsillo de *La tumba perdida*, de Nacho Ares, que aún no había terminado de leer.

—¡Vaya susto más tonto! Es lo que tiene esto de vivir completamente solo —pensó para sí, al tiempo que se agachaba para recogerlo y colocarlo donde estaba.

Sin embargo, el susto aún mayor se lo llevó cuando después de poner el libro en la repisa se dio la vuelta y creyó ver en la penumbra una silueta humana desplazándose por el estrecho pasillo que separaba la cocina del baño y conducía hasta la entrada del piso. El corazón le dio un vuelco. Aunque, habituado como estaba a dejarse llevar por su imaginación, a veces un tanto calenturienta, no se alarmó, sino todo lo contrario. Pulsó el primer interruptor que encontró a su alcance, para alumbrar ese otro espacio de la vivienda que permanecía en la semioscuridad, por aquello de que la claridad disipa las sombras, e inspeccionó ambos cuartos, sin hallar a nadie ni toparse con nada extraño o fuera de lo normal.

Atribuyendo el engaño del que parecía que habían sido objeto sus sentidos a los posibles efectos de los dos ríos saboreados durante la cena, más la copa de güisqui no terminada de apurar después del postre, se preparó un café, se lo llevó consigo a su cuarto de trabajo, se arrellanó en la butaca y se dispuso a seguir indagando.

Heh —Huh, Hah, Hauh, Huah, Hahuh— es el dios del espacio infinito y la eternidad en la mitología egipcia, leyó en la gran enciclopedia libre de conocimiento que nutren y comparten los internautas. *Genio antropomorfo con cabeza de rana*, comprobó que decía, por su parte, respecto de la misma divinidad, el diccionario dedicado a las deidades del Antiguo Egipto que, en archivo *Portable Document Format*, había conseguido bajar al disco duro de su *Mac* desde un portal especializado en Arqueología e Historia. *Se representa sentado sobre la alegoría del oro, con dos hojas de palmera en las manos, que simbolizan los Millones de Años deseables para la existencia de los hombres, y a veces con otra hoja curvada, también de palmera, por encima del cráneo. Se considera el miembro de la ogdóada hermopolitana asociado con la grandeza de la creación.*

Alex minimizó el tamaño de la ventana del navegador desde la que había accedido a la *Wiki*, y también la del programa de Adobe Reader en la que había abierto el *Pdf*, a fin de volver a desplegar la que había utilizado para entrar en la web de la llamada *The Order of Heh's Worshipers*^[1]. Una página de aire un tanto fantasmal, como muchas de las que proliferan en la red ofreciendo servicios *online* de videncia, aparte de pócimas, encantamientos, amarres y productos similares, que tenía por lema *Death does not exist*. Es decir: La Muerte no existe. Frase que, a pesar de resultarle de sobras conocida, le hizo estremecer, primero, nada más topársela, y reflexionar a continuación, aunque en modo exprés, en torno a la levedad del ser —soportable o insoportable, caviló, según para quién— y en torno a la trascendencia.

Taza en mano, efectuó una rápida y somera revisión de la interfaz de la página de inicio, de arriba abajo, pulsando las flechas del teclado. Sobre la totalidad de la anchura en píxeles de la parte superior de la pantalla, se podía contemplar una llamativa imagen en movimiento de las estrellas de Orión y, sobreimpresas en la misma, las líneas de los trazos apenas perceptibles correspondientes al contorno del mítico guerrero cazador, que, según diversas

fuentes mitológicas, dio origen a la constelación, tras la estela de las Pléyades. Inmediatamente debajo, a la izquierda, destacaba el retrato en blanco y negro de un caballero peinado y ataviado a la moda de los cortesanos del siglo XVIII, conocido como Conde de Saint Germain. En el centro, la cita: *I were opened the gates of immortality. The cloud that covers the eyes of mortals has subsided. I saw. And the spirits who preside over the elements recognized me as their Master*^[2]. Escrita en *britannic bold* y con un intenso color áureo. A la derecha, la reproducción de una composición geométrica constituida por tres triángulos superpuestos y flanqueados por dos inscripciones verticales realizadas con signos en mayúsculas de un primitivísimo alfabeto cirílico.

Un vídeo de mil doscientos ochenta por setecientos veinte megapíxeles, con calidad HD, servía como carta de presentación de los promotores del invento. Es decir, los fundadores, miembros y gestores de la entidad grupal a la que parecía estar dedicado aquel portal de Internet. Una película sobre una ceremonia de alta magia, o tal vez una misa gnóstica, oficiada por un personaje que le trajo a la memoria el recuerdo de Aleister Crowley^[3], filmada en Stonehenge, el famoso monumento megalítico tipo crómlech, de finales del neolítico, situado cerca de Amesbury, en el condado de Wiltshire, Inglaterra.

—Está claro que la gente que está detrás de esta supuesta hermandad es, como diría Fran, una panda de descerebrados —se dijo, mientras se acariciaba el mentón y se rascaba la punta de la nariz, gesto que solía repetir siempre que se sumía en estado de honda cavilación o caía en algún lapsus de reflexivo embobamiento.

Somos una organización sin ánimo de lucro integrada por habitantes de los cinco continentes y de todos los países a los que les ha sido revelada la Esencia sobre el Ser y el No Ser, leyó, tras desplegar en el menú superior de la página la pestaña About us^[4]. *La Única y Auténtica Esencia. La que constituye el Alma del Universo. De este Universo eterno sin Principio ni Fin. De la Energía y la Materia, que no son sino lo mismo, y del Espacio y el Tiempo, que no son sino dos dimensiones de una misma realidad. Dios no es el origen ni la causa de todo, ni el punto de partida. Tampoco la meta. Es pura consecuencia cambiante e indeterminada. Y, como tal, como pura consecuencia cambiante e indeterminada que es, lo consecuente, para*

quienes estamos en posesión de la sabiduría revelada, es darle contenido sin forma para que se erija en Cósmica Conciencia y represente el Supremo Bien.

—Al parecer, según estos señores, la cuestión no radica en si Dios es o no es, sino en cómo lo concebimos y qué atributos le otorgamos —dedujo, concediéndose un receso—. Una tesis esta que yo, que me muevo entre el agnosticismo y el ateísmo, pero inclinándome más hacia lo primero que hacia lo segundo, por considerarlo una opción más inteligente, puedo dar hasta por buena. Como doy por buena, aun no siendo creyente, la necesidad de inculcar en el individuo un mínimo de educación moral basado en creencias religiosas, sean las que sean, siempre que no se caiga en la intolerancia y no se pongan trabas al sentido crítico —razonó para su colete, con la artificiosidad de quien frente a su propio reflejo practica un ejercicio de retórica—. No en vano, en la religión está el origen y fundamento de las sociedades, de igual modo que en el pensamiento religioso está el germen del pensamiento científico. Y es que, aunque resulte un tanto paradójico, los que dudamos, los que rehuimos de la quietud y nos aventuramos en medio de la tempestad y la tormenta, los que buscamos entre la niebla, como Machado, albergamos en nuestro fuero interno más fe que muchos de aquellos que no dudan o presumen de ello....

El amor —siguió leyendo varias líneas más adelante— en cualquiera de sus expresiones es lo que nos redime, pero nos redime en este mundo, no en ningún otro que esté por venir. El amor que experimentamos conscientemente, y que trasciende nuestros instintos, el que profesamos por voluntad propia, y que es el único digno de tal nombre, es el que nos eleva, el que nos distingue de las demás especies; es el que nos inspira el anhelo de inmortalidad. Y alcanzar la inmortalidad, mas no solo del espíritu, sino también de la carne, porque carne y espíritu son una misma cosa, es el objetivo culminante al que han de aspirar los seres humanos. Al menos los seres humanos elegidos para ser depositarios del saber que en el inicio remoto de los tiempos los mensajeros llegados del otro lado del cielo trajeron consigo y transmitieron a los hombres...

—¡Vaya rollo que se montan estos majaderos! ¡Y encima en *english!* — exclamó para sus adentros, antes de tomarse el último sorbo del Nestlé soluble, que ya se había enfriado demasiado para su gusto—. Esto sí que es lenguaje místico y no lo que escribieron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz —pensó, sin poder evitar reírse en silencio por lo ingeniosa que se le

antojó su propia ocurrencia.

El texto de aquella presentación incluía dos o tres párrafos más, redactados prácticamente en los mismos términos, que Alex ya no revisó ni tradujo para evitar dormirse antes de lo deseado. Se tomó un respiro en su búsqueda virtual de información, echó su cuerpo hacia atrás, estiró las piernas, repantigándose, y elevó las manos entrelazadas para apoyarlas sobre la nuca, adoptando una posición habitual en él que le servía para relajarse fugazmente.

—No sabía yo que en el idioma de Shakespeare pudieran expresarse pensamientos tan elevados —discurrió para sí, ironizando, mientras dirigía en actitud reflexiva su mirada hacia el techo—. Menos mal que nunca me ha dado por escribir ni pronunciar en voz alta un comentario de este tenor que cualquier angloparlante podría tomarse como una ofensa —se dijo, acordándose de su buen amigo Timothy Bramson, corresponsal de *The Guardian* en Madrid.

Transcurridos los escasos segundos de distensión propia que se autorecetó, para procurarse un ligero bienestar mental más que somático, el redactor jefe de *Crónica Zero* se irguió sobre el sillón y se dispuso a proseguir con la tarea indagatoria, haciendo caso omiso al contenido de un *banner* emergente que en la parte inferior de la pantalla parecía instarle a lo contrario con un *Do not look for us, we look for you*^[5]. Una recomendación poco convincente como para detener a alguien cuya curiosidad y capacidad de observación y análisis podría compararse —exagerando solo una pizca— con la curiosidad y la capacidad de observación y análisis que Sir Arthur Conan Doyle atribuyó al mismísimo Sherlock Holmes.

Fue, sin embargo, una llamada de teléfono intempestiva y no la sugerencia del *banner* lo que le obligó a desistir de su investigación. O a posponerla más bien. El *smartphone* que descansaba en uno de los brazos de la butaca sonó con las notas de *The Final Countdown*^[6] de *Europe* —en algunos aspectos no podía evitar seguir siendo un tanto infantil— y vibró a un mismo tiempo. La taza de café que reposaba en el otro brazo cayó sobre el parqué del piso, aunque no sufrió ningún daño. Y *Robesbierre* pegó un respingo y saltó, huyendo asustado, desde la cima del respaldo del mullido asiento, donde se había amodorrado para disfrutar de un plácido sueño, después de una arrulladora sesión de ronroneo...

—¡Estas son horas, *mamón!* —se quejó Alex, antes de que su interlocutor al otro lado de la línea tuviera tiempo de decir nada, sabiendo, gracias al identificador del terminal, que quien le llamaba era Sánchez, el subinspector de la Comisaría del Retiro.

—Si no fuera importante lo que tengo que comentarte, no te habría molestado, así que no seas *capullo* —replicó el policía.

Alex calló unos segundos. Por un lado, seguía dándole vueltas a cuanto creía haber averiguado aquella noche y la relación que tales averiguaciones pudieran guardar con lo ocurrido en la habitación 321 del Ritz. Por otro, todavía no había sido capaz de librarse del pasmo que le había causado la llamada inesperada de Fran.

—No sería la primera vez que me telefoneas de madrugada, con unas cuantas copas de más, para una tontería de las tuyas —le recordó con sorna.

—Adivina qué es lo que ha pasado —dijo el subinspector, retando a su amigo a que hiciera uso de la intuición de la que de cuando en cuando solía farolear, no tanto en serio como en plan guasa.

—¡Para adivinanzas estoy yo! —protestó Alex—. ¡Ni que fuera la Bruja Lola, Rappel o Aramis Fuster! —La conexión se interrumpió de repente por un fallo de cobertura—. ¡Fran! ¡Fran! ¿Me oyes? —Aunque se restableció, no sin deficiencias, en apenas unos segundos.

—La tía *buenorra*...

—¿Cómo dices?

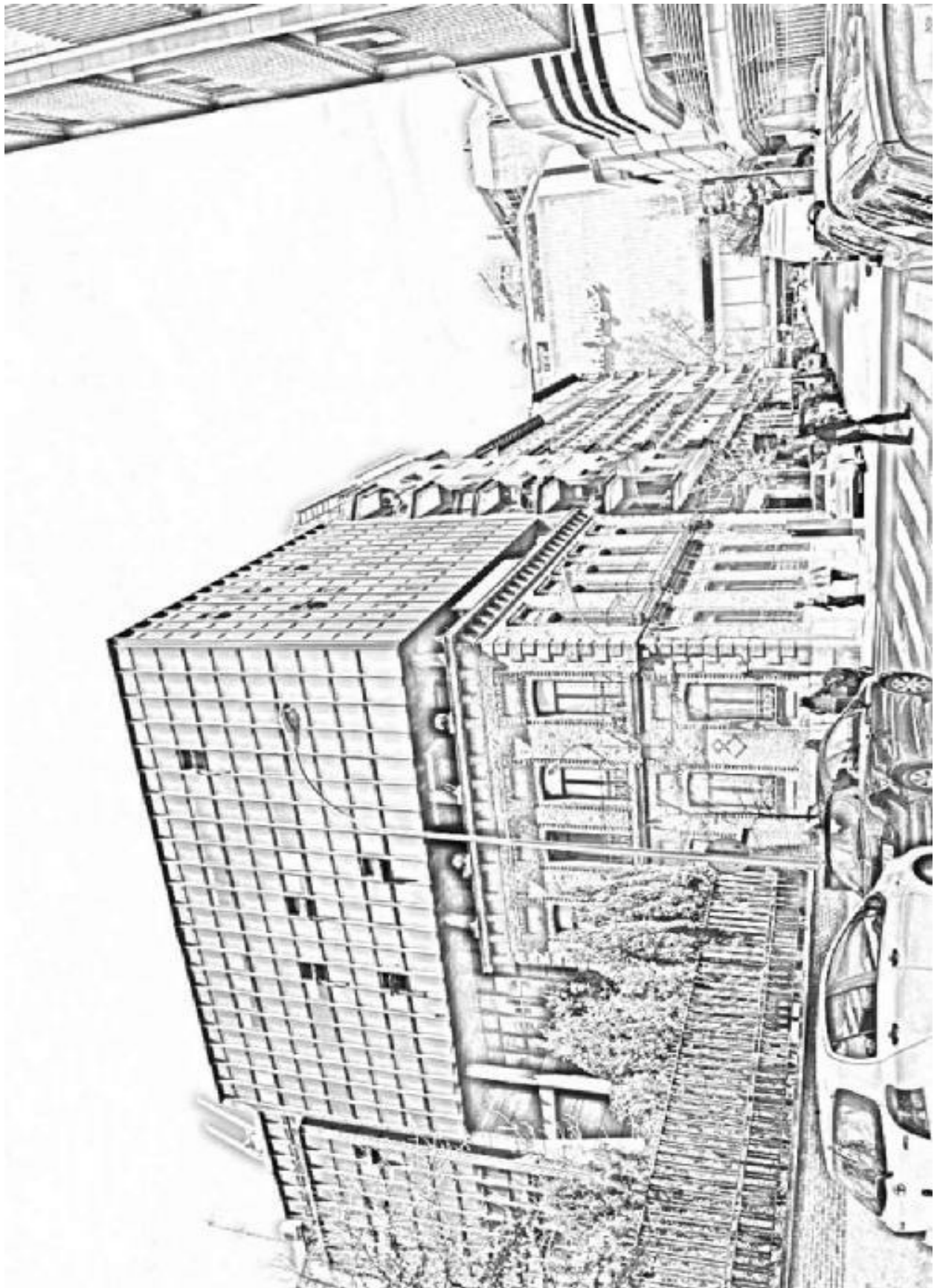
—La tía *buenorra* con la que nos cruzamos esta mañana en las escaleras del hotel —continuó el agente—. La del BMW cupé rojo...

—Sí... Te escucho... ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha sido hallada muerta en un piso de la calle del Buen Suceso...

—¡Coño! —Alex quitó el MacBook de encima de su regazo y lo colocó sobre la mesa, se puso en pie y caminó por el estudio de una esquina a otra con el *smartphone* pegado a la oreja—. ¿Y cómo ha sido?

—La han estrangulado —contestó Fran—. Pero, chico, vente de inmediato para acá si quieres estar al tanto de todo...



*«¡El misterio! Sí, un misterio profundo nos envuelve.
Cuanta más luz, más misterio»
(Thomas Carlyle)*

IV LA CALLE DEL BUEN SUCESO

Alex se vistió a prisa y se marchó de casa lo más rápidamente que pudo. Bueno, más que vestirse se medio vistió. Se despojó del batín y de los pantalones del pijama. Se colocó los *Levi's*, se calzó sus botas de cremallera con suela desgastada, se abrigó con el viejo anorak caqui oscuro, que se compró hacía una década para acampadas de invierno que nunca realizó y para alguna otra emergencia. Se encasquetó un gorro de lana que colgaba en el perchero de la entrada y que no lavaba desde ya no recordaba cuándo. Se miró a un desvencijado espejo que pendía de la pared junto a la puerta del apartamento, porque, pese a su apariencia siempre un tanto descuidada y bohemia, no había dejado de ser coqueto, en la medida en que la estima que sentía por su aspecto físico, ni agradable, aunque tampoco vulgar, se lo permitía. Salió al descansillo, se abotonó el abultado chaquetón militar de arriba a abajo y tomó el ascensor para dirigirse a la calle.

Como corría un aire gélido, porque la temperatura andaba por debajo de los cero grados, y las puertas del metro ya se encontraban cerradas, sopesó ir a pillar su coche. Un Renault Mégane, con más de diez años de servicio eficiente, que guardaba en un garaje comunitario cerca del Mercado de San Antón, donde tenía alquilada una plaza de aparcamiento. Pero se lo pensó dos veces y llegó a la conclusión de que esa decisión le supondría mucho más inconvenientes que ventajas, a pesar de la helada que estaba cayendo. De manera que optó por realizar el desplazamiento a pie, enfilando la Gran Vía en dirección a Princesa, con paso ligero para entrar en calor lo antes posible.

La Gran Vía y Princesa eran de las calles de Madrid que más se habría pateado desde que llegó a la ciudad por primera vez siendo un chaval. Formaron parte de su recorrido casi diario durante los años que cursó los estudios de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense. Y continuaron formando parte también del paisaje de su

existencia cotidiana los años que siguieron a los de sus peripecias como estudiante universitario. En particular, desde que se instaló en la calle Fuencarral y empezó a trabajar en *Crónica Zero de la Capital*, que tenía sus oficinas en un viejo edificio de la calle de los Mártires de Alcalá, frente a uno de los costados del Palacio de Liria, adonde casi siempre iba caminando.

A la altura de Callao el móvil empezó a sonarle y vibrarle. Su amigo el subinspector de la Comisaría del Retiro volvía a llamarle.

—¿Vienes o no vienes, carajo? —le preguntó el policía—. Van a llegar antes que tú el juez de guardia y los del Anatómico Forense, ¡que ya es decir! —añadió, amonestándole, aunque en tono de chanza.

—Más de quince minutos no tardo —contestó Alex—. ¡Y no me toques los cojones!

Cuando cortó y fue a dejar el teléfono en el bolsillo del que lo había sacado, al tiempo que alargaba y apresuraba la zancada, se topó de frente con una chica, mucho más alta que él. Una tía con peluca de un castaño rojizo flamante, labios suculentos y pechos prominentes, que le abordó saliendo de la calle Miguel Moya, junto a la esquina del Palacio de la Prensa, y le pidió fuego para encender un pitillo susurrando una voz sospechosamente grave.

—¿No quieres que te haga un completito por cincuenta euros en mi casa? —le propuso la susodicha.

Alex se acordó de sus andanzas juveniles y de sus juergas nocturnas en la época de la denominada movida madrileña. Y lo hizo con una mezcla de nostalgia y de pudor a la vez. Cuando le vinieron a la memoria tanto las anécdotas divertidas de las que disfrutó como las inconfesables locuras en las que incurrió animado por los excesos de ginebra, güisqui o ron y algún que otro porro de hachís o maría que compartió con sus colegas de francachelas.

Al llegar al número seis de la calle del Buen Suceso, Sánchez interrogaba al vecino de la planta baja del inmueble, que, además, ejercía las funciones de portero, mientras se tomaba, en vaso de plástico, un café bien caliente que, amablemente, le había traído, de uno de los establecimientos que aún quedaban abiertos en los alrededores de la plaza Jiménez Millas, uno de sus subalternos. Justo ante la puerta del edificio, invadiendo la acera, había detenido un furgón de la funeraria de guardia, con los intermitentes traseros y delanteros encendidos, en cuyo interior dos operarios introducían el cajón con la víctima. Al lado, en paralelo, y ocupando el centro de la calzada e interrumpiendo el tráfico, un Citroën C5 gris metalizado, con la sirena portátil

sobre su techo girando y emitiendo destellos azulados, que reconoció al instante, flanqueado por detrás y por delante por dos coches patrullas del Cuerpo Nacional de Policía. Varios curiosos, entre los que se encontraban algunos residentes del barrio, se congregaban alrededor del cordón que las fuerzas de seguridad habían establecido, a uno y otro lado de la entrada. Otros intentaban enterarse de lo sucedido, aunque sin mucha suerte, asomándose a las ventanas de sus viviendas, ubicadas en el entorno, después de que el ulular insistente de los vehículos policiales y el jaleo procedente del exterior les despertara en plena madrugada.

El redactor jefe de *Crónica Zero* se deslizó por debajo de la cinta que delimitaba la zona a la que estaba prohibido el acceso de personal no autorizado, donde se efectuaban las pesquisas, y se encaminó hacia su amigo el subinspector, hasta que un agente encargado de impedir la irrupción de intrusos dentro del perímetro le salió al encuentro.

—Fernández, déjale que se acerque —ordenó Sánchez dirigiéndose al funcionario que se había plantado delante de Alex interceptándole el paso, al percatarse de la situación de este medio de reojo, a pesar de que seguía liado con los interrogatorios de posibles testigos—. Llegas un poco tarde —le dijo a su amigo, y colaborador, casi sin mirarle mientras escuchaba la respuesta a la última pregunta que acaba de plantear al tipo calvo, regordete y con mangas de camisa que se ocupaba de atender algunos de los menesteres cotidianos de la comunidad vecinal a la que pertenecía, tales como la limpieza de las escaleras o el mantenimiento de la caldera de la calefacción, y residía en frente del apartamento en el que había sido hallada muerta la bella señora del BMW cupé rojo.

Después de apurar el café, el subinspector entregó el vaso de plástico que aún tenía en la mano al primero de los ayudantes que pasó por su lado para que se deshiciese de él, sacó del bolsillo de su gabán su cuaderno, efectuó unas breves anotaciones y se volvió hacia Alex.

—No me explico qué es lo que vino hacer la tipa esta a un sitio como este —refunfuñó—. Da la impresión de que llegó hasta aquí buscando algo pero se le adelantaron. El portero dice que oyó gritos, forcejeos y fuertes golpes —continuó, con la mirada perdida en la hoja de la libreta en la que acababa de escribir un nombre y varias consideraciones—. No me extraña —añadió murmurando para sí.

Aunque no era distrito de su competencia, Sánchez estaba allí porque un

colega de la Comisaría de Moncloa Aravaca, que le conocía desde hacía años y sabía de su afición por la investigación de crímenes rodeados de gran misterio, le había dado el soplo, con un telefonazo, nada más enterarse de que el asunto podría estar relacionado con el caso del Ritz. Se había personado en su C5 después de bajar a toda pastilla la calle Serrano Jover, saltarse un semáforo en el cruce con Princesa, entrar como una exhalación por Quintana, girar derrapando en la calle Tutor y plantarse en el lugar de autos con una frenada de película, al costado de la parroquia del Corpus Christi, con más pinta por fuera de banco o de centro comercial que de iglesia, en la que — ¡casualidades de la vida!— contrajera su primer y único matrimonio allá por mil novecientos ochenta y tantos.

La imagen de Raquel le vino fugazmente a la memoria durante los segundos que empleó en apagar el motor, extraer la llave del panel de arranque, abrir la puerta y pisar el asfalto. La por entonces preciosa sobrina del subdirector general de la Policía —¿quién lo diría?— con la que se enrolló una noche de movida en los bajos de Argüelles, cuando no era más que un joven alumno recién egresado de la Academia de Ávila iniciando su carrera profesional con un futuro más que prometedor aguardándole. Aquella chica un tanto casquivana, pero alegre y de muy buen ver, con la que aguantó casado más de diez años —¡toda una eternidad!— y con la que tuvo a Dani y Maribel, dos hijos bien crecidos ya, a los que apenas si conocía. Pero el recuerdo se esfumó en cuanto su mente volvió a centrar su atención en el trabajo y en la causa que le había conducido hasta aquel rincón de Madrid.

Al inspector jefe de la Comisaría de Moncloa Aravaca no le hizo ni chispa de gracia toparse a su llegada con un investigador procedente de otra comisaría. Y mucho menos que se le hubiera anticipado. Lo que le dejó bastante claro nada más apearse del Picasso en el que se desplazó acompañado de la correspondiente patrulla.

—¿Otra vez metiendo las narices donde no te llaman? —le reprochó con displicencia, dentro del piso, donde lo encontró en plena faena, husmeando en cada habitación, cuando entró acompañado de la autoridad judicial

—En eso te equivocas —replicó el subinspector de la Comisaría del Retiro— porque llamarme sí que me han llamado... Y, por lo que se ve, mucho antes que a ti —añadió mientras fijaba su atención en la fotografía de un individuo que decoraba uno de los estantes de un antiguo y apolillado mueble bar repleto de viejos libros y revistas a cuyos pies yacía despatarrado el

cuerpo de la difunta.

El inspector jefe de Moncloa Aravaca impartió instrucciones siguiendo el protocolo habitual en cuanto a la recogida de pruebas, departió con el juez y luego se dirigió nuevamente a Sánchez, que sin prestarle atención seguía a su bola.

—¿Alguna información de utilidad que pueda ofrecernos, ya que te has tomado la molestia de venir?

—Desde luego —le contestó el subinspector sin apartar su mirada del retrato que sostenía entre sus manos y examinaba minuciosamente—. Lo que aquí ha ocurrido guarda relación con otro suceso cuya investigación corre a mi cargo...

—¿Y se puede saber cuál es ese suceso? —El inspector, un tal Eladio Zamora, para más señas, se la tenía jurada. Desde que años atrás aquel guaperas del cuerpo, venido a menos, le dejara en evidencia atrapando a un peligroso pederasta cuyo rastro andaba siguiendo, y que, de no haber sido por su intervención, podría haber burlado la acción de la justicia, cuando ambos compartían destino y unidad en el distrito de San Blas-Canillejas.

Con desgana Sánchez le explicó que la muerte por asesinato de aquella mujer podría estar conectada con otra misteriosa muerte ocurrida días atrás en el hotel Ritz sobre la que estaba trabajando. También le dejó muy claro que, aunque toda la ayuda que recibiera sería bienvenida, tenía intención de solicitar a la superioridad que se le asignara el mando único y, por ende, la coordinación de todas las indagaciones que se llevasen a cabo sobre el caso.

La víctima había sido hallada tendida sobre la sucia y raída moqueta que cubría el suelo del salón principal de la vivienda, un receptáculo mal ventilado y poco iluminado con aspecto de trullo o de caverna. Entre un viejo diván, que escondía basura de todo tipo entre sus almohadones, y una mesa fea, rayada y destartalada sobre la que había una copa y una botella de coñac medio vacía. Con la cuerda de la cortina perteneciente a la única ventana de la estancia, que había constituido el arma homicida, aún atada al cuello.

—¿Se puede pasar al interior? —preguntó Alex a Sánchez cuando este terminó de interrogar al portero.

—Entra, pero no toques nada —le respondió—. Ahora te sigo.

El periodista se dirigió al edificio, atravesó el soportal y se metió en el bajo de la derecha, cuya puerta permanecía entornada. El subinspector, entretanto, hizo una señal a uno de los policías que le acompañaban para

ordenarle que se ocupara de la localización del BMW cupé rojo. Luego llamó a otro y le indicó que se acercara al Aparto Suites Muralto, el hotel situado en frente de donde estaban, por si hablando con los empleados de recepción o con algunos de los inquilinos se podía obtener alguna pista, averiguar algo.

Alex echó un vistazo a la estancia en la que presuntamente se había cometido el crimen y de la que ya se habían retirado tanto el cadáver de la asesinada como los objetos que los detectives estimaron que podían ser útiles y envolvieron en plástico para ser analizados en el laboratorio. Observó las marcas dibujadas sobre el felpudo señalando el espacio que ocupara el cuerpo de la chica y la postura en la que había sido hallado. Se fijó en los cuadros que colgaban de uno de los tabiques empapelados y que contenían curiosas y llamativas representaciones de símbolos masónicos y teosóficos dibujados a cartabón, entre ellos el compuesto por una escuadra y un compás y el de dos triángulos entrelazados constituyendo una estrella con una cruz ansada en el centro, sobre un lienzo que en otro tiempo tal vez fuera níveo y que ahora lucía un amarillento tono como consecuencia del deterioro y la humedad. Luego inspeccionó muy someramente el resto de las habitaciones. Un dormitorio que apestaba, con una cama sin hacer, que estaría repleta de chinches, y una hornacina en la cabecera ocupada por una pequeña escultura que no supo concluir si era de una virgen o una imagen de la diosa egipcia Isis. Un cuarto de baño, mal alicatado, con griferías que goteaban y estaban impregnadas de moho. Y una estrecha y grasienta cocina que olía a aceite recalentado, con un fregadero lleno de tientos sin lavar, un frigorífico y una lavadora de los años de la pera, invadida de cucarachas.

Cuando Sánchez se reunió con él estaba contemplando la misma fotografía que este había estado contemplando poco antes. Era, en realidad, una imagen en blanco y negro con aspecto de daguerrotipo en la que posaban dos hombres y dos mujeres, en la calle del Prado, a las puertas del Ateneo de Madrid, y que podía datar de los años inmediatamente anteriores a la Primera Gran Guerra del pasado siglo.

—¿Sabes quiénes son los dos señores y las dos señoras? —preguntó el subinspector, convencido de que su amigo el reportero, si no culto y versado en una y mil disciplinas del conocimiento humano, sí que era lo suficientemente enterado como para defenderse.

—Este de la izquierda es el abogado y escritor Mario Roso de Luna, que, precisamente, vivió en esta misma calle, a la que durante años incluso dio

nombre, una vez muerto —dijo Alex, tras extraer sus gafas del bolsillo de su tres cuartos y calárselas, señalando la figura de un individuo de cabeza redonda medio alopécica, traje con pajarita y cara de intelectual ingenuo—. Un tío cojonudo que, además, cultivó varias ciencias, efectuó algún que otro descubrimiento astronómico de relevancia, ejerció como teósofo, se codeó con la masonería y fue autor de varios libros sobre religión y ocultismo que encandilarían a los incondicionales seguidores de la nave del misterio cada domingo en Cuatro Tv. La dama más joven creo que es, si no me equivoco, Aurora Rodríguez Car... Carba... Carbaleira o Carballeira —dudó al tiempo que se acercaba el retrato del grupo y agudizaba la vista.

—¿Quién has dicho?

—Aurora Rodríguez Carballeira —respondió el redactor jefe de *Crónica Zero*, haciendo memoria—: Una tía de por aquel entonces un tanto sonada. Concibió una hija llamada Hildegart, de progenitor supuestamente desconocido, a la que educó con el propósito de hacer de ella algo así como el prototipo de mujer ideal, siguiendo el plan de un experimento eugenésico previamente diseñado, y a la que terminó pegándole cuatro tiros. Una noche de junio de 1933, muy cerca, por cierto, de donde estamos, en la calle de Galileo, distrito de Chamberí —precisó, tomándose a continuación una pausa de unos segundos, para recrearse contemplando las facciones un tanto rudas de aquella señora de convicciones radicales que acabó sus días en el psiquiátrico de Ciempozuelos.

—¡Pues sí que debió estar bien sonada la tipa! —exclamó el policía, tras dibujar una mueca de incredulidad en su rostro.

—La dama de más edad —añadiría el periodista— es Annie Besant...

—¡Chico! —le interrumpió Sánchez—. ¡Cualquiera diría que en tu mollera se archiva la mayor parte del saber enciclopédico! —bromeó, impresionado.

—...Una escritora y ocultista de origen británico que profesó la masonería y que fundó en 1912 la *Orden del Templo de la Rosa Cruz* —puntualizó Alex, sin poder evitar adornar el tono de su dicción con un aire docto—. A quien no logro identificar es al caballero de la derecha —prosiguió a continuación, señalando al cuarto de los retratados, un cuarentón trajeado, de aspecto severo y bigote recortado a lo Clark Gable, a la vez que se esforzaba por recordar su nombre.

Uno de los agentes del dispositivo movilizado, que, cumpliendo una

orden expresamente recibida, había vuelto a entrar en el apartamento para efectuar una última inspección ocular, llamó la atención del subinspector de la Comisaría del Retiro. En un rincón del espacio común en el que confluían las entradas de todas las habitaciones del piso, un hueco que hacía las veces de trastero, entre la puerta del baño y la del dormitorio, de apenas un metro cuadrado, acababan de descubrir, camuflada bajo una tosca estera colocada sobre el suelo, una trampilla que parecía servir de acceso a una oquedad subterránea con más pinta de cripta o catacumba clandestina que de sótano incluido en el planeamiento del edificio.



«El verdadero misterio del mundo es lo visible,
no lo invisible»
(Oscar Wilde)

V UN TEMPLO ESOTÉRICO BAJO EL SUELO DE MADRID

—¿Cómo leches no os habéis dado cuenta antes de que aquí se encontraba este escondrijo? —protestó Sánchez dirigiéndose a uno de los policías de uniforme que les acompañaba y les abrió el camino hacia el interior de la oscura cavidad, recién descubierta, a cuya exploración se habían aventurado.

—Yo creo que estamos dentro de una guarida secreta de rojos y masones de tiempos de Franco —señaló Alex, antes de llevarse la palma de su mano derecha a la boca, para contener la arcada que le provocó, de repente, la tufarada nauseabunda que ascendió sobre la escalera, mal tallada en piedra, por la que iba descendiendo con los demás, sin saber exactamente adónde.

—Tengan cuidado con el último peldaño, que es más alto que los otros —advirtió el agente, que linterna en mano encabezaba la expedición—. ¡Me cago en la puta! —exclamó segundos después—. Ya he metido la pata donde no debía. ¡Ojo, que aquí hay un maldito charco que huele mucho peor que la mierda!

Sánchez, Alex y el policía de uniforme se adentraron en un estrecho y lóbrego recinto con forma de galería que se prolongaba por el subsuelo, más allá incluso del inmueble del número seis y de los inmuebles colindantes, varias decenas de metros, casi en paralelo con el trazado de la calle.

—¿A dónde puñetas conducirá este jodido túnel? —rezongó el subinspector, después de sortear un pequeño montículo de escombros que dificultaba el paso, aunque no lo impedía.

—Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos al final del recorrido —contestó el redactor jefe de *Crónica Zero*, mientras se detenía para tratar de captar algunas imágenes del lugar con la cámara de su *smartphone* apuntando hacia el haz de luz que les servía de guía—. Me parece que acabo de retratar a una asquerosa familia de ratas de alcantarilla —añadió tras disparar varias

ráfagas con el *flash* del terminal operativo a máxima potencia.

De repente, empezó a oírse una especie de rugido metálico que segundo a segundo crecía en intensidad, como si se les acercara, al tiempo que retumbaba en las paredes. El tronar de un artefacto mecánico claramente reconocible y a continuación el rechinar metálico de las ruedas sobre la vía férrea.

—¡Coño! ¡Me he asustado! —gruñó el subinspector.

—Es probable que esta gruta exista desde que se llevaron a cabo las obras del suburbano —dedujo Alex—. Estamos rondando, si no me equivoco, la Línea Tres. Como nos descuidemos vamos a aparecer en la estación de Ventura Rodríguez —añadió en plan jocoso.

El pasadizo, de poco más de dos metros de ancho, tras un tramo de recta, torcía ligeramente a la derecha y conectaba con un corredor de laterales, techo y pavimento recubiertos de toba lisa y pulimentada que incluía en sus muros más de un extraño recoveco. Algo así como hornacinas que ahora estaban vacías pero que ofrecían el aspecto de haber estado ocupadas en otra época y que los tres expedicionarios se pararon a examinar minuciosamente.

—Está claro que estos huecos han sostenido velas para alumbrar a quienes quiera que sean los que por aquí han andado —señaló Sánchez—. Lo digo por la cera que hay acumulada —apostilló.

—Elemental, querido Watson —bromeó el periodista.

Más adelante se volvieron a detener. No por cansancio, por precaución o por tropezarse con un nuevo obstáculo, sino por la estupefacción que les causó lo que se encontraron ante sus narices. Un pórtico flanqueado por dos columnas y coronado por un frontón triangular en medio del cual podía leerse una inscripción en latín que rezaba como sigue: *Sine corpore animae immortalitas non est.*

—¡Esto es más que alucinante! —Alex cerró y abrió los ojos repetidas veces—. ¡Si no lo veo no lo creo!

—¿Eres capaz de traducir al castellano ese texto? —preguntó Sánchez.

El redactor jefe de *Crónica Zero* volvió a leer para sí muy despacio la frase y analizó cada palabra.

—Por suerte la traducción literal no resulta muy difícil —dijo—: Sin cuerpo la inmortalidad del alma no es posible.

—¡Nos ha jodido! —se quejó el subinspector de la Comisaría del Retiro. A continuación del pórtico se extendía una estancia cuadrangular, aunque

no muy amplia, en cuyo centro se erigía lo que podría considerarse la reproducción de un monolito en forma de obelisco. Una sala con tabiques también revestidos de toba lisa, pero adornadas de pilastras, tres a cada lado, circundada por un friso en la parte superior, con triglifos y metopas, y rematada con una cubierta abovedada a modo de firmamento poblado de astros celestes.

—¡Bueno, bueno...! —resopló Alex—. Resulta evidente que nos hallamos en el santuario de una logia o alguna congregación religiosa hermética y extravagante. ¡Pero lo más increíble es que este tinglado se halle debajo de esta ciudad desde no sabemos cuándo y hasta la fecha, como parece, no se haya enterado nadie!

Los tres hombres se acercaron al monolito con sumo cuidado. Como si temieran que su presencia pudiera entrañar para ellos algún peligro. Más que miedo lo que el obelisco inspiraba era curiosidad, asombro, tanto por la textura como por el color y el brillo de la roca en la que había sido tallado. Un mineral translúcido semejante al cuarzo de color uniformemente negro, compuesto de sílice y alguna aleación metálica, que tenía —eso pensó el redactor jefe de *Crónica Zero* mientras lo contemplaba— algo como de mágico.

—Esta mole está hecha del mismo material que el amuleto que encontramos en la habitación del hotel Ritz —precisó el subinspector rozando con la yema de los dedos su superficie.

—¿El cetro de papiro del que me hablaste? —Alex daba una segunda o quizá tercera vuelta en torno al bloque al tiempo que lo analizaba de arriba abajo meticulosamente—. ¿Quién me lo iba a decir a mí? —añadió a continuación, entre entusiasta y escéptico, mientras se detenía en el lado opuesto al que ocupaban sus dos acompañantes y se inclinaba sobre la parte baja de aquel raro pilar con forma de aguja para examinar la tira de minúsculos relieves que adornaba el borde superior del pedestal sobre el que se sostenía—. Empiezo a sentirme como un aventurero a lo Indiana Jones... —comentó riendo.

A una señal suya el policía de la linterna se acercó y, siguiendo sus indicaciones, iluminó con ella varios signos, representados entre dos esvásticas, una levógira y otra dextrógira, y escritos en alemán con grafía estilo Gutenberg: *Um die Unsterblichkeit zu erreichen muss man der Tod*

besiegen^[7].

—Con tu permiso, mi querido amigo, voy a tirar fotos para el reportaje que mañana mismo tengo intención de publicar sobre este impresionante hallazgo —dijo el redactor jefe de *Crónica Zero* mientras volvía a hacer uso de la cámara de ocho megapíxeles de su móvil.

—Por mi parte no hay ninguna objeción —respondió Sánchez—. Siempre y cuando no hagas mención alguna —recalcó— a la investigación criminal en la que nos hallamos inmersos...

—Descuida, Fran. Yo soy el primer interesado en que la competencia no meta las narices en este caso.

—¿Tú crees que hay alguna conexión entre las dos muertes que nos han traído hasta aquí y la existencia de este templo subterráneo, si es que así puede llamársele? —preguntó el subinspector.

—No lo sé —Alex, auxiliado por el agente de uniforme, que enfocaba el haz de luz hacia donde él le iba pidiendo, seguía tirando fotos a diestro y siniestro—. Pero es muy probable...

Madrid

Martes 27 de enero de 2015

La noticia del hallazgo fue publicada en exclusiva por Alex en *Crónica Zero de la Capital*, a doble página en el interior y con reseña a cinco columnas en la portada, una vez puesta en conocimiento de las administraciones, tanto la municipal como la autonómica. Y posteriormente explotada, cuanto pudieron, por la mayoría de los demás medios regionales, nacionales y hasta internacionales. Aunque escasos días después, tratándose como se trataba de una información de contenido cultural, quedó relegada prácticamente al olvido, eclipsada por la atención que la prensa, la radio y la televisión prestaban a los acontecimientos políticos, sociales, económicos y, sobre todo, deportivos, excepto para los aficionados a la historia aderezada con un toque de misterio, los especialistas y los técnicos y funcionarios de la Dirección General del Patrimonio Histórico de la comunidad autónoma. El descubrimiento de unas ruinas todavía no catalogadas ni datadas bajo una calle de Madrid, por muy sugerente que resultase, no podía competir con el

interés y el morbo suscitados por todo lo divulgado y por divulgar en torno a los papeles del extesorero del Partido Popular y los mensajes *sms* enviados a este por el presidente del Gobierno español, la corrupción en las altas y menos altas esferas del estado, la precampaña electoral en ciernes, los programas de cotilleo, tales como el *Sálvame Deluxe*, y el fútbol, sobre todo, el fútbol.

Según las primeras aproximaciones efectuadas por los responsables de la mencionada dirección general, el recinto subterráneo encontrado era una construcción que se había llevado a cabo en fechas relativamente recientes, aprovechando, por un lado, los espacios ahuecados que en la zona se dejaron durante la apertura y puesta en marcha de la línea del suburbano y, por otro, los movimientos de tierras que se realizaron cuando, sobre lo que fueran los viejos cimientos de la Iglesia del Buen Suceso, se levantaron la actual parroquia del Santísimo Corpus Christi y el inmueble anexo de locales y viviendas. La excavación del túnel desde el domicilio en el que fuera hallado el cadáver de la pelirroja desconocida que se hospedaba en el Ritz y la habilitación de aquel soterrado tabernáculo —pues solo como tal podía calificarse— en las entrañas de aquel cuadrante de la ciudad se ejecutaron y concluyeron entre 1974, 1975 y 1976. Los promotores de la obra parece ser que fueron los herederos de una organización un tanto heterodoxa y divergente, conocida como la *Orden de los Seguidores de Gilgamesh*^[8], que en sus inicios estuvo vinculada a la Gran Logia de España y que, más tarde, en los años de la clandestinidad, dos décadas después del final de la Guerra Civil y la instauración de la dictadura franquista, habría de romper con los principios y las tradiciones de la masonería para degenerar en una sociedad de corte un tanto excesivamente autoritario y sectario a la vez que entregada a cultos de contenido teúrgico, neopagano y similares. De tal tenor fue el informe que elevó el profesor de turno adscrito al servicio arqueológico del departamento de Patrimonio Histórico de la comunidad madrileña cuyo nombre no viene a cuento. Un documento de treinta y tantas páginas en el que, además, se hacía mención a la figura de su gran maestro y fundador. Juan Federico de Otero, médico de profesión y supuesto Conde de Las Matas, título nobiliario que no ha constado ni consta en ninguno de los registros del Ministerio de Justicia, ni como ocupado, ni como reclamado, ni como caducado, ni como vacante. Al parecer, un individuo de nacionalidad chilena, con más pinta de germano que

de latino, que, según rezaba en los antiguos archivos de la desaparecida Policía Armada, llegó al país procedente de Austria a comienzos de 1963 y lo abandonó para partir rumbo a Uruguay allá por 1979, antes de que se extendieran contra él varias órdenes de búsqueda y captura a petición de Interpol.

—¿Dónde puñetas he visto yo la cara del tío este? —se decía Alex para sí hojeando el dossier que Sánchez le había facilitado, a fin de que lo revisase al dedillo desde la primera anotación hasta la última, cuando sonó su teléfono.

Fuera de la redacción lucía una mañana fría pero espléndida. Tras el ventanal el sol matinal brillaba y el cielo azul resplandecía como si el invierno se encontrara a punto de terminar y ya estuviera anunciándose la primavera, en pleno mes de enero. Había madrugado después de trasnochar, como ya era habitual en él, aunque no yéndose de parranda, cual el crápula que en sus años mozos fuera, y quizá por ello notaba que le costaba ponerse manos a la obra para ofrecer el mismo óptimo rendimiento que exigía, bien es verdad que sin excesivo rigor, al personal que tenía a su cargo. Serían más de las nueve y media, pero para el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* esa era una hora demasiado temprana. Como buen noctámbulo, gran parte de la noche anterior la había pasado navegando con su MacBook por la red, a la caza de datos que le pudieran resultar útiles para la elaboración de una segunda y tercera entregas de su reportaje sobre la referida *Orden de los Seguidores de Gilgamesh* y su gran maestro y fundador. Sin embargo, al día siguiente no esperó a que diesen las once —cosa que, por razón de su puesto y de su veteranía, podía permitirse y, normalmente, se permitía— para levantarse y emprender su jornada laboral. La experiencia vivida durante la última semana en torno a aquel extraordinario caso, cuya investigación —por lo que podía recordar— había conseguido absorber su atención como ningún otro de los muchos a los que había tenido que enfrentarse a lo largo de su carrera, y el sinfín de interrogantes necesitadas de respuestas que en su mente bullían, una vez procesada la información recabada hasta el momento, no habían contribuido a mitigar sus dificultades para dormir, sino todo lo contrario. Así que saltó de la cama sintiendo la urgencia de acudir a su despacho cuanto antes y continuar la aventura policial en la que se hallaba inmerso con una avidez similar a la del lector de una novela de suspense que se resiste a interrumpir su lectura.

Se había sentado junto a su escritorio, detrás de la mampara acristalada

que le separaba de los demás compañeros que constituían la plantilla del periódico, y había dedicado los segundos de rigor a contemplar, como hacía siempre antes de empezar a trabajar, la foto enmarcada de Marilyn Monroe que reposaba sobre su mesa ocupando el lugar que una vez ocupó el retrato de aquella chica con la que estuvo a punto de casarse, después de terminar la Universidad, y que, no obstante, para decepción suya, en el último minuto le dio largas. Un ritual diario —el de mirar y recrearse con la belleza de la mítica Norma Jean Baker— que le servía para recordarse a sí mismo de dónde venía, quién era y quién quería seguir siendo. Nuria, la joven maña bastante resultona, que apenas llevaba seis meses en la empresa, sorprendida, como el resto de los empleados, por su llegada antes de lo previsto, acababa de ponerle al corriente de varios asuntos urgentes relacionados con el planillo de la edición en curso, la agenda de actos y en cuanto a la llamada de un colega de la revista *Muy Interesante* que quería entrevistarle para tratar de sonsacarle algo más de lo que había recién publicado en exclusiva sobre el refugio de masones descubierto en plenas entrañas del distrito nueve.

—De Vicente ha dicho que te espera para comer en el Dantxari —le informó la chica, que, aparte de diseñar y maquetar, hacía para él las veces de secretaria.

Sin embargo, Alex seguía pensando en Marilyn y la tontería a modo de poema que siendo apenas un adolescente compuso dedicado a ella después de ver por la televisión una de sus películas. *La tentación vive arriba*, tal vez. *Los caballeros las prefieren rubias*, quizás. O *Con faldas y a lo loco*. Ya no era capaz de recordarlo con exactitud.

Nadie habría podido penetrar dentro de tu ser. Nadie habría podido realizar, desde tu laringe hasta tus profundidades recónditas, un viaje increíble. ¿Qué digo? Increíble no, ¡alucinante! Aunque lo hubiese querido, nadie habría podido hallar jamás el modo fantástico de reducir su tamaño al de un átomo o una molécula para haber explorado tu interior y haber descubierto si tú tenías o no tenías alma. Escribió cuando no tendría ni quince años cumplidos, profundamente enamorado de la actriz norteamericana y de todo cuanto la rodeaba, con su Hispano Olivetti. *Pero... ¿y si te pidiese que nos uniéramos como se unen los demás seres? ¿Y si te rogase que les escandalizáramos, como los han escandalizado otras gentes, con pecados que les parecen reprobables solo porque de comprender no son capaces? ¿Y si lo que creen imposible hiciéramos, ahora que aún tú y yo podemos,*

gracias al mágico poder de tu recuerdo y al quimérico soñar de mi imaginación? Elucubró en verso, como si mantuviera con la aludida una especie de relación necrófila, más que platónica, *sine corpore praesente ut adorare posset*^[9], con una pasión en la que podía recrearse a su gusto sin temor a ser traicionado o rechazado.

El móvil seguía sonando. Era Sánchez quien estaba intentando contactar con él. O alguien en su lugar utilizando su teléfono, lo cual era hartamente improbable. Así que descolgó.

—¿Sí? —Como casi con toda seguridad sería el subinspector, decidió que no debía obligarle a esperar más. Probablemente tendría algo importante que comentarle, pues, de no ser así, no le estaría telefoneando, tal y como lo estaba haciendo, antes de las doce del mediodía.

—Ve preparándote para irte de viaje... —le contestó Fran al otro lado de la línea virtual obra de la comunicación vía satélite.

—¿De viaje?

—Nos vamos a Alemania.

—¿A Alemania?

Alex se levantó de su asiento. Se asomó al exterior y se quedó contemplando la fachada que tenía justo en frente. La de un edificio construido a principios del siglo XX, allá por 1906, para uso del ejército, y convertido posteriormente en sede del Archivo Histórico Militar, cuyas instalaciones estaban siendo reformadas para la inminente ubicación y apertura de un nuevo campus de la denominada Universidad de Nebrija. Institución docente de carácter privado en la que había cursado algún que otro seminario para completar su formación, entre ellos uno de especialización en materia de periodismo digital, no hacía mucho.

Se quedó mirando, sí, la misma fachada que llevaba años viendo día tras día. Aquel frontal exterior que le había inspirado más de una reflexión, entre filosófica y poética, de esas que conservaba pero nunca se había atrevido a publicar, cada vez que se sentía atrapado por un arrebatado de nostalgia un tanto hipocondríaca como el que aquella mañana —sin explicarse exactamente por qué, puede que por un capricho de los biorritmos— le asechaba. Arrebatos, cómo no, casi siempre inevitablemente asociados con el recuerdo de la primera historia de amor de su vida que pudo ser y no fue...

—¡Tío! ¿Estás ahí? —escuchó que le decía el subinspector a través del

auricular.

Pero Alex acababa de trasladarse mentalmente atrás en el tiempo hasta un instante ya vivido y grabado en su memoria, como tantos otros, por el que sentía una especial predilección. Una tarde de lluvia y de dudas en la que, asomado a aquel mismo ventanal, se debatía entre llamarla o no llamarla. Llamar a Eva, ese era su nombre, la única pareja con la que, cuando todavía creía que tenía una edad razonable como para casarse y formar una familia, se atrevió a hacer unos planes de boda que acabaron yéndose al carajo porque — ¡la muy zorra!— le dejó plantado a la puerta de uno de los juzgados de Plaza de Castilla.

Quisiera ser un tipo duro, a lo Humphrey Bogart, pero soy un tío con la sensibilidad a flor de piel. Aunque, eso sí, con un currículum nada despreciable de experiencias más o menos emocionantes en su haber, al que siempre le atrajo el riesgo y que hizo suyo el significado de aquella frase lapidaria de Oscar Wilde en la que se resume toda una concepción del mundo y una actitud ante la existencia: Si un hombre trata la vida artísticamente, su cerebro es su corazón y viceversa, recitó para sí. *¿Qué somos todos, a fin de cuentas, si no prototipos imperfectos de alguna ridícula caricatura sublime o las caricaturas ridículas de algún sublime prototipo?* De fondo, a través del hilo musical instalado en el cuarto, se oían las notas de la ópera *Carmen* de Bizet.

—¡Tío! ¿Estás ahí? —volvió a escuchar que le gritaba Sánchez a través del auricular.

—Sí, sí... —titubeó, regresando al presente.

—¿Chapurreas el alemán todavía? —le preguntó el subinspector.

—Se puede decir que me defiendo...

—Pues entonces te vienes conmigo a gastos pagados en calidad de traductor si el comisario jefe no pone ninguna pega.

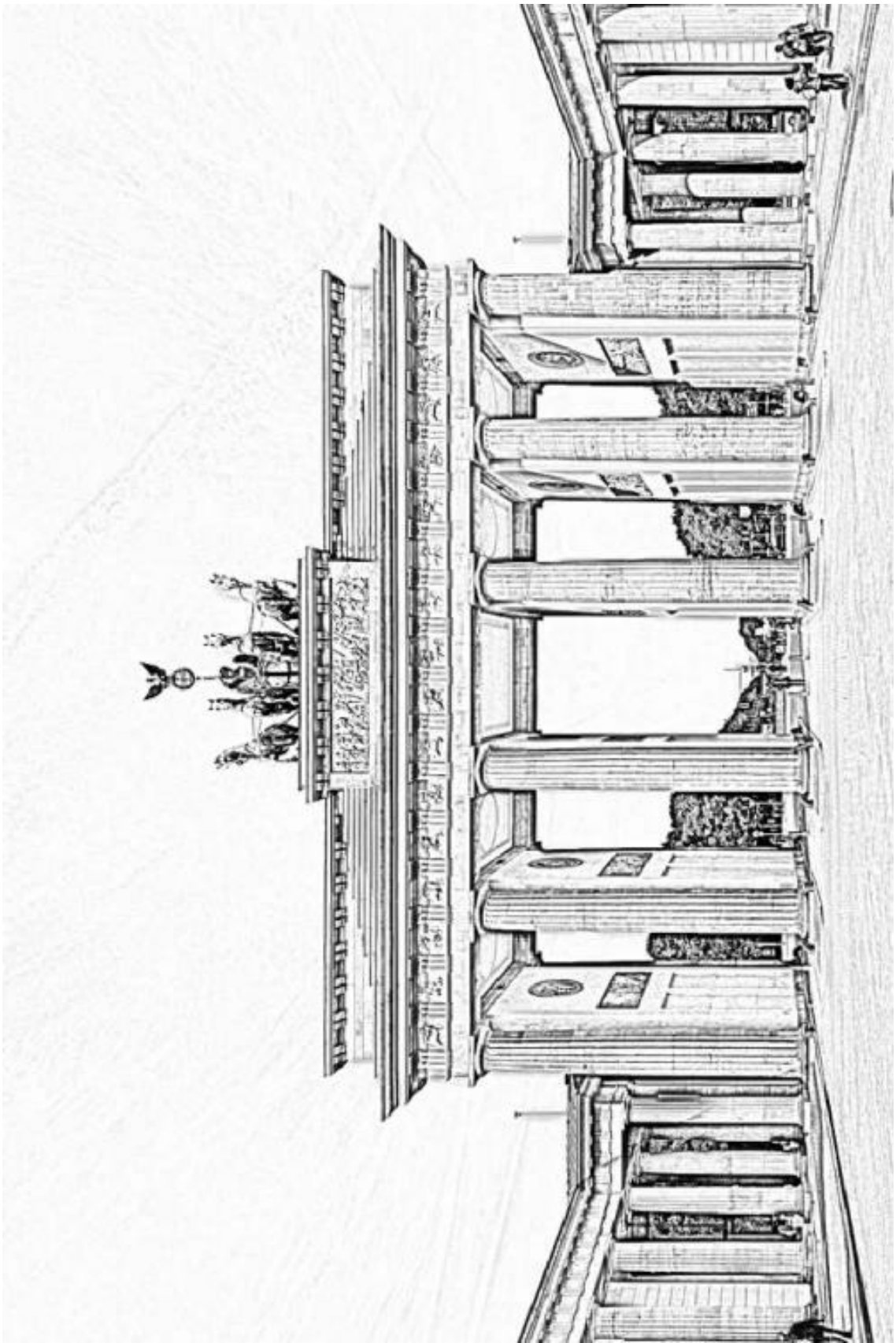
—Te agradezco el detalle, camarada, porque últimamente ando bastante tieso.

Nuria, la joven maña resultona, entró de nuevo y dejó a la vista la correspondencia que acababa de llegar, después de pedir permiso para hacerlo con una seña a la que Alex respondió levantando el pulgar de su diestra y sonriendo.

—*Mademoiselle* Heintze —le estaba contando en ese momento su amigo el policía— es, en realidad, Frau Gerda Steiner. Una agente del servicio de

inteligencia de la República Federal de Alemania que se encontraba operativa en Madrid cumpliendo una misión cuyo objetivo, como ya te puedes imaginar, no nos ha sido revelado desde la embajada germana, a pesar de que hemos insistido en ello. ¡Top Secret nos dicen que es los muy cabrones! —rumió Sánchez.

—¡Atiza! —exclamó el redactor jefe de *Crónica Zero*—. ¡Vaya con la pelirroja!



«¿Qué libertad mayor
que no saber a dónde vas o por qué?»
(John Le Carré)

De Madrid a Berlín
Miércoles 28 de enero de 2015

VI FRAU GERDA STEINER

El A320 inició la lenta maniobra para proceder al despegue. Despacio, muy despacio, fue dejando atrás la zona de embarque y dirigiéndose a la pista que desde control le había sido asignada. Alex acababa de poner en modo avión su *smartphone* y colocarlo, bajo la mesilla desplegable, en el compartimento trasero del asiento que tenía delante, entre folletos, revistas y la bolsa reservada para posibles vómitos en caso de que el viaje se volviera accidentado. También acababa de ajustarse, no sin algo de nerviosismo, el cinturón, hasta apretárselo más de la cuenta, y se mantenía tenso y erguido sobre la butaca, mientras se agarraba con fuerza a los apoyabrazos, como si temiera caerse antes incluso de que el aparato emprendiera el vuelo. No podía evitar sentir el pánico que sentía cada vez que se disponía a viajar por vía aérea. Un miedo que con los años y las muchas horas de vuelo a sus espaldas había ido incrementándose en lugar de disminuir y que, sin embargo, no le impedía fantasear con aquel gran sueño que le acompañaba desde la más lejana infancia: el de participar algún día en una expedición al espacio para contemplar en vivo el globo terráqueo desde el exterior y gozar en plenitud de una experiencia que se le antojaba como de las más elevadas a las que podemos aspirar los mortales. A su lado, Sánchez, mucho más tranquilo, hojeaba un ejemplar del diario *El País* con el que se había hecho nada más entrar en la cabina. En medio del pasillo central, a la altura de las filas de la clase *business*, una de las azafatas ofrecía las explicaciones pertinentes sobre la ubicación de las salidas de emergencia, así como el uso de la mascarilla en

caso de despresurización y los chalecos salvavidas. En su lento recorrido el Airbus se mecía sobre las leves ondulaciones del asfalto al son del ruido de sus motores y algún que otro crujido de su fuselaje que acojonaba a más de un pasajero, entre ellos, por supuesto, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital*.

—El hijo de Putín este de los cojones la va a liar —murmuró el subinspector señalando una de las noticias principales que destacaba el tabloide que tenía entre las manos—. No me extrañaría nada que estos rusos sean los verdaderos culpables del derribo del MH17 de Malaysia Airlines.

—¡Maldita sea! —protestó Alex, medio en broma, medio en serio—. ¡Podrías hablar de otra cosa y no precisamente de catástrofes aéreas ahora que estamos despegando!

En primera plana, a la izquierda, el periódico se hacía eco de la petición de sanciones para Rusia formulada por la mayor parte de los líderes europeos con motivo del conflicto en Ucrania; a la derecha, una fotografía de Odd Andersen, de la Agence France Presse (AFP), sobre la conmemoración del septuagésimo aniversario de la liberación del campo de concentración de Auschwitz a manos del ejército soviético. El avión había empezado a acelerar a toda potencia para levantar el morro y elevarse por encima del suelo. Alex distraía su atención leyendo y releendo los titulares de portada para olvidarse de sus ridículos temores. Podría decirse, no obstante, que, desde lo más profundo de su interior, más que procesar lo que leía, lo que hacía es dirigir una plegaria a no se sabe qué ente divino, en el que realidad ni siquiera creía, para que aquel ingenio de la aeronáutica europea no acabara cayéndose en picado, con todo el pasaje dentro, durante el trayecto.

Cuando el Airbus había alcanzado ya los treinta mil pies de altura y estabilizado su velocidad de crucero por encima de los ochocientos kilómetros por hora, Alex se sintió aliviado y algo más relajado. Tanto como para acomodarse mejor en su butaca, aunque, eso sí, sin desabrochar en ningún momento el cinturón, y ponerse a hojear la carpeta de documentos que su amigo el subinspector acababa de pasarle invitándole a echarles un vistazo. Una copia del expediente policial que contenía toda la información recabada sobre la chica alemana asesinada en el número seis de la calle del Buen Suceso y varias fotografías del cadáver en la misma escena del crimen, impactantes incluso para los habituados a enfrentarse a múltiples manifestaciones de crueldad y violencia como fenómeno cotidiano. Unas de

cuerpo entero, en las que se podía contemplar desde diversas perspectivas y diferentes ángulos a la víctima en relación con el cutre y escabroso entorno en el que fue hallada, y otras en las que se podía observar con detalle las magulladuras y los moratones de su cuello. Junto a imágenes también del resto de cuartos del apartamento, del túnel secreto y aquel misterioso habitáculo, escondido cual una catacumba, en pleno centro de Madrid. Mientras Sánchez continuaba enfrascado en un somero repaso a las páginas interiores de la edición de *El País*, a él, a Alex, con aquel expediente entre sus manos, le daba por imaginar la nefasta impresión que se llevaría el bueno de don Mario Roso de Luna si volviera de su tumba y comprobara la barbaridad cometida donde estuvo su casa antaño. Aquel abogado, teósofo, astrónomo y escritor de origen extremeño, nacido en 1872 y fallecido en 1931, cuya singular personalidad y cuya obra repleta de heterodoxias había tenido la oportunidad de estudiar con motivo de un trabajo periodístico que realizó hacía ya algunos años. Un librepensador que creía en la bondad humana, la fraternidad universal y la armonía cosmogónica. Aunque, sin lugar a dudas, se dijo para sí, mayor impresión se llevaría el bueno de don Mario si regresara del más allá y pudiera ver con sus propios ojos aquel santuario subterráneo de aire macabro, y dedicado a no sé sabe qué sagrado o satánico culto, bajo el asfalto de la calle en la que residió.

—¿Qué puñetas estaría haciendo esta tía en España? —farfulló, hablando solo, mientras dirigía la mirada a una de las ventanillas desde su posición y a través de ella divisaba el extremo de una de las alas del aparato entre nubes en forma de cirrocúmulos—. ¿Qué diablos estaría buscando? —añadió, reiterando la pregunta que ya se había planteado varias veces durante los últimos días.

—Participaba en una operación para abortar un supuesto atentado que una cédula yihadista con base o conexiones en nuestro país planeaba cometer en Berlín, según me ha soplado un contacto del CNI^[10]. Hasta ahora es lo único que sabemos. Bueno, eso, y también que la última llamada que efectuó desde su móvil, según el registro facilitado por su compañía operadora, fue a un número de teléfono de alguien localizado en Viena —afirmó el subinspector, después de cerrar y doblar el ejemplar del periódico, como si hubiera adivinado el interrogante que vagaba por la mente de su amigo el periodista.

Alex se quedó unos segundos dándole vueltas a la concepción filosófica rosoluniana contenida en la expresión *Töten Tod. Matar a la Muerte*. La misma concepción incluida en algunas de las inscripciones que viera esculpidas en aquel recóndito agujero excavado en las entrañas del barrio madrileño de Argüelles. Aunque justo en ese instante habría sido incapaz de imaginar hasta qué punto podía pervertirse una idea —tan etérea, tan vaga, tan indefinida, tan voluble, tan interpretable— como aquella... Una primera y fuerte sacudida provocada por la entrada del A320 en un área de turbulencias le sustrajo de seguir cavilando en torno a tan intrincado asunto.

Tres horas más tarde, desde el aeropuerto de Tegel un taxi los trasladó hasta Alexanderplatz para hospedarse en el Park Inn By Radisson, céntrico hotel de cuatro estrellas que ofrecía un excelente servicio teniendo en cuenta la relación entre calidad y precio. Allí, después de registrarse y acomodarse en la habitación 729, una doble estándar situada en la séptima planta con vistas a la ciudad, debían de encontrarse con un representante de la policía alemana que les habría de valer de contacto y ayuda en todas sus gestiones.

El miembro de la Bundeskriminalamt —Oficina Federal de Investigación Criminal— les esperaba ya en el *lobby* cuando salieron del ascensor. Estaba sentado en uno de los sillones cuadrangulares, distribuidos con un evidente sentido milimétrico del orden, en la sala profusamente iluminada que servía de recibidor. Un *hall* amplio de estética marcadamente geométrica, rectilínea, se diría que casi minimalista. Si no fuera por el contraste de marrones claros y oscuros en el revestimiento de sus paredes y la existencia de varios elementos decorativos, simples pero llamativos. Tan llamativos como las rosas, colocadas en unos singulares cuencos de plástico, que el redactor jefe de *Crónica Zero* se entretuvo en tocar, para comprobar si eran naturales o artificiales, mientras el subinspector del Cuerpo Nacional de Policía se presentaba al funcionario de la BKA^[11], y oficial de enlace de Europol en Alemania, acreditando su identidad como agente enviado en misión especial por la Secretaría de Estado para la Seguridad del Ministerio del Interior del Gobierno español.

—La teniente Angela Baumann —dijo Sánchez a su amigo el periodista, cuando este, después de palpar y oler las flores, fue a unírseles junto a la mesa donde se habían acomodados—. Será nuestra guía y nuestra colaboradora

durante nuestra estancia aquí en Berlín —añadió, con un guiño socarronamente expresivo y señalando a quien le acompañaba.

—Es fre... fre... freut m... m... mich S... Si... Sie ke... kennenz... kennenzulernen^[12] —tartamudeó Alex, cautivado por la belleza de la dama.

—Ebenso^[13]... —respondió ella, dibujando sobre la tez blanca de su rostro una sonrisa encantadora que hubiera conmovido al más casto de entre los castos, incluso dentro de un monasterio de los jerónimos o los benedictinos, y que, desde luego, a aquel reportero cincuentón llegado de Madrid dejó prácticamente noqueado. Como si en lugar de tener delante suya a una dama más o menos corriente del siglo XXI, por muy guapa que fuese, tuviera a la mismísima Sisí Emperatriz. O, mejor dicho, a la actriz que interpretó a Isabel de Baviera en su papel de esposa del emperador Francisco José I de Austria, para aquellas películas un tanto melifluas aunque entretenidas que viera en las sesiones televisivas de cine de su niñez, y cuya imagen se le vino a la memoria al contemplar los ojos de la inspectora alemana, tan vivaces y maravillosos como los de la mítica Romy Schneider en el esplendor de su juventud.

En el Volkswagen Passat de la funcionaria de la Bundeskriminalamt se dirigieron hasta la zona residencial de Winsviertel, barrio de Prenzlauer Berg, en el distrito de Pankow, Berlín Oriental, para visitar el domicilio de Frau Steiner. Si bien antes hubieron de vencer la leve resistencia planteada por la teniente Baumann, que se oponía, con razones lógicas y fundadas, a que un policía y un periodista extranjeros entraran en el apartamento de una ciudadana alemana sin autorización de ningún tipo.

—Incurriríamos en un delito de allanamiento —advirtió en perfecto castellano, aunque sin demasiada firmeza, cuando Sánchez le propuso dar ese paso, después de que ella le facilitara información sobre la situación familiar de la agente del servicio de inteligencia asesinada en España —mujer soltera, independiente, sin compromiso, acostumbrada a desenvolverse sola— y sobre su lugar de residencia en el número diez de Immanuelkirchstraße.

—Mi querida amiga, si nos andamos con esos remilgos, no haremos ni conseguiremos nada —le replicó el subinspector de la Comisaría madrileña del Retiro hablándole casi como si la conociera ya de toda la vida—. Nosotros no vamos a excedernos en nuestro cometido ni actuar fuera de la legalidad. No vamos a vulnerar el derecho de defensa de nadie ni manipular

ninguna prueba. Solo vamos para husmear, en busca de algo, no sabemos qué. Cualquier detalle que nos resulte de utilidad para averiguar por qué la mataron...

Salieron del parking del hotel en Alexanderstraße, tomando la B-2 en dirección a la Otto-Braun-Straße, para más adelante girar hacia Mollstraße y luego hacia la avenida Prenzlauer Allee, hasta el cruce con Knaackstraße, a unos trescientos metros del cual se encontraba su destino. El día, entretanto, acababa de sumirse en una gris oscuridad y empezaban a caer los primeros copos de una nevada que en escasas horas cubriría todo de blanco: edificios, vehículos, parques y jardines, monumentos, mobiliario urbano, plazas, acerados, embaldosados, caminos y asfalto, de un extremo a otro de la ciudad, como si de repente se hubiera acabado el mundo más allá de los campos de su extrarradio.

Durante el trayecto, de apenas ocho minutos, Sánchez recibió una llamada desde Madrid de uno de sus subordinados con el que mantuvo una breve conversación en la que antes de ir al grano ambos interlocutores se intercambiaron las trivialidades de rigor. Al término de la misma, el subinspector sacó el cuaderno de notas, de uno de los bolsillos de su recién estrenada parka con interior acolchado y capucha, y se puso a escribir.

—El piso de la calle del Buen Suceso es en la actualidad propiedad del BBVA —dijo en voz alta, desde el asiento trasero que ocupaba, después de concluir sus anotaciones, aprovechando la detención ante un semáforo—. Estuvo registrado a nombre de un tal don Ramón de los Santos Pérez, militar retirado que, no te lo pierdas, perteneció a la División Azul y combatió al lado de los alemanes contra los rusos en Leningrado entre 1941 y 1943. Pero en 2012, tras ejecutar una hipoteca, se lo apropió el banco.

La teniente Baumann mostró a su colega español la atención debida a través del retrovisor, mientras aguardaba a que en la indicación luminosa se encendiera el verde, para torcer a la derecha y enfilarse por la Immanuelkirchstraße. Alex, sin embargo, que iba sentado junto a ella, en el puesto de copiloto, no hizo lo propio. Entretenido como estaba en imaginar lo bien que podría montárselo con la *fräulein*^[14] después de que esta le hubiera sonreído un par de veces de un modo que consideró bastante prometedor para sus deseos. En tanto que una mirada soñadora suya se perdía entre el perfil delicioso de la oficial de la Bundeskriminalamt que iba al volante y la vieja línea férrea que

tenían a la vista, al otro lado de la avenida por la que circulaban, a pesar de la incipiente capa de nieve que la estaba envolviendo.

—¿Me has oído, carajo? —Sánchez le propinó un manotazo en el hombro a su amigo—. ¡Digo que si me has oído!

Alex se sobresaltó, despertando de su ensimismamiento.

—Rebobina y dale al *play* —contestó, volviéndose hacia atrás, con una flema un tanto mordaz, impropia de su persona.

—El piso de la calle del Buen Suceso es en la actualidad propiedad del BBVA —repitió el subinspector—. Estuvo registrado a nombre de un tal don Ramón de los Santos Pérez, militar retirado que sirvió como comandante en la División Azul, combatiendo al lado de los alemanes contra los rusos en Leningrado entre 1941 y 1943, y más tarde en la llamada Legión Azul. Aunque fue embargado por el banco en 2012. —Sánchez hizo una pausa, se quitó las gafas para ver de cerca, las guardó en su estuche y siguió hablando—: El último inquilino conocido, según reza en el padrón municipal, fue un tal Ildfonso de los Santos Leiva, hijo del mencionado militar retirado, que falleció en el 83. A partir de esa fecha no se sabe nada respecto a la identidad de quien o quienes pudieron habitarlo y en el BBVA nos dicen que no les consta que estuviera ocupado.

Alex se acarició la punta de la nariz y adoptó una actitud pensativa.

—No sé qué opinarás tú, pero no creo que sea producto de la casualidad —observó.

Entretanto el Volkswagen había reanudado ya la marcha y se aproximaba al portal del inmueble del apartamento que buscaban.

—¿Que no es producto de la casualidad el qué? —replicó Sánchez, justo cuando la teniente Baumann efectuaba la maniobra de estacionamiento en un hueco que acababa de dejar libre una furgoneta con los rótulos de la compañía DHL.

—Que ese piso —al hablar el redactor jefe de *Crónica Zero*, siguiendo la costumbre de un ademán muy habitual en él, se rascó la barbilla— fuera propiedad de un tipo que combatió al lado de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y que las pistas de los crímenes que investigamos nos hayan traído precisamente a Alemania...

—¡Toma ya! ¿Tengo que aplaudirte por deducir algo que es a todas luces evidente? —ironizó el subinspector.

—Hablo en serio, Fran. Los asesinatos por los que estamos aquí y el

enigma que se oculta tras ellos guardan una relación evidente con este país y parte de su historia negra más reciente...

—¡Bravo! ¡Bravo! —se burló Sánchez tocando las palmas.

—No seas estúpido. Yo sé lo que me digo.

—Disfruta de la oportunidad que se te brinda, chico. Puede que nos estemos enfrentando a una conspiración internacional en toda regla. Una como esas a las que tú y muchos de tus compañeros de gremio con mente tan calenturienta como la tuya dais pábulo...

Alex esbozó una mueca de disgusto en los labios.

—Me comentan por WhatsApp —continuó Fran, después de acceder a la aplicación de chat instantáneo y consultar los mensajes recibidos, alertado por los pitidos sucesivos e insistentes de su móvil— que las grabaciones de las cámaras exteriores del Aparto Suites Muralto, ¡maldita sea! —se lamentó torciendo el gesto— no contienen nada que nos pueda ser de utilidad...

La teniente Baumann fue la primera en entrar en el edificio. Un bloque de viviendas unifamiliares que sobrevivió a los bombardeos de los aliados y la invasión de los soviéticos en 1945. Si bien, más de una vez reformado y en varias ocasiones remozado, para lucir, como lucía, con su fachada estucada, un estado óptimo de conservación, en un barrio que mantuvo su espíritu señorial pese a formar parte durante casi medio siglo del territorio de la República Democrática Alemana. Fran y Alex la siguieron a través de una escalera estrecha hasta la cuarta planta. Aunque entre la segunda y la tercera hubieron de efectuar una parada para auxiliar a una señora septuagenaria que subía, ayudada de un bastón, maldiciendo para sí que el ascensor estuviera averiado.

—Si vienen a visitar a la señorita del cuarto ce, sepan que no está en casa desde hace semanas —dijo en alemán la anciana, con voz ahogada pero chillona—. Esta misma mañana vinieron también dos señores trajeados y les dije lo que les estoy diciendo, pero no me hicieron caso —añadió la mujer, encorvada y menuda, deteniéndose un instante en su escalada para tomarse un respiro.

Tan pronto como oyó aquel comentario, la agente de la Oficina Federal de Investigación Criminal aceleró el paso —puede que temiéndose lo peor— para llegar cuanto antes al apartamento de Gerda Steiner. Y Fran y Alex, saltando peldaños, corrieron tras ella, pero un tanto desconcertados.

En efecto, tal y como la teniente Baumann había supuesto, el domicilio de la

funcionaria del Bundesnachrichtendienst^[15] asesinada en Madrid había sido allanado. La puerta, que había sido forzada, se hallaba entornada y el interior presentaba indicios de haber sido registrado a fondo. Fran se adelantó, tomó la iniciativa y fue quien la abrió, empujándola despacio y con mucha cautela, para entrar. No solo por ser de los dos policías el más veterano y experimentado, sino porque, inconscientemente, se dejó llevar por uno de los varios prejuicios machistas más enraizados en su subconsciente y de los que no había podido ni podría nunca desembarazarse del todo, a pesar de sus esfuerzos. Todos los muebles del salón principal se encontraban patas arriba. Los cajones de una pequeña biblioteca aparador habían sido extraídos y vaciados. Los cojines de un sofá de tres plazas y dos sillones a juego habían sido convertidos en jirones. Varios de los cuadros que adornaban las paredes —una copia de El Beso, de Gustav Klimt, un póster a todo color del Puente de Brooklyn con vistas de Manhattan y la reproducción de un tapiz con la estampación de una escena de los siglos XV o XVI en la que se recreaba la lectura de la Torá en una sinagoga sefardita— habían sido descolgados y hechos trizas. Sin embargo, aunque la cocina y el baño no se libraron del saqueo, resultó ser el dormitorio donde más se cebaron los autores del allanamiento. Destrozando el armario, después de hurgar y revolver la ropa guardada dentro, arrancando cortinas, desmontando la cama, rajando el colchón y arrasando con cuanto les apeteció, antes de largarse, con o sin lo que buscaban.

—Este asunto en lugar de ir aclarándose se nos complica aún más —murmuró el subinspector Sánchez al tiempo que se agachaba y recogía del suelo el terminal inalámbrico de la línea de telefonía fija para examinarlo—. Quería consultar los mensajes grabados en el contestador, pero no funciona —observó—. La base está desconectada y el cable probablemente cortado.

Baumann, entretanto, comunicaba con su comisaría y solicitaba la presencia de efectivos de refuerzo para un reconocimiento más exhaustivo del apartamento y la elaboración del correspondiente informe. O, al menos, eso fue lo que dio a entender que hizo, después de colgar, con una muy concisa explicación que no le pidió nadie. Alex, por su parte, sin quitar el ojo de encima a la teniente, se fijaba en un álbum de fotografías en blanco y negro, medio abierto, que yacía en el suelo, entre prendas de lencería. Un *scrapbook*^[16] íntimo y familiar, fina y barrocamente encuadernado, con

retratos individuales y de grupo realizados en lugares diversos, tanto interiores como exteriores, muy probablemente entre los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, que tomó en sus manos y hojeó con detenimiento.

La mayoría de las imágenes incluían estampas urbanas que el redactor jefe de *Crónica Zero* identificó y relacionó con la principal de las ciudades austriacas, tales como el Teatro de la Ópera, el Palacio Hofburg, la Ringstrasse, el Stadpark, la Catedral de San Esteban o varios de los muchos puentes que cruzan el Danubio. Así como paisajes de aspecto algo más rural que corresponderían al entorno de Viena o a algún otro enclave del país. Además de la presencia en primer plano de personas, tres adultos y cuatro niños de ambos sexos, en diferentes poses, unas más encorsetadas y otras más divertidas, guardando instantes de sus vidas para la posteridad. Pero una de aquellas imágenes llamó poderosamente su atención. Concretamente, una en la que figuraba un señor de muy pulcra apariencia, de no mucho más de cincuenta y tantos años de edad, mostacho refinado, traje de franela gris, camisa blanca, corbata negra, sombrero de ala ancha y unas grandes gafas de pasta color marrón oscuro tras cuyos límpidos cristales brillaba una mirada atrayente e inquietante a un mismo tiempo. Tanto que se acercó la página del álbum cuanto pudo para no perder detalle y, aparte de distinguir que la fachada del edificio ante la que aquel sujeto posaba —una gran construcción, a modo de palacio, diseñada al más puro estilo neoclásico, de dos plantas principales más ático, con pilastras culminadas en capiteles corintios, esculturas diversas antropomorfas tanto sobre los dinteles como en los frisos, frontones triangulares o en forma de arco y balcones imperiales— pertenecía a la *Österreichische Akademie der Wissenschaften*^[17], creyó caer de repente en la cuenta de quién era aquel caballero elegantemente vestido.

—¡Coño! —profirió—. ¡Este tío es el mismo que aparece en la fotografía que encontramos donde se supone que fue asesinada Frau Steiner!

—¿De qué fotografía hablas? —se interesó rápidamente Sánchez, acercándose con el inalámbrico Siemens en las manos.

—De la que hallamos en el piso de la calle del Buen Suceso —contestó Alex sin levantar la mirada de aquel pedazo rectangular de papel baritado—. Aquella en la que también estaban retratados don Mario Roso de Luna, Annie Besant y Aurora Rodríguez Carballeira, la madre de Hildegart —explicó mientras mantenía la vista fija en el *scrapbook* y su mente entretenida en echar

cuentas—. ¡Increíble! —concluyó, alzando la cabeza y haciendo un ligero aspaviento, tras realizar sus cálculos.

—¿Increíble? —bramó el subinspector de la Comisaría del Reitro, un tanto enfadado como consecuencia de su propio desconcierto—. ¿Qué diablos te resulta tan increíble? —le reprochó, cabreado porque era incapaz de seguirle el hilo a su amigo el periodista y no conseguía enterarse casi de nada.

—Lo increíble, querido colega, es que entre el momento en que se realizó la fotografía que hallamos en Madrid y el momento en que se realizó esta que tengo delante hay medio siglo de diferencia...

—¿Y?

—Pues que no parece que para este tío haya pasado ni un solo día —Alex se acercó una vez más el álbum abierto por la parte correspondiente para contemplar con atención la imagen. El subinspector, a su lado, continuaba sin aclararse—. ¡Joder, Fran! ¡Que este tío del bigote en 1959 tenía el mismo aspecto que en 1912 y eso es imposible!

—A menos que se trate de dos personas distintas —terció la teniente Baumann, uniéndose a ellos.

—Exacto —asintió Alex—. A menos que se trate de dos personas distintas... Pero tengo para mí que no —añadió, adornando sus palabras con un deje enigmático, al tiempo que extraía del *scrapbook* la fotografía y, aprovechando un despiste de la agente alemana, se la guardaba en uno de sus bolsillos.

—Por cierto, ¿tienes idea de quién puñetas es? —refunfuñó Sánchez, todavía algo enojado consigo mismo más que con su amigo.

—No tengo ni pajolera idea, pero lo averiguaremos.



«Entre los carriles de las vías del tren
crecen flores suicidas»
(Ramón Gómez de la Serna)

De Berlín a Viena
Jueves 29 de enero de 2015

VII DOCTOR INFIERNO

La mañana siguiente Alex se aseo; se rasuró la barba, a pesar de que era jueves y no domingo, rompiendo así con una costumbre que solo se saltaba muy de cuando en cuando y con motivo de alguna ocasión excepcional; se masajeó la cara con su *after shave*; se acicaló como no se acicalaba desde hacía mucho; se roció con unas gotas de Calvin Klein *for Men*, se colocó el jersey negro de cuello alto que pensaba que más le favorecía, y que había echado en la maleta, por si acaso, y bajó a la cafería del Park Inn, donde ya le esperaban desayunando el subinspector y la teniente Baumann.

—Guten morgen^[18] —saludó, con su inevitable acento castellano andaluz, mientras se sentaba a la mesa, después de colgar sobre el respaldo de la silla el abrigo para las fiestas de guardar que también había incluido en su equipaje y que llevaba bajo el brazo.

—Guten morgen —contestó la teniente, con un sensual tono de voz que conmovió hasta las más íntimas fibras de su ser, a pesar de lo temprana de la hora.

—Hemos venido a trabajar, amigo mío, no para asistir a una solemne ceremonia ni para irnos de cachondeo —se mofó Fran al verle arreglado con mucha más pulcritud de la habitual en él, mientras partía por la mitad un croissant.

Sin hacerle ningún caso, Alex se levantó, fue a servirse un zumo de naranja natural, un americano solo, unos huevos revueltos con salchichas y unos bollos. Cuando volvió a su sitio, bandeja en mano, Fran y la agente de la BKA conversaban animadamente, aunque esta tuvo tiempo para dedicarle una sonrisa y una mirada acompañada de destellos que avivaron tanto su ya

olvidada timidez de adolescente como hinchieron su nunca sobrada autoestima.

—Espabila, chico, que en un rato nos vamos para Austria —anunció Sánchez—. Nuestros colegas alemanes han podido localizar e identificar al titular del teléfono móvil con el que contactó Frau Steiner desde Madrid antes de morir —se explicó el subinspector, ya puesto en pie y colocándose la parka—. Me voy afuera a echarme un pitillo —dijo, por último, incluyendo en la entonación de sus palabras un mensaje de complicidad que el redactor jefe de *Crónica Zero* captó al instante.

El destinatario de aquella llamada que se suponía Frau Steiner había efectuado con su terminal desde España la misma noche que fue asesinada era un tal Jonathan Siegel, representante del Centro de Documentación Judía de Viena, con quien la agente del Servicio Federal de Inteligencia colaboraba en la búsqueda y captura de un conocido criminal de guerra nazi.

—¿Y ese era el motivo de la presencia de Gerda Steiner en España? —preguntó Alex, después de zamparse uno de los bollos con los que se había avituallado, cuando la teniente Baumann terminaba de resumirle lo que ya le había referido a su colega, el funcionario de la policía española, ayudándose de una comunicación mecanografiada, procedente de la sede central de la Bundeskriminalamt, que llevaba consigo.

—Frau Steiner se encontraba en España participando en una operación conjunta del BND^[19], la DGSE^[20] y el CNI contra una cédula organizada de terroristas yihadistas que podría estar preparando nuevos ataques en Europa como el de hace tres semanas se produjo en la redacción del semanario *Charlie Hebdo* en París —respondió Baumann, haciéndose eco de una noticia que ya había sido divulgada por los principales medios europeos—. De hecho, y gracias a su trabajo, así como al trabajo de otros agentes alemanes, franceses y españoles, la semana pasada —concretó la teniente— se pudo abortar un atentado con bomba junto al Monumento al Holocausto aquí en Berlín que habría podido convertirse en una masacre...

—Pero... —insistió el periodista tan interesado en el relato de su interlocutora como en su irresistible atractivo.

—Está claro que Frau Steiner aprovechó también su estancia en vuestro país para otro cometido que nada tenía que ver con la que era su misión oficial...

—¿Y sabemos a qué criminal de guerra andaban buscando al sur de Los Pirineos?

Baumann se tomó una pausa de unos segundos para saborear su ración matinal de *strudel* de manzana y tuvo que llevarse el índice de su diestra hasta la boca para evitar que se le escapara un pequeño pedazo de hojaldre, tras mordisquear el pastel con una delicadeza tal que a Alex se le antojó provocadoramente erótica y puso su libido a cien.

—Hans Fritz Von Hügel, más conocido como *Doctor Infierno* —respondió la teniente.

Alex la miró un tanto incrédulo y estupefacto.

—¿Von Hügel? —dijo—. Se supone que ese monstruo está muerto...

—Se supone, tú lo has dicho —concedió ella—. En septiembre de 2012 un tribunal de Stuttgart declaró oficialmente su muerte, tras la documentación aportada por una misteriosa mujer que se identificó como su viuda —continuó explicando—. Según dicha documentación, falleció en 1992 en Egipto como consecuencia de un cáncer de colon. Terminó instalándose en ese país, después de pasar algún tiempo escondido en España y varios países de América del Sur. Allí se convirtió al islam y cambió su nombre por el de Massud Hussein El-Masry. Pero la realidad es que su cuerpo nunca ha sido encontrado.

—Sí, algo he leído acerca del personaje —repuso Alex—. También se le conoce como el *Matarife de Sachsenhausen*, campo de concentración ubicado en la población de Oranienburg, Brandeburgo, no tan trágicamente referenciado en la historia del nazismo y el Tercer Reich como los de Mauthausen, Auschwitz o Treblinka, pero con una reputación tras de sí casi igual de terrorífica que la de estos. Sin embargo, aunque no fuera cierto lo de su fallecimiento en 1992, está claro que lo más probable es que este tío se halle ya más tieso que la mojama y desde hace bastante —observó el redactor jefe de *Crónica Zero*—. Vino al mundo hace más de un siglo, así que, si sigue vivo, cosa que dudo mucho, no creo que esté coleando...

—Efectivamente —la oficial bebió un último sorbo de su café, con los mismos modales refinados que venía exhibiendo desde que se sentara a compartir mesa en la cafetería del hotel con los dos españoles, el policía y el periodista, y prosiguió, sacando una *chuleta*, para entrar en pormenores—. Nació en Innsbruck, Austria, en 1913. Fue médico de las SS^[21] y está acusado

de torturar y matar en sus experimentos a cientos de prisioneros de ese campo de concentración que acabas de mencionar y en el que estuvo destinado entre 1941 y 1943. También fue miembro de la *Orden de los Caballeros de la Cruz Negra*, entidad con la que estuvieron vinculados altos jerarcas del NSDAP^[22], entre ellos Goebbels, Hermann Göring o Himmler, además de Adolf Hitler. Al parecer, una escisión de la *Orden Teutónica*^[23], pero, por supuesto, de corte sacrílego, inmoral, profano e irreverente y, por tanto, con fines mucho menos elevados que los que habría de perseguir esta última con su reconversión en hermandad piadosa a partir de 1929. —La teniente desplegó la hoja con la reseña biográfica de la que se estaba ayudando y efectuó una pausa, para recobrar el aliento, antes de reanudar la exposición—. Casi al final de la guerra, en marzo de 1945, cayó en manos de las tropas estadounidenses y permaneció detenido durante algunos meses, pero, finalmente, cuando en Europa concluyeron todas las hostilidades, consiguió que lo liberasen, aún no se sabe cómo, sin ser juzgado, y logró reincorporarse a la vida civil, dedicándose al ejercicio de la medicina. Hasta que la policía austríaca, allá por 1962, lo colocó en su punto de mira y empezó a indagar en su pasado, lo que le obligó a huir de Alemania, como huyeron otros muchos exdirigentes y fanáticos colaboradores del régimen nacionalsocialista declarados en situación de busca y captura. Desde entonces nadie ha podido localizarle y, mucho menos, detenerle. Ni siquiera Wiessenthal y los suyos, con la ayuda del Mossad, que en eso de capturar a algunos de quienes ejercieron de verdugos del Tercer Reich se ha mostrado durante los últimos cincuenta años como uno de los servicios secretos más eficientes...

—Se supone que en 1963 estuvo en España y desde allí viajó a Uruguay, primero, y a Argentina, Chile, Paraguay y Brasil, más tarde —apuntó Alex, consultando con su *smarthphone* un artículo de la Wikipedia para hacer memoria de lo que sabía respecto a las andanzas de tan siniestro personaje—. En 2005 se le sitúa nuevamente en territorio español, concretamente en Palafrugell. Por aquel entonces estuve a punto de escribir un reportaje gracias a los datos que me facilitó un contacto de la Comisaría General de Información del Cuerpo Nacional de Policía, pero un colega de la competencia se me adelantó en la publicación de la exclusiva. Varios exnazis instalados en diferentes puntos de la Costa Brava y de la zona de Alicante, excolaboradores de Otto Skorzeny y de la organización Odessa, le prestaron

su auxilio para eludir la persecución policial. Así que se le volvió a perder la pista....

—Exacto —confirmó Baumann—. La policía española estuvo muy cerca de localizarlo y detenerlo. No obstante, el tipo escapó una vez más. Parece ser que a Dinamarca, con el apoyo de un tal Klaus Henriksen, ciudadano noruego que perteneció a las SS. Aunque hay quien sostiene que, en realidad, nunca salió de España —recalcó la oficial de la Bundeskriminalamt, al tiempo que consultaba su reloj de pulsera, con un ademán que al redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* le resultó coqueto, y hacía como para levantarse y abandonar la mesa—. En 2013 el Centro Wiesenthal puso en marcha la Operación Última Oportunidad, una campaña para encontrar con vida y llevar ante la justicia a criminales nazis huidos, entre ellos el propio Von Hügel, distribuyendo miles de carteles por todo el mundo y ofreciendo recompensas de hasta veinticinco mil euros a posibles informadores —prosiguió la teniente—. Es a partir de ese momento cuando la agente Steiner se une a la causa...

Baumann se colocó y cerró con cremallera su *bomber*^[24] con capucha de pluma color morado intenso, disponiéndose para salir. Alex, dándose toda la prisa que pudo, acabó con la salchicha que le quedaba en el plato, mordisqueó el último de los bollos, apuró el americano y le siguió los pasos, cayendo en la cuenta de que, contemplada desde atrás, aquella presunta funcionaria de la BKA —no sabía exactamente por qué pero le costaba verla como tal— era tan atractiva como contemplada desde delante. Al llegar a la puerta del hotel, ella se volvió y, como adivinándole el pensamiento, le dedicó una expresión un tanto divertida y algo picarona.

—Lo que toca ahora es averiguar más acerca de Steiner y de las razones que la movieron a implicarse en la búsqueda y captura del *Doctor Infierno* —sugirió cuando pisaba ya la Alexanderplatz.

En el exterior, a unos escasos metros de la puerta, el subinspector Sánchez les esperaba, mientras curioseaba a su alrededor, muerto de frío.

La estación central estaba atestada de viajeros, a pesar de que apenas si eran las nueve y la temperatura no superaba los cero grados centígrados. O quizá precisamente por ambos motivos, entre otros muchos. Pues dentro del complejo cualquiera se podía sentir a resguardo de las inclemencias meteorológicas propias del invierno berlinés en un día como aquel de finales

de enero. Por debajo de la bóveda acristalada, entre planta y planta, conectadas a través de ascensores y escaleras mecánicas, pululaban cientos de personas, tal vez miles, en un trasiego constante —no falto de ritual— cuando de repente a Alex le vinieron a la memoria escenas de *Metrópolis* y una tan profunda como fugaz reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro de la civilización y la condición humanas. Pero no porque la estética de aquella construcción arquitectónica posmoderna se le antojara semejante, ni mucho menos, a los decorados expresionistas del film de Lang, sino porque justo sobre uno de los muros de acceso al andén tres —desde donde embarcaron en el Eurocity (EC 173), con destino a Budapest, que les trasladaba hasta Breclav, para desde allí efectuar el oportuno transbordo en dirección a Viena — había un cartel publicitario de un próximo concierto de Lady Gaga en el estadio olímpico donde la estrambótica cantante estadounidense posaba con su psicodélico disfraz inspirado en la película. Hacía solo escasos días que acababa de volver a ver por enésima vez aquella obra de culto de la cinematografía y tanto la visión de la enorme estructura de vidrio que cubre la parte central de las admirables y colosales instalaciones para uso del servicio ferroviario en la capital alemana como el anuncio del espectáculo musical de la estrella pop norteamericana despertaron en su interior ese recuerdo, además de las impresiones y sensaciones asociadas a él. Lo que no es de extrañar, teniendo en cuenta que apenas unas semanas antes había estado escribiendo un artículo sobre la incidencia del esoterismo y las ciencias ocultas en el Séptimo Arte y para ello había debido remontarse a la historia del cine desde sus comienzos, aparte de prestar especial atención a las producciones de la Universum Film AG de los años 20 del pasado siglo.

Mittler zwischen hirn und händen muss das herz sein^[25]! era una de los textos reflejados en los subtítulos de la cinta que se le había quedado especialmente grabado: Si hoy fuéramos todos vestidos con un mismo uniforme y nos moviéramos en fila con orden casi militar del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, la alegoría de Thea Von Harbu, ¿o de Lang?, sería bastante certera, se le ocurrió pensar para sí, dejándose sumergir en uno de esos estados de filosófica meditación a los que era bastante aficionado y con los que se deleitaba a menudo, sustrayéndose de todo lo que le rodeaba. ¡Cuánto de anticipación había en aquel largometraje! ¡Qué profecía, codificada entre los fotogramas y disimulada con un argumento de lo más

folletinesco, sobre el destino del hombre, comprensible solo para los iniciados, de la que ni el realizador ni la guionista ni los actores ni los productores podían ser ni eran conscientes! Thea Von Harbu tal vez se propusiera arremeter contra el comunismo de la Unión Soviética en su obra, y quizá también Lang al trasladarla a la gran pantalla, pero, sabiéndolo o sin saberlo, advirtieron de una amenaza más grave que se cernía sobre la Humanidad: la del nazismo. Aunque nadie dentro del mundo del celuloide lo haya hecho notar.

Y es que *Metrópolis* ejercía sobre su espíritu una fascinación parecida a la que le producía todo cuanto de realidad y de mito hay en torno al advenimiento, dominio y caída del Tercer Reich. Era capaz de suscitar en su alma esa misma solemne pero a la vez desazonadora curiosidad que provoca lo delirante, lo terrible, lo horrendo, lo apocalíptico, lo escatológico, lo sacro, lo intangible, lo trascendente. Infundía dentro de sí las mismas lúgubres y aciagas emociones. Nadie medianamente interesado por la historia, la antropología, la sociología, la psicología, en definitiva, por los seres humanos y su deambular por este planeta llamado Tierra, puede ser indiferente a lo que ocurrió tras el ascenso de Adolf Hitler a la cancillería de la República de Weimar. Nunca hasta entonces la maldad había llegado a convertirse en un fin en sí mismo. No es que antes de la irrupción y subida al poder de los malvados del brazo en alto y la cruz gamada no hubiera existido la crueldad, sino simplemente que nunca antes había sido ejercida de forma tan absurda, tan sistemática y tan a conciencia. Nunca antes el terror se había erigido en el eje de una ideología política o de una creencia religiosa. Si acaso, tan solo alcanzó a ser un instrumento o un aderezo. Ni siquiera en las manifestaciones del más diabólico de los satanismos se le veneró o se le venera como tal. Nunca antes había sido elevado a los altares cual divinidad suprema. Ni siquiera en la noche oscura de aquellos tiempos durante los cuales para rendir culto a los dioses se sacrificaban personas.

No era la primera vez que visitaba Berlín, ni muchísimo menos, pero sí era la primera vez que lo hacía por motivos de trabajo, como testigo directo y privilegiado de una investigación policial en la que nada más y nada menos un antiguo nazi, que llevaba huyendo de sus perseguidores más de cincuenta años, estaba en el punto de mira. El eco figurado del nombre de Hans Fritz Von Hügel, uno de los criminales de guerra más buscados por la justicia internacional a lo largo de las dos últimas décadas, del que había estado

hablando con la teniente Baumann mientras desayunaban, retumbaba en el interior de su cerebro.

—Llegaremos a eso de las siete de la tarde —la voz suave y grata de la agente de la BKA, que conversaba con Sánchez, atrajo la atención de Alex y le interrumpió en sus pensamientos. El tren reducía su velocidad y se detenía en la segunda parada de su trayecto, Dresden Hbf.

Eran las 11:08. Ni un minuto más, ni un minuto menos, de la hora prevista para la primera escala del viaje. Eso de que a los alemanes en orden, organización y puntualidad no hay quien les gane puede tener mucho de mito, pero, desde luego, mito basado en hechos. Pensó el redactor jefe de *Crónica Zero* para sí, mientras contemplaba a los nuevos viajeros que subían a bordo y se acomodaban en sus asientos, después de consultar la hora en su Lotus Festina de pulsera. La teniente Baumann seguía manteniendo una interesante discusión con el subinspector sobre la eficacia de determinadas prácticas policiales en materia de lucha antiterrorista como consecuencia del incremento de la amenaza del *Daesh*^[26] en Europa. O eso le pareció a él al menos, por lo que pudo oír de la conversación entre ambos sin proponérselo. En el exterior, bajo la cubierta abovedada de fibra de vidrio del recinto dentro del cual el Eurocity había efectuado el alto, dos jóvenes, un chico, que no tendría más de 20 años, y una chica, que rondaría esa misma edad, se despedían con un apasionado beso de tornillo en los morros, protagonizando una escena digna de una comedia romántica de la que, a través del cristal de la ventana más próxima a la plaza de segunda clase que ocupaba, no perdió detalle. Y que tampoco pasó desapercibida para la agente de la BKA, a pesar de su animada charla con Sánchez, según pudo constatar con una rápida y clandestina mirada hacia ella de reojo. Alex sonrió cuando finalizó la función y vio correr a la joven veinteañera, mochila al hombro, hacia el interior del vagón a toda prisa para no quedarse en tierra, dado que por megafonía ya se había anunciado por tercera y última vez, tanto en la lengua local como en inglés, que el EC173 estaba a punto de reanudar la marcha. La teniente Baumann también hizo lo propio.

Escasos minutos después, cuando el tren ya se encontraba en movimiento, y cada pasajero descansaba en su butaca, a Alex se le habría de helar la sangre.

La efigie de un tipo alto, enjuto, pálido, con marcadas facciones y ojos

enrojecidos, cual si de un vampiro se tratara, se le plantó delante en medio del pasillo. Un individuo de cráneo rapado, ataviado con una pesada cazadora larga de cachemir, estilo militar, interior forrado de lana gruesa, cremallera cerrada hasta arriba de la nuez, guantes de motorista y acentuado aire de matón o de macarra, que se le quedó observando, como una fiera a su presa, en actitud entre enigmática y desafiante. Alex se estremeció, experimentó una sensación mitad de timidez, mitad de miedo, y agachó la cabeza, durante unos instantes, no tanto para no ver como para no ser o no sentirse visto, ni desprotegido. Aunque ni aun así pudo evitar que el cuerpo le temblase de arriba abajo, desde la coronilla hasta la punta de los pies. Cuando levantó la mirada, el extraño ya había desaparecido de su lado, como si en realidad nunca hubiera estado allí.

El periodista se incorporó, inspeccionó todo el vagón desde atrás hasta adelante, fijándose en cada pasajero con una indiscreción que resultó molesta para más de uno, y volvió a su sitio

—¿Qué te pasa, chico? —le preguntó Sánchez cuando, más que sentarse, se desplomaba sobre su butaca—. Tienes la cara descompuesta. Cualquiera diría que te has topado con un espectro...

Alex resopló.

—Eso precisamente es lo que creo que me acaba de ocurrir —repuso.

—¡Déjate de coñas! —protestó el subinspector.

—¡No me digas que no os habéis dado cuenta!

—¿Darnos cuenta de qué?

El redactor jefe de *Crónica Zero* se tomó unos segundos y respiró profundamente.

—De la presencia del fante ese que se me ha puesto delante y que me pensé se me iba a echar encima —dijo, mientras procuraba volver a acomodarse en el asiento, bajo los efectos aún de la impresión, y se percataba de que en el suelo, bajo la pisada de uno de sus zapatos, yacía lo que parecía una carta, tamaño cuartilla, que, o bien, alguien había perdido, o bien, había dejado caer en aquel lugar intencionadamente. Un sobre, hecho de cartulina color ocre, con apariencia de pergamino y un sello en la solapa, semejante a un jeroglífico, con unos símbolos que se le antojaron conocidos, aunque no pudiera recordar ni de qué ni de cuándo.

Alex comprobó que contenía un mensaje, pero no lo extrajo inmediatamente. Se levantó de nuevo como un resorte y salió corriendo hasta

una de las puertas del coche que empezaban a abrirse, porque, en ese momento, el tren acababa de efectuar la segunda parada de su recorrido, esta vez en la estación de Bad Schandau, y quería controlar quienes se apeaban, por si el tipo de la cabeza rapada también lo hacía. El subinspector Sánchez y la teniente Baumann seguían sin entender nada.

En papel *albanene*, con letra rúnica de imprenta, la misiva, precedida de un logo consistente en la reproducción de un cetro de papiro, como el del amuleto hallado en la habitación del Ritz, incluía lo que podía considerarse una advertencia, aunque expresada en términos se diría que cabalísticos:

Si persistís en ir tras el Gran Maestro para desvelar el Supremo Arcano sobre el Alfa y el Omega, el Origen del Hombre y su Destino, tened presente que corréis el riesgo de sufrir las consecuencias. La Sagrada Clave para elevarse hacia la Eternidad en Cuerpo y Alma, que no es sino la de Ser en Plenitud, Energía y Materia, debe ser preservada. No busquéis la Verdad porque, si la hallareis, no la entenderéis, y si la entendiéreis, la temeréis. No es sinónimo de Esperanza, sino de Crueldad. Y no nos hace libres, sino conscientes de nuestra tragedia como seres condenados a fenecer que deliramos imaginándonos trascendentes cuando en realidad la trascendencia no es más que ensueño y falacia. La única y auténtica posibilidad de redención para los seres humanos es lograr salvarse de su propia finitud, y esa es una meta que solo puede estar al alcance de los instruidos en la Sabiduría Esencial, para que la Armonía Universal no se rompa y la Humanidad no peligre.

Alex se incorporó, dispuesto a localizar al tío rapado dentro del Eurocity. Echó un vistazo a todas las filas de asientos del vagón en el que iban e hizo lo mismo en los demás, pero no se encontró con su rostro. Y eso que se tomó su tiempo y se pateó el tren, desde la locomotora hasta la cola, como si estuviera realizando un estudio fisonómico de cada uno de los pasajeros. O, mejor dicho, como si, ante la perplejidad de algunos de ellos, estuviera fotografiándolos o escaneándolos con la mirada. Tan solo en el coche-

restaurante le asaltaron algunas dudas cuando fijó su atención en un comensal solitario, arrellanado junto a una mesa degustando un *gulasch*^[27] acompañado de una *helles*^[28], cuyos ojos grandes, negros, profundos, aunque inexpresivos, le recordaron a los del actor británico Christopher Lee en una de sus más memorables interpretaciones para la gran pantalla del *Conde Drácula*. Sin embargo, el susodicho no lucía calva, sino una melena como la de un músico de *heavy metal* en sus años mozos, ni una cazadora larga de cachemir estilo militar, sino una pesada chamarra de cuero. Y, aunque estuvo a punto de abordarle, no se atrevió finalmente, porque no tenía aspecto de ser un ciudadano simpático y comprensivo.

Cuando, después de regresar junto al subinspector Sánchez y la teniente Baumann, se extendía en darles explicaciones sobre lo sucedido, un caballero de mediana edad, vestido con traje y corbata, se les acercó y se identificó como oficial de la Policía Federal Alemana, con la intención de interrogarles. En uno de los servicios del vagón había sido hallado muerto un hombre. El mismo que acababa de plantársele delante de sus narices poco antes y, al parecer, había dejado el sobre con el mensaje. Todo apuntaba a que se trataba de un fallecimiento repentino a causa de un infarto de miocardio, pero debían recabar el mayor número de datos posibles para el correspondiente informe. Pura formalidad.

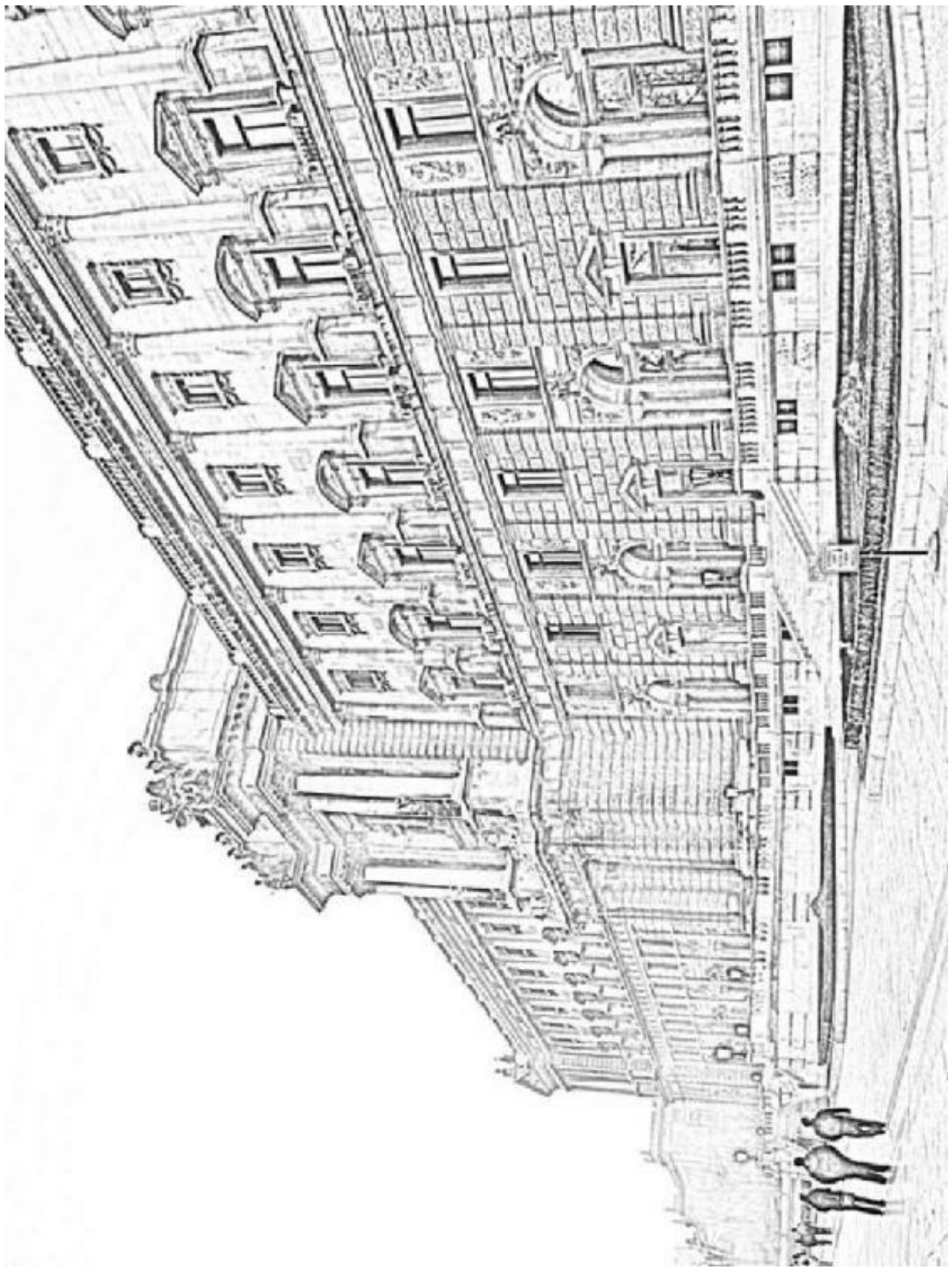
En la siguiente escala del viaje, Děčín, territorio de la República Checa, se llevó a cabo el levantamiento del cadáver. Después de que la policía nacional de este país, que ya había sido debidamente avisada, efectuara la oportuna y obligada inspección pormenorizada de los aseos del vagón, en busca de cualquier evidencia que pudiera ser útil para esclarecer el motivo de la muerte de aquel individuo. Cuatro agentes vestidos de uniforme azul oscuro y tocados con gorra de plato se encargaron del trabajo. Bajo la dirección de un sargento de paisano, con gabardina como la de Colombo^[29], aires de refinamiento a lo Hércules Poirot^[30] y barriga prominente como la de Frank Cannon^[31], que a Alex le resultó un tanto llamativo y pintoresco.

Subieron al tren, armando un cierto revuelo, junto a un señor de edad algo avanzada que debía representar a la autoridad judicial del distrito y otro más joven que sería el médico forense. Recogieron muestras de huellas en el reducido habitáculo de los aseos, donde el cuerpo del difunto, con las piernas

encogidas tras la puerta, yacía doblado bocabajo, con medio tronco, de cintura para arriba, estrellado sobre la taza del váter y la cabeza colgando de uno de los lados de la misma. Tiraron fotografías e interrogaron a algunos de los pasajeros. Seguidamente, entraron los funerarios, cajón en mano, para retirar el cuerpo y trasladarlo al instituto anatómico más cercano, sito en la capital de la región, Ústí nad Labem.

El oficial de la BPOL^[32] y la teniente Baumann —sin revelar las verdaderas razones de su presencia y la de sus acompañantes por aquellos lares— colaboraron con los funcionarios policiales checos. En tanto que el subinspector Sánchez, una vez presentado, permanecía como convidado de piedra, aunque, eso sí, observando, hasta el último detalle, el *modus operandi* de sus colegas centroeuropeos. Y Alex, por su parte, a través del cristal de una de las ventanas, se recreaba en la contemplación del brumoso y gris paisaje del lugar, copiosamente nevado, en el que se erigía aquella estación, sin dejar de cavilar en torno a la concatenación de acontecimientos que le habían conducido al corazón del Viejo Continente.

La víctima era un ciudadano de nacionalidad austríaca, residente en Berlín, sin familia conocida, consumidor habitual de drogas y alcohol y con un largo historial de antecedentes penales por numerosos delitos de robo, muchos de ellos violentos. Habría de informar el sargento de la policía estatal checa, al que solo le hacía falta lucir un mostacho decimonónico de estilo italiano — pensó el periodista andaluz afincado en Madrid— para ser una fotocopia bastante lograda del detective de ficción creado por Ágatha Christie, al menos tal y como se lo imaginaba. Antes de entrar en el baño una testigo que viajaba en el vagón contiguo le había visto hablar ante un individuo de poblada barba rubicunda, tirando a cana, y sombrero redondo de lana con orejeras tipo chapka, que iba embozado en una ancha pelliza de las caras y que se había bajado precipitadamente, como si huyera de algo, en Bad Schandau.



*«El tiempo es el mejor antagonista,
o el único, tal vez»
(Jorge Luis Borges)*

Viena
Viernes 30 de enero de 2015

VIII THANATU HYPNOS

Alfred Aedtner, un anciano con casi noventa años que ya no podía levantarse de la silla de ruedas que sus cuidadores y cuidadoras tenían que utilizar para moverlo de un sitio a otro, dormitaba, junto a uno de los calefactores. En un rincón de la estancia desde el que, a través de un gran ventanal, podía contemplarse, en primer plano, el jardín exterior del asilo y, más allá de este, una vista lejana del Danubio.

—Fred, estos señores han venido a verle —le anunció un celador del centro, acercándosele al oído para que le oyera—. Están muy interesados en hablar con usted. Son agentes de policía —añadió acariciándole el hombro.

El octogenario era un hombre de mediana estatura, orondo y rubicundo. Con el cráneo un tanto amoratado alrededor del parietal, sin apenas cabello, y con boca ancha y algo torcida, como consecuencia de la apoplejía que también le había dejado inmovilizadas las extremidades superiores e inferiores de su lado izquierdo. Además, tenía unos ojos vidriosos de reflejos opalinos que en otro tiempo, mientras gozaron de mayor viveza, debieron ser hermosos y ahora apenas podía mantener abiertos como quisiera. Cuando notó la mano del enfermero sobre su clavícula, despertó del estado de abstracción y enajenamiento en el que se hallaba sumido.

La teniente Baumann, el subinspector y Alex se sentaron frente a Herr Aedtner en un sofá situado en medio de la sala de recreo del geriátrico, donde otros internos y otras internas, ancianos y ancianas, disfrutaban de la compañía de los familiares o allegados que les visitaban. Una residencia para la tercera edad situada en Donaustadt, el distrito 22 de Viena, habilitada en una antigua casa señorial de época de los Habsburgo, cercana al hoy conocido como

Parque Nacional de Donau-Auen y al emplazamiento donde tuvo lugar la Batalla de Aspern-Essling en la que, allá por 1809, el ejército francés del emperador Napoleón Bonaparte cayera derrotado ante las tropas de la Quinta Coalición dirigidas por el Archiduque Carlos de Austria.

Fue la funcionaria de la Bundeskriminalamt la que explicó a Herr Aedtner el motivo de su presencia allí. Estaban investigando la muerte en Madrid de una agente de los servicios de inteligencia de la República Federal de Alemania que prestaba su colaboración al Centro Wiessental de Viena en la búsqueda y captura de Hans Fritz Von Hügel.

—¿Cómo ha dicho? —Al anciano se le iluminó el rostro al oír ese nombre.

—Hügel, Hans Fritz Von Hügel —repitió Baumann.

Alfred Aedtner había dedicado gran parte de su carrera como oficial de la policía austríaca a la persecución y caza del médico de las SS conocido como *Doctor Infierno*, e incluso había llegado a coordinar su labor con miembros de la agencia de espionaje israelí. La localización y apresamiento de este individuo habría de convertirse para él en una obsesión que le causó más de un problema en el transcurso de su vida profesional. Sin embargo, fue producto de la casualidad el hecho de que se embarcara en semejante empresa.

—Yo no tenía un interés especial en dedicarme a encontrar, prender y poner a disposición de la justicia a asesinos nacionalsocialistas escondidos o huidos cuando entré a formar parte del cuerpo en 1961 y di mis primeros pasos en el Servicio de Investigación Criminal. Aunque ya había en nuestras filas bastantes compañeros entregados a ese loable empeño, siguiendo directrices expresas marcadas desde el Ministerio y compartidas por el gobierno de la República —recordó Aedtner con voz debilitada, pero suficientemente clara, a pesar de su vejez, como para entenderse sin demasiado esfuerzo—. Ni me podía imaginar que el presunto responsable de aquella muerte en el número cuarenta y siete de Lerchenfelderstrasse, distrito de Neubau, que habría de ser mi primer caso como funcionario policial, hace más de cincuenta años, pudiera ser el mismísimo *Matarife de Sachsenhausen* —recalcó, con una emoción que fue incapaz de contener, agitando torpemente su brazo derecho y removiéndose en su asiento—. El célebre científico Victor Josef Steiner, profesor emérito de la Universidad de Salzburgo, había sido estrangulado en su propio estudio y el móvil del asesinato parecía estar

relacionado con un intento frustrado de robo...

La teniente Baumann sacó una imagen de Gerda Steiner y se la mostró al viejo policía jubilado.

—¿La conoce?

Aedtner miró la fotografía y rogó a la agente de la Oficina de Investigación de la República Federal Alemana que se la aproximara para examinarla con más detenimiento.

—Sí, la conozco —respondió—. Vino a verme un par de veces. Quería que le contara lo mismo que les estoy contando.

—¿Y sabe quién es? —preguntó la representante de la BKA.

—No —dijo Aedtner—. ¿Tendría que saberlo?

—Es la nieta de Víctor Josef Steiner —explicó Baumann—. La agente del Bundesnachrichtendienst asesinada en España hace escasos días.

Los ojos entornados del anciano se encendieron durante un fugaz instante y volvieron a apagarse.

—Debí imaginarlo —murmuró para sí—. Había algo en ella que me era familiar —añadió, después de toser, y de la pausa que habría de tomarse para recuperar el aliento—, pero las dos ocasiones en las que se entrevistó conmigo —volvió a toser de nuevo, aunque tan levemente que su capacidad para articular palabra apenas si se vio mermada— no fui capaz de relacionarla con alguien que me resultara más o menos conocido.

Víctor Josef Steiner fue un biólogo, químico y naturalista que alcanzó algún renombre a finales de la década de los cincuenta de la pasada centuria. Aunque, por desgracia para él, no solo debido a sus notables aportaciones para el avance de la bioquímica molecular, en particular sus descubrimientos en cuanto a ciertas funciones de las reacciones enzimáticas o la transducción de señales a nivel celular, y para el desarrollo de la moderna farmacopea. También por sus extravagancias. Concretamente por su vinculación con el mundo de lo paranormal. Diríase que rindiéndole tributo al idolatrado Teofraсто Paracelso, el gran alquimista suizo del siglo XVI que, al igual que él, fuera ilustre vecino de la ciudad natal de Mozart. Pero, sobre todo, por proclamarse a sí mismo único descendiente y heredero de Leonard Wilhelm Von Steiner, en la tradición esotérica conocido como Christian Rosenkreuz, el supuesto místico de origen germánico que en el *trecento*^[33] se erigiera en fundador de la *Primigenia y Auténtica Orden de la Rosa Cruz*. Lo que le

granjeó fama de loco y minó su reputación como investigador en los círculos intelectuales y académicos. Apareció muerto el 3 de marzo de 1962 en el laboratorio particular que tenía habilitado dentro de su propio domicilio.

—En su correspondencia estaba la información que habría de conducirnos hasta quien probablemente le mató —prosiguió Aedtner, extrayendo fuerzas de flaqueza, cada vez más animado con la idea de referir las vicisitudes de aquella su primera investigación como policía, que nunca pensó pudiera llegar a tener las repercusiones que finalmente tuvo—. Entremezcladas con otros papeles que se amontonaban sobre una mesa y que pasaron desapercibidos, o no interesaron, al supuesto ladrón, o los supuestos ladrones, hallamos varias cartas, entre ellas dos que, tal y como indicaban los matasellos, le habían sido enviadas desde Stuttgart, Alemania Occidental, por un remitente que le consultaba acerca de la composición de una planta conocida co... como... la *tha... thana.. thanatu* no sé qué —dudó, tartamudeando— y que aprovechaba para expresarle sus deseos de saber más sobre aquella fraternidad de los rosacruces de cuya herencia se proclamaba depositario...

—¿Ha dicho *thanatu*? —le interrumpió Alex, que, pese a sus nociones incipientes de alemán, había podido seguir el hilo de su narración.

—Sí, *thanatu*, o algo así, si mal no recuerdo —confirmó el viejo policía jubilado.

La teniente Baumann se sorprendió por la observación de aquel periodista español, entrado en años, que no sabía exactamente por qué le empezaba a parecer irresistiblemente atractivo.

—¿Tiene idea de lo que es eso? —preguntó, impresionada.

—La *thanatu hypnos*^[34], llamada por los árabes *hulm almawt*^[35], es una especie de planta que, supuestamente, se extinguió hace varios siglos. Su nombre puede traducirse como *Sueño de Tánato* o *Sueño de Muerte*. En la mitología griega Tánato era la personificación de la muerte sin violencia y se representaba como un joven alado con una tea encendida. Vástago de Érebo, la Oscuridad, y Nigte, la Noche, competía con su hermano gemelo Hypnos, por dormir para siempre con su suave y a la vez terrorífico toque a los hombres, cumpliendo la voluntad de Las Moiras, las tres Señoras que decidían la suerte de todos los mortales. De acuerdo con la leyenda, se podía encontrar en algunas de las regiones situadas en la ribera sur del Mediterráneo y servía de

base para un brebaje que contribuía a alargar la vida y la juventud de quienes lo incluían en su dieta —habría de explayarse en su explicación Alex, disfrutando de aquel instante de gloria que la posibilidad de lucir su vasto conocimiento le proporcionaba, para embelesamiento de la agente de la Bundeskriminalamt e incómoda admiración de su amigo el subinspector de la Comisaría madrileña del Retiro—. Es citada en el siglo I d. C. por el médico, farmacólogo y botánico griego Dioscórides en su obra *Περί ὄλης ἰατρικῆς* (*De Materia Medica*) y por Plinio El Viejo en su *Naturalis Historia* (*Historia Natural*) —continuó, ufano, el redactor jefe de *Crónica Zero*—. También figura catalogada, según parece, en el célebre *Manuscrito Voynich*, aunque esto ya entra en el terreno de la mera especulación, porque nadie, que se sepa, ha conseguido a día de hoy descifrar, interpretar y mucho menos traducir el texto de este misterioso código. Algunos estudiosos de los que, con mayor o menor rigor, se dedican a desentrañar los enigmas de la Antigüedad aseguran que era un tipo de alga marina. Otros se inclinan por la posibilidad de que fuera algún género de hierba perteneciente a la familia de las solanáceas. Pero, en cualquier caso, en lo que coinciden todos es que debió de tratarse de una planta, o similar, con múltiples propiedades medicinales, rica en antioxidantes tan portentosos como para facilitar la síntesis de la telomerasa, la enzima que contribuye a regular y ralentizar la senescencia de nuestro organismo. Aunque, por supuesto, sobre todo esto no hay ni la más mínima de las certezas. También se cree que contenía una variante de las quinasas, proteínas que desempeñan una importante función en los procesos metabólicos, y un tipo de alcaloide capaz de estimular más que ningún otro la glándula pineal, esa parte del cerebro donde los antiguos ubicaban el alma, para la producción de melatonina...

Alex interrumpió su improvisada y prolija disertación sin poder evitar que un cierto rubor se abriese paso en sus pómulos. Al caer en la cuenta de que no era aquel el momento más apropiado para extenderse en más detalles de los estrictamente necesarios y convertir lo que no debía ser más que una mera aclaración en un simulacro de conferencia. Sin embargo, la realidad es que con sus palabras logró captar la atención y el interés de sus acompañantes mucho más de lo que se suponía. En particular, de la teniente Baumann.

—Aquellas cartas enviadas desde Stuttgart con remite falso constituyeron el punto de inflexión en mi trayectoria profesional —sentenció Aedtner en cuanto se le permitió retomar su relato—. No constituyeron demostración alguna respecto a la autoría del asesinato que investigaba, pero me alertaron de la existencia de Von Hügel, que desconocía, y de su horripilante pasado, que también ignoraba. Estaban firmadas y mandadas por un tal doctor János Frigyes Domb, ginecólogo, a quien nunca localizamos ni localizaron tampoco nuestros colegas de la República Federal de Alemania, pero sí pudimos identificar cuando nos personamos en la clínica en la que trabajaba. Le delató una cicatriz en forma de V en la mejilla derecha que ningún retoque estético logró camuflar. A partir de ese momento comenzó mi cruzada para capturarlo y, lamentablemente, me he visto obligado a retirarme sin haberlo conseguido...

En el taxi en el que se desplazaron hasta el hotel en el que se hospedaban, sito en pleno centro histórico, la teniente Baumann le pidió al periodista español que le complementase su exposición sobre la planta misteriosa, aprovechando que ambos compartían el asiento de atrás del Audi A4 2.0 TDI. Se lo dijo con una voz en la que se entremezclaba cierto deje de travesura con un tono de excitante sensualidad y una mirada tan bella, tan profunda, tan viva, tan cautivadora, que llegó a sonrojarle como se sonrojaba siendo un adolescente imberbe cada vez que una chica de su edad clavaba en él sus ojos con más atrevimiento de la cuenta. Enardecidos sus deseos más íntimos por la proximidad de la fémica y el aroma embriagador de las gotitas de Christian Dior con las que esta se había perfumado. En tanto que el subinspector Sánchez, sentado delante, junto al conductor, usaba su móvil para conversar con un contacto suyo de confianza, perteneciente al CNI, experto en cuestiones de seguridad relacionadas con el fanatismo religioso y con sectas clasificadas como potencialmente peligrosas.

—La *tha... thana... thanatu hyp... hypnos* —balbució Alex— fue

llamada así porque su ingesta, con una poción elaborada de un modo que no ha trascendido, o que yo, al menos, desconozco, provocaba un estado que se podía confundir con el causado por la expiración. Digamos que tenía efectos catalépticos —especificó el redactor jefe de *Crónica Zero*, pronunciándose con mayor presteza y más solvencia en cuanto sintió que pisaba un terreno que era el suyo y en el que se desenvolvía mucho mejor que en el de las relaciones interpersonales, en particular con representantes destacadamente hermosas del sexo opuesto—. La suspensión de los procesos catabólicos y anabólicos en el cuerpo, la paralización absoluta de los *inputs* y *outputs* de energía, que son los que originan el desgaste de las células y, por tanto, su envejecimiento, gracias a la presencia de las pka's. Y efectos de potente somnífero, al incrementar en el organismo los niveles de la N-acetil-5-metoxitriptamina, la hormona sin cuya presencia los humanos y otros muchos seres del reino animal no dormiríamos como dormimos...

Del Pertschy Palais, donde se alojaron la noche anterior, nada más llegar a Viena y abandonar la Hauptbahnhof^{f36]} habían salido aquella mañana de viernes con una apretada agenda que, aparte de la entrevista con Aedtner, había incluido en primer lugar una cita con las autoridades policiales austriacas, en busca de la oportuna información y colaboración, y una visita a la Oficina del Instituto Wiesenthal para Estudios sobre el Holocausto, en el tres de Rabensteig. El encuentro con el superintendente de la Policía Federal encargado de las relaciones con Interpol y la cooperación con las fuerzas policiales de otros países, en su despacho del cuartel general, un tal Schröder, atento y amable, les permitió acceder al historial familiar de Gerda Steiner, la agente del BND asesinada en Madrid no hacía siquiera una semana.

La pelirroja despampanante del cupé rojo que Fran y Alex vieran con vida por única y última vez en el Ritz había nacido en noviembre de 1984 en Sankt Veit an der Glan. Fruto de la unión entre Jacob Abraham Steiner, hijo del biólogo Víctor Josef Steiner, y Bárbara Klein, hija única de un militar viudo y retirado que ejercía de modesto funcionario municipal en dicha localidad. Aunque quedó huérfana muy tempranamente. Su madre falleció como consecuencia de una hemorragia puerperal, escasos días después del parto, y su padre se marchó de casa, a los pocos meses, dejándola al cuidado de su suegro, para no volverla a ver nunca más, tras haberse granjeado una fama de hombre excéntrico, degenerado y malévolo —el *Gran Brujo de Carintia* lo

apodaban— dentro de una comunidad reducida de vecinos que le tachaba de irrespetuoso, irreverente y blasfemo, por practicar lo que identificaban como incomprensibles ritos de naturaleza idólatra propios de religiones politeístas ya olvidadas y aterradores trucos de magia negra.

A los catorce o quince años, y tras la muerte de su tutor y único familiar directo, Gerda Steiner se trasladó a vivir con unos parientes lejanos a Colonia, en la República Federal de Alemania, adonde llevó consigo el uniforme ajado y descolorido de *oberfeldwebel*^[37] de la Wehrmacht^[38] que vistiera el viejo Hermann Klein durante la guerra y también la pasión que este le inculcara por todo lo relacionado con el pasado del glorioso ejército alemán. Allí, en Colonia, se inició en la carrera castrense y se convirtió en una de las primeras mujeres oficiales integradas en unidades concebidas para el combate de la Bundeswehr^[39], las nuevas fuerzas armadas germanas, haciendo honor a la admiración que profesaba desde niña por las hazañas bélicas de mariscales de campo como Erich Von Manstein en la invasión de Francia y en batallas como las de Sebastopol, Járkov, Kursh y Dniéper, oídas en boca del anciano y humilde conserje del Ayuntamiento de Sankt Veit an der Glan al calor de la lumbre del hogar durante su infancia.

A los veintitrés años, ya prestaba sus servicios en la Oficina Federal para la Gestión de la Información y la Tecnología de la Información, con sede central en Koblenz (Coblenza). Y a los veintiséis, una vez completada su formación universitaria de Ingeniería en Telecomunicaciones con un máster oficial de Analista de Inteligencia y Experto en Seguridad y otro no oficial sobre Espionaje y Contraespionaje, así como varios cursos sobre Lucha Antiterrorista y Persecución de la Delincuencia en Internet y Redes Sociales, ya había dado el salto desde las filas de la disciplina castrense a las de los Servicios Secretos, vertiente de la defensa nacional hacia la cual habría de inclinar su vocación.

Además, el tal Schröder les facilitó la consulta del expediente sobre la muerte del abuelo paterno de Gerda Steiner, en 1962. Un legajo de folios mecanografiados ya envejecidos y amarillentos como consecuencia de la pátina con la que la celulosa del papel se había impregnado, después de los más de cincuenta años transcurridos desde que la carpeta correspondiente fuera depositada, abandonada y olvidada sobre unas estanterías metálicas, junto a otros cientos de carpetas similares, en los sótanos de aquel edificio del

veintidós de la Wasagasse. Diligencias, declaraciones, informes y fotografías, entre ellas varias en las que se reproducían dos textos antiguos, fechados en la Baja Edad Media y escritos en lengua germana del medievo, con fragmentos redactados mediante la codificación hermética de los templarios, que intrigó y fascinó a Alex mucho más que a sus dos compañeros de aventura. Unos documentos sobre hojas de pergamino marcadas en cada esquina superior izquierda con una cruz patada, cuyos originales, según el superintendente de la Bundespolizei^[40] austríaca, habían terminado siendo donados por los Steiner a la Biblioteca Nacional de Austria y se conservaban entre los fondos expuestos en el Palacio Imperial de Hofburg.

Cuando llegaban a la altura del número cinco de la Habsburgergasse, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* apuntó una observación más relacionada con lo que Aedtner les había contado durante la hora larga que estuvieron entrevistándose con él en el geriátrico.

—Está claro que János Frigyes Domb y Hans Fritz Von Hügel son la misma persona —musitó como si hablara consigo mismo.

—¿Cómo dices? —le preguntó Sánchez cuando se disponía a apearse del vehículo.

—János Frigyes Domb y Hans Fritz Von Hügel son nombres y apellidos iguales expresados en dos idiomas distintos. En húngaro, o magiar, el primero y en alemán el segundo —concretó una vez que hubieron abandonado los tres el taxi—. János y Hans equivalen a Juan. Hans no es sino una variante de Johannes, Johann o Jan. Frigyes se traduciría al castellano como Federico y con Fritz, que es una variante de Friedrich, ocurre otro tanto de lo mismo. Y Domb y Hügel son vocablos con un significado prácticamente similar que pueden traducirse al español como collado, loma e incluso otero.

—¡Bravo! —aplaudió Fran, no para lisonjearle sino para ridiculizarle—. ¿Y qué? —le azuzó luego, mientras le daba la espalda y se dirigía hacia la entrada del hotel.

—¿Todavía me pregunto cómo llegaste a aprobar las oposiciones para convertirte en subinspector! —se burló Alex, caminando junto a la teniente Baumann, tras los pasos de su amigo el policía, hacia el portal del palacio de fachada barroca en el que habían alquilado sus habitaciones—. ¿No te dice nada el nombre de Juan Federico de Otero?

Fran se volvió hacia él antes de franquear el umbral de acceso al edificio

del Pertschy Palais con expresión dubitativa.

—¡No me digas que no te leíste el informe realizado por el servicio de arqueología perteneciente al departamento de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid! —El redactor jefe de *Crónica Zero* sonrió para sí, porque le constaba que su amigo se lo había leído, aunque no recordara al detalle el contenido de dicho documento—. El Conde de Las Matas, maestro y fundador de la *Orden de los Seguidores de Gilgalmesh*, que supuestamente promovió la construcción del templo subterráneo descubierto bajo el asfalto de la calle del Buen Suceso y los cimientos de la parroquia del Corpus Christi, fue en realidad, o mejor dicho, pudo ser, el mismo *Matarife de Sachsenhausen*, que buscó y halló refugio y protección en España, como ya sabíamos, durante algún tiempo, en la década de los sesenta del pasado siglo y también más tarde, en la década de los setenta.

La teniente Baumann miró a uno y a otro con cara de no enterarse por dónde iban los tiros. O aparentándolo, al menos.



«*Non nobis, Domine, non nobis
Sed Nomini Tuo Da Gloriam*^[41]»
(Vulgata latina; salmo 113:9)

Leucecome
(Algún lugar entre Sidón y Beirut, actual Líbano)
Anno Domini 1328

IX LEONARD WILHELM VON STEINER

Llegué a Tierra Santa, Alteza Ducal Serenísima, el siete de julio del año del Señor de mil trescientos, enrolado en una expedición al mando del noble francés Jacques Bernard de Molay. El último Gran Maestre de la Orden del Temple, que no desistía del venerable pero fracasado empeño de la cristiandad por salvar de las garras de los infieles Jerusalén, así como los dominios limítrofes, y que, siguiendo el ejemplo que en centurias anteriores, a solicitud de los santísimos padres de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ofrecieran algunos de los principales reyes europeos y los caballeros que les acompañaron, se aventuró a llevar a cabo con un ejército de apenas dos mil hombres una incursión en Egipto y en Siria para combatir contra los guerreros de la Media Luna. Sin embargo, he perdido la cuenta del tiempo transcurrido desde entonces, porque no sé si son veintinueve o treinta los años. Lo único que sé es que me encuentro en las mazmorras de esta fría, tenebrosa y pestilente fortaleza por orden de un emir, ni moro, ni judío, ni cristiano, cuyo nombre me resulta impronunciable. Un príncipe sarraceno que, después de casi tres décadas encarcelado, me ha vuelto a conceder la gracia de redactar y enviar esta segunda nueva misiva con la esperanza de que yo mismo consiga para él una buena recompensa por mi liberación. En esta ocasión no dirigida a la familia de sangre azul a la que mis captores se piensan que pertenezco y a la que no llegó la primera que redacté y envié al comienzo de mi cautiverio, sino a vos, Alteza Ducal Serenísima, soberano de quien soy súbdito y al que sirvo, que hoy, además, es, por voluntad de Dios, y decisión de los electores alemanes, Cesárea

Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, según he sido cumplidamente informado.

Me llamo Leonard Wilhelm Von Steiner, soy natural de una pequeña aldea rodeada de frondoso bosque cercana a Ratisbona, donde dejé mujer e hijos, cuando, impelido por el afán de hacer fortuna, me uní a una de las tantas cruzadas menores que por su propia cuenta y riesgo emprendieron los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, con la bendición del Papa, antes de ser condenados y perseguidos por apostasía.

Lo único que sé es que me encuentro en las mazmorras de esta tétrica, sórdida y miserable fortaleza situada a orillas del mar, entre Berito y Sidón. Dicen que la misma fortaleza en la que el gran Marco Antonio estableció su cuartel, después de sus fracasadas campañas contra los partos en Armenia y la Media Atropatene. El lugar desde donde el triunviro aguardó aquel anhelado encuentro con Cleopatra Filopator. Y yo no puedo evitar imaginar que tal vez fuera esta torre en la que me hallo encadenado la atalaya desde la que el distinguido varón y prócer de la República de Roma divisara aproximándose a puerto la majestuosa galera de aquella Reina de Egipto a la que habría de unir ineluctablemente su destino.

No soy, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, más que descendiente de un humilde herrero que, con la protección y socorro del obispo de la Diócesis y su vicario general, gozó de un privilegio solo reservado a las clases pudientes: el de ser educado en Gramática, Historia, Aritmética, Geometría, Ciencias Naturales, Filosofía y el uso correcto del Latín y el Griego, cual si fuera un miembro más de la nobleza, la aristocracia o la alta burguesía de Baviera. No soy, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, más que descendiente de un humilde herrero. Pero un humilde herrero que me enseñó también el arte de fundir y moldear los metales y en cuya fragua forjé para mí la espada gracias a la cual me puse al servicio del Señor Libre de Blomberg. Conrad El Joven, a cuyo lado tuve el honor de combatir en Tartus y en Alejandría, amén de otras batallas de no mucha resonancia, en diferentes enclaves de Oriente, hasta caer preso.

Si me disculpa el atrevimiento, no soy, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, más que un pobre desheredado que apela a su compasión para poder ser liberado de sus cadenas. A fin de cuentas, para suerte o desgracia mía, no soy un templario

de pleno derecho, ni lo he sido nunca, de manera que no estoy obligado por el juramento de no aceptar, bajo ningún concepto, que se me rescate. Mi libertad solo depende de un puñado de monedas de oro. Nada que un augusto emperador no pueda permitirse. A cambio apenas puedo ofrecer a vos algo de valor, aparte de mi lealtad y mi devoción a perpetuidad. Aunque soy poseedor de una revelación prodigiosa que tal vez le interese más que ninguna otra cosa en el mundo.

Dicha revelación, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, tiene que ver con la realización del anhelo más grande que han ambicionado y ambicionan los seres humanos desde que Caín mató a Abel y Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso. El don de vivir durante siglos, si no eternamente, sin atentar contra ningún mandato divino, ni actuar contra natura, siempre que una vil traición, un trágico accidente o una enfermedad incurable no lo impidan. Un designio o un capricho del cielo hizo que la fórmula para conseguirlo cayera en mis manos en esta prisión en la que me encuentro. Podría ofrecer este conocimiento que en mi persona ha sido depositado al emir que me mantiene en cautividad, pero no me fío de su palabra y, además, no es mi deseo contribuir a que un enemigo de la única y verdadera religión alcance tal clase de poder.

Quisieron los hados, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, que en este encierro que sufro compartiera celda durante varios meses con un personaje asombroso. Un recluso de origen egipcio, poseedor, según me dijo y según me demostró, de la sabiduría atesorada por los antiguos arquitectos, astrónomos, matemáticos, médicos y naturalistas del país del Nilo y por los magos caldeos, que me aseguró contar con más de tres siglos de vida. Llamábase Khalid Amun Edfu y afirmaba ser oficiante de un culto con más de cuatro mil años tras de sí, basado en las enseñanzas de unos seres celestiales que los pueblos paganos llaman erróneamente dioses y los no paganos, ángeles o demonios, muy semejante al panteísmo de los filósofos de la Antigua Grecia. Una suerte de credo que proclama que principio y materia constituyen una misma sustancia y son inseparables, como los monistas; que no hay espíritu sin cuerpo, como los ateos, y que no hay otra vida después de esta, sino la misma vida, si la muerte puede esquivarse o retrasarse. Pero que, aun así, acepta que la divinidad existe como existen los pensamientos y

los sentimientos, como existe lo invisible y lo intangible. Creencias primitivas sobre las que, según Khalid, se sustentaron prácticas como la momificación, que luego degeneraron en supercherías, cuando los seres celestiales se marcharon para volver a las estrellas de las que procedían y los humanos nos quedamos huérfanos de su presencia.

Digo “llamábase”, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, porque dejó de existir, a pesar de llevar el nombre que en su lengua significa “inmortal” y proclamarse conocedor de la vía a través de la cual los hombres podemos aplazar sine die, si no evitar, la hora de reunirnos con la Parca. Fue decapitado por practicar la brujería, que los moros condenan y persiguen con el mismo celo con el que lo hacemos quienes profesamos la fe cristiana. Aunque antes de morir, Khalid Amun, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, también me refirió que era el último representante vivo de la que llamó Hermandad de los Hijos de Osiris, depositaria del mensaje y el legado que en el comienzo de los tiempos los visitantes del cosmos transmitieron a los principales de entre los pobladores de las tierras en las que se asentaron. La obligación de conservar ese mensaje y ese legado, como el más valioso de los tesoros, fue lo que permitió que su conocimiento nunca se extendiera más allá de lo imprescindible y que solo estuviera en posesión de unos pocos adeptos. Pero esta misma precaución por mantener a salvo dicho conocimiento habría de convertirse en el mayor de los riesgos para su preservación. Pues, al ser tan reducido el número de hermanos selectos, en más de una ocasión los iluminados con el saber milenario procedente de quienes llegaron a este mundo desde el otro lado de las constelaciones de la bóveda celeste corrieron el peligro de extinguirse. Y la caza a la que estuvieron sometidos en diferentes períodos a lo largo de los siglos, desde la caída de la ciudad de Aketatón, contribuyó a ello. Tanto o más que las escisiones que como fraternidad sufrieron. Entre ellas, las que dieron lugar a órdenes pérfidas, constituidas, según Khalid Amun, por impostores y malhechores, que no distinguen entre bien y mal.

Antes de expirar, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, Khalid Amun me confió las instrucciones que habría de seguir para convertirme en miembro de la hermandad y para hallar en cierta mezquita de Damasco un mapa con indicaciones sobre

dónde y cómo localizar en Egipto las ruinas del templo solar de la antigua Heliópolis en las que guardó el Compendio de la Excelsa Doctrina Revelada, que ni siquiera estuvo al alcance de reyes y emperadores, desde que fuera redactado por Pentu, escriba de Akenatón, el faraón hereje, mil trescientos cuarenta años antes de Nuestro Señor Jesucristo.

Khalid Amun Edfu fue ejecutado hace dos días y yo, Leonard Wilhelm Von Steiner, en la soledad de este reducido habitáculo constituido por cuatro paredes llenas de ranuras y orificios dentro de los cuales se ocultan repugnantes insectos y roedores, escribo con tinta color de sangre, y a duras penas por los grilletes con los que estoy atado de pies y manos, esta misiva. Debilitado y demacrado, cubierto de greñas y de harapos, comido de pulgas, chinches y piojos, sentado sobre un pasto sucio y pestilente, al lado de mis propios excrementos, tratado peor que la peor de las bestias, alimentado con una bafía a la que harían ascos hasta los cerdos, redacto estas palabras, con la esperanza, quizá vana, de que sean por su Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico leídas. Esa misma esperanza que me ha mantenido y me mantiene vivo y me inspira sentimientos de gratitud y misericordia, como la claridad que cada mañana penetra por las rendijas de la claraboya que tengo sobre mi cabeza, a pesar de las condiciones infrahumanas que soporto. Esos rayos benditos del sol que me traen luz y calor todos los días cada amanecer al despuntar el alba sobre las cumbres que circundan la ensenada en cuya orilla se levantan los muros de este averno donde estoy recluso.

Así pues, amada Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, apelo a su bondad para que tenga a bien entenderse con el portador de este pergamino, embajador de mis secuestradores, y pague el precio que estos hayan establecido, y que yo desconozco, para que pueda volver a convertirme en un hombre libre.

A vuestra voluntad y a la de Dios Todopoderoso encomiendo mi suerte.

Leonard Wilhelm Von Steiner



«Vivir para siempre en este mundo»

es no vivir en nada más divino que nosotros mismos»
(Sir Edward Bulwer Lytton)

Gurk
Ducado de Carintia (Austria)
Anno Domini 1346

X LOS CABALLEROS DE LA CRUZ NEGRA

Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, siguiendo sus instrucciones, me encuentro desde hace tres semanas en el Palacio de Strassburg, sede episcopal de la Diócesis de Gurk. Tal y como Su Majestad me anunció, Su Eminencia el Obispo, Monseñor Ulrich Von Wildhaus, me acogió cálidamente y me ofreció su hospitalidad en cuanto le presenté mis credenciales y me identifiqué como su emisario. Además de reiteraros la lealtad que ya os tenía jurada, con su inestimable colaboración como hermano de nuestra cofradía, ha contribuido para poner a buen recaudo el Secretum Maximum cum Longaevitatis Semine^[42], que nos ha sido confiado y que debemos salvaguardar, en el monte donde se alzan la Torre, Casa y Capilla de Osterwitz.

Lo he hecho donde Su Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico me indicó y sirviéndome de los planos de la fortificación que me facilitó a tal efecto. En el interior del pozo bajo el cual se hallan los restos del antiguo santuario pagano dedicado a la divinidad celta Belinus y cuyas aguas, según la tradición transmitida por los habitantes más viejos de la región, tienen propiedades milagrosas. Un lugar en el que los historiadores de la Corte Imperial también ubican la presencia de un oráculo desde el que, hasta la llegada de los romanos, los hombres podían tener acceso a revelaciones sobre el pasado y el porvenir y en el que el Imperator Augustus Karolus Magnus^[43], según cuentan las crónicas referidas a la vida, obra y hazañas del rey de los francos y lombardos, el año de Nuestro Señor Jesucristo de setecientos noventa y uno, sanó como por ensalmo de una infecciosa dolencia, con muy mal pronóstico

por parte de sus galenos, que le mantenía postrado, cuando regresaba a Aquisgrán de una campaña en el este contra los ávaros...

Haciéndose cargo de la gravedad de la situación, Monseñor Ulrich Von Wildhaus adoptó las precauciones necesarias antes de mi llegada y puso a mi disposición a los más leales de sus sirvientes a fin de que yo pudiera cumplir satisfactoriamente con la misión que tenía encomendada. Y, voto a Dios, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, Gran Maestro Honorífico de la Antiquus Arcanus Ordo Rosæ Rubæ et Aureæ Crucis^[44], que la he cumplido, como se esperaba de mí, leal y fielmente. Su Eminencia el Obispo me transmitió sus temores por la vigilancia a la que desde Avignon le somete Su Santidad a través del Vicario General de la Diócesis y uno de los canónigos de la Catedral de la Asunción, de origen francés, supuestamente enviado desde la sede pontificia para supervisar y evaluar el culto popular cada vez más extendido que se le rinde por estos lares a los restos de la Beata Emma, venerable Condesa de Zeltschach y Friesach, pero, en realidad, entregado a otros menesteres más políticos y menos sacros.

Aunque, por si todo esto no fuera bastante, también he tenido que cuidarme, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, Gran Maestro Honorífico de la Antiquus Arcanus Ordo Rosæ Rubæ et Aureæ Crucis, de las asechanzas de algunos esbirros pagados por Carlos de Luxemburgo, ese soberano de Bohemia y Rey de Romanos ilegítimo que, a base de intrigas, con la complicidad de un Papa corrupto como Clemente VI y un Rey de Francia, ambicioso, pero también pretencioso, estirado, disoluto y entregado a la molicie, como Felipe de Valois, pretende usurparos el trono y arrebataros la corona imperial.

Unos días antes de llegar a Gurk, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, sufrí una emboscada. Fue junto al Gran Lago de las Tres Islas. Cuando me disponía a pernoctar en una posada, cercana a un embarcadero, desde la que hay una vista privilegiada del convento de las hermanas benedictinas y la abadía de Frauenwörth. Dos individuos que me parecieron pertenecientes a la Orden de los Caballeros Teutónicos, a juzgar por la armadura que les cubría, me asaltaron por el camino y hube de batirme con ellos en duelo en inferioridad de condiciones y, por tanto, en clara desventaja. El disfraz de monje

agustino que empleé para pasar lo más desapercibido posible y evitar peligros durante este viaje no me sirvió de mucho. Me salieron al paso cuando oscurecía, en mitad de una arboleda situada sobre un alcor, a muy escaso trecho de la hospedería hacia la que iba y cuya silueta se distinguía en la distancia al final de la vereda que bajaba hasta las riberas. Arremetieron contra mí y contra mi cabalgadura, logrando que besara el suelo antes de que tuviera tiempo de reaccionar para evitarlo. En un primer momento pensé que eran ladrones, porque estaban protegidos por la penumbra y, además, se ocultaban bajo unas grandes capas negras de pies a cabeza. Pero cuando desenvainaron y luego uno de los dos, como consecuencia de los relinchos y los saltos de su caballo, no pudo impedir que parte de su yelmo quedara al descubierto, comprendí que lo que buscaban no era mi bolsa con mi pecunio, cual si de unos vulgares forajidos se trataran, sino un botín mucho más valioso. Comprendí que no eran bandidos sino guerreros adiestrados y ejercitados en el combate que sabían que yo no era ni soy clérigo y que con disciplina militar ejecutaban unas instrucciones concretas previamente recibidas.

El más alto y fornido de ambos, que cabalgaba sobre un magnífico corcel blanco, me atacó de frente, blandiendo un acero reluciente, que reconocí al instante como el arma de alguien mucho más importante que un simple hermano y soldado raso por la efigie del águila negra labrada en su empuñadura, entre incrustaciones de zafiro, turmalina, amatista, jade y otras piedras preciosas. Una espada larga de doble filo que emitía destellos plateados bajo la luz lánguida del atardecer que el sol proyectaba mientras se ocultaba tras una de las cumbres circundantes. El otro, que montaba un alazán menos espléndido y lustroso, lo hizo por la retaguardia, intentando abatirme con una lanza, con cuya afilada punta logró rozarme y herirme en el costado, después de que pudiera esquivar su traicionera acometida.

Sin embargo, la daga que vos, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad, me obligasteis a llevar conmigo y que yo escondía entre los hábitos, sujeta sobre la túnica con la correa de cuero que me ceñía la cintura y tapada de la vista por el manto de lana con el que me abrigaba, me resultó de mucha utilidad. Con ella pude asestar una puñalada mortal al primero de los caballeros, atravesando la cota de malla con la que el infortunado se protegía a la altura del bajo vientre, gracias al providencial golpe de suerte que se me presentó cuando se proponía partirme la cabeza

en dos pedazos, como si de un melón se tratara, de un solo tajo.

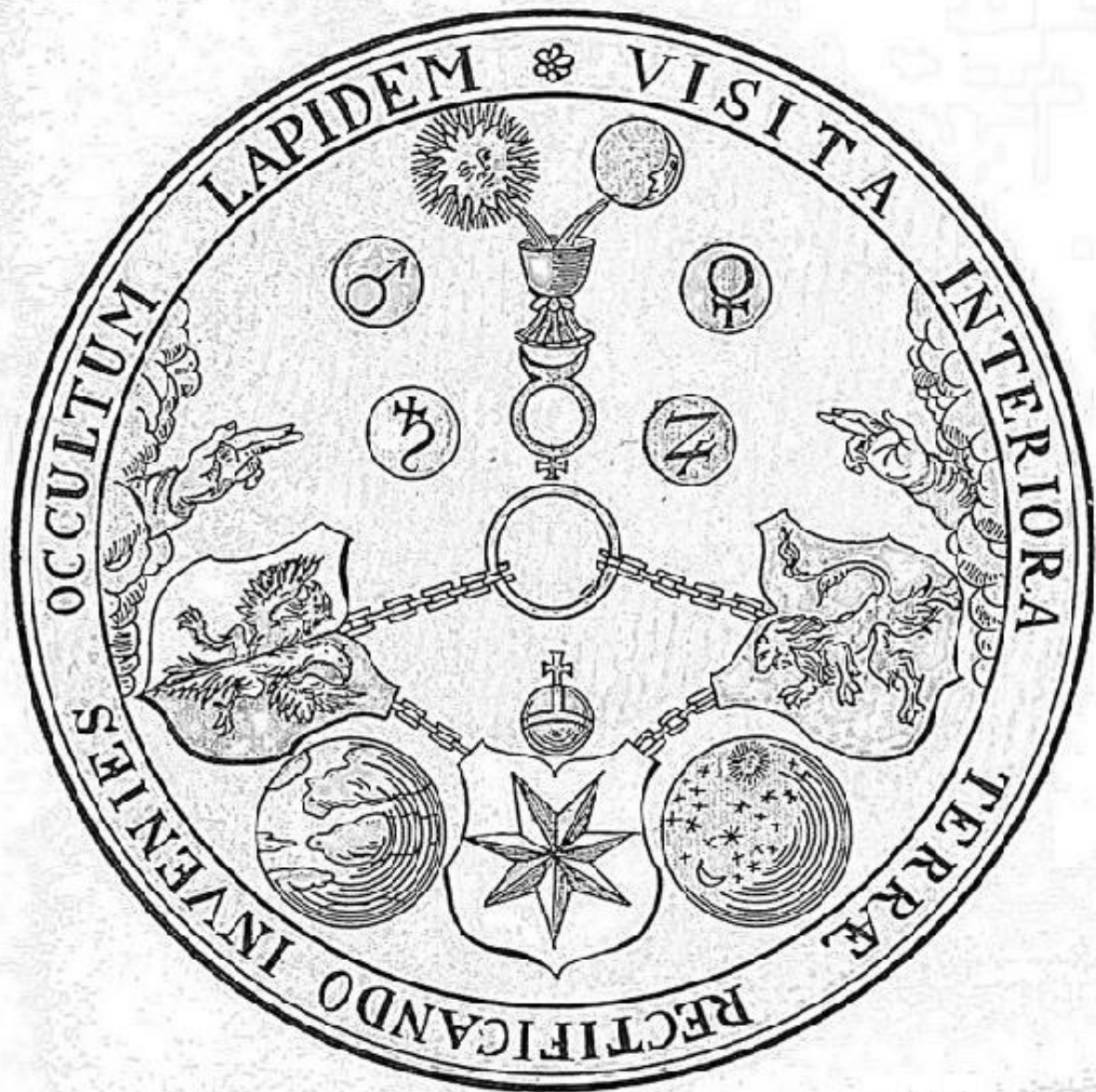
Digo golpe de suerte porque no pudo ser otra fuerza que la del azar la que quiso que mi contendiente cometiera el error grave de cálculo que cometió, respecto a la rapidez de su movimiento, en el instante de levantar los brazos con su pesado mandoble para rebanarme la sesera y abrirme en canal de arriba abajo. El error justo de tiempo como para agazaparme sobre mi montura y desde ella abalanzarme sobre él cual un felino dispuesto a clavarle las garras e hincarle el diente en su punto más débil. Aunque la pericia y la experiencia bélica de un servidor tuvieron también mucho que ver, modestia aparte, para salir airoso del lance.

Y pude, a continuación, degollar al segundo, que, tras su intento fallido de agujionarme por la espalda, como se agujionan a los jabalíes en las monterías de caza mayor, mordió el polvo al perder el equilibrio y, con el ímpetu de su medio frustrada arremetida, precipitarse sobre el suelo, cuasi volando por encima de las crines de su caballo. Cuando en el duro forcejeo que mantuvimos, supe ganar la partida con una artimaña de lucha cuerpo a cuerpo aprendida de los moros que dejó a mi contrario sobre la tierra anulado e inerme.

Tentado estuve, Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, Gran Maestro Honorífico de la Antiquus Arcanus Ordo Rosæ Rubæ et Aureæ Crucis, de perdonarle la vida, porque, aunque no me suplicó en ningún momento por ella, sentí que con la mirada de sus ojos parecía implorármelo y la piedad a punto estuvo de ablandarme el corazón. Pero no lo hice. Le interrogué para saber quiénes eran, cuáles eran sus propósitos y a qué autoridad servían, rajándole la piel bajo la perilla, en pleno gazzate, no con la intención de matarlo sino de asustarlo para que cantase. ¡Y por el cielo qué cantó, Majestad! Admitiendo que cumplían órdenes del Burgrave de Núremberg, que no es solo aliado de Carlos de Luxemburgo, y enemigo de vos todavía no declarado, como ya sabéis, sino también Comendador en la sombra de la Orden de los Caballeros de la Cruz Negra. Lo que pongo en vuestro conocimiento para que lo tengáis en cuenta, no perdáis cuidado y adoptéis las medidas que estiméis oportunas y pertinentes.

En breve emprenderé viaje de regreso. Que el Dios Todopoderoso os proteja.

Leonard Wilhelm Von Steiner



*«Ninguna ciencia, en cuanto a ciencia, engaña;
el engaño está en quien no la sabe»
(Miguel de Cervantes)*

Viena
Viernes 30 de enero de 2015

XI ROSACRUCES

Alex quedó sumido en un profundo estado de incredulidad y de fascinación a un mismo tiempo cuando, con la ayuda inestimable de la teniente Baumann, y con una traducción de los signos pertenecientes al alfabeto codificado de los templarios, que se había bajado de una web especializada en la materia, terminó de leer en la pantalla de su tableta los documentos. Aquellos dos escritos supuestamente redactados en los años 1328 y 1346 que encontraron reproducidos mediante fotografías en el expediente sobre la muerte de Victor Joseph Steiner, cuando por la mañana visitaron los archivos del cuartel general de la Policía Federal de Austria, y que él a su vez, sin poder resistirse a la tentación, fotografió también, para más tarde examinarlos con detenimiento.

—Me suenan a rollo macabeo —murmuró tras apagar el dispositivo y dirigir su mirada, con apariencia de ido, a la agente que en la mesa del restaurante del hotel le acompañaba en la cena—. Si no fuera porque se supone que son auténticos, cualquiera diría que son obra de un desquiciado de esos que hoy día tanto abundan y que, dándoselas de investigadores de historias y fenómenos no explicados, se dedican a difundir trolas de todo tipo —reflexionó para sí en voz alta, sin haber salido aún de su asombro.

—Pero... ¿tú crees de veras que son auténticos? —dudó ella.

—Sí y no —contestó él, poniéndole una pizca de suspense a la cosa—. Suscribo lo que aseguran los paleógrafos que los han examinado, y sostienen

también reputados investigadores de la historia de la masonería y otras órdenes secretas: que son copias realizadas en los siglos XVI o XVII.

Después de una jornada intensa de trabajo y una revitalizante ducha, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* y la funcionaria de la policía alemana saboreaban el menú nocturno en el comedor del Pertschy Palais, sin la presencia del subinspector de la Comisaría del Retiro, que, alegando cansancio para permanecer en su habitación, había querido que su muy estimado amigo el periodista tuviera el camino expedito para compartir una romántica velada a solas con la oficial de la Bundeskriminalamt. Un *carpaccio* de buey alpino con pesto de jengibre, él, y pasta de huevo con queso de Vorarlberg, ella, que acompañaron con un reserva de *pinot noir*^[45] joven exquisito.

—Todo esto parece sacado de una novela como las de Dan Brown —acertó a decir la teniente, después de humedecerse los labios con el vino y sostener a continuación la copa entre las manos, muy próxima a su precioso olfato un tanto respingón, recreándose con el aroma de su contenido, como si se tratara de una experimentada sumiller que lo estuviera catando.

—¡Y qué lo digas! —asintió Alex, tomando a su vez su copa y probando con ceremonial parsimonia el tinto de muy fino buqué que se les había servido procedente de la región de Burgenland y con su propia denominación de origen.

En la estancia, la antecámara reducida y discreta de un salón mucho más amplio en el que se congregaba un buen número de clientes, con techo artesonado en madera lisa de pino, sobre vigas de roble, a imitación de una vivienda rústica de montaña típica del Tirol, sonaban los compases de *El Bello Danubio Azul*, probablemente el vals más célebre, más reproducido y más oído de Johann Strauss.

—La inmortalidad ha sido y sigue siendo un anhelo. Pero solo eso, un anhelo, aunque necesario, con una función psicosocial en todas las civilizaciones y culturas —aseveró el periodista, mientras sentía en su paladar el sabor entre almendrado y aframbuesado del rojo Leithaberg^[46]—. Aparte de un mal negocio para quienes se dedican a las pompas fúnebres —apuntaría chistosamente, saltándose su propio guion, riéndose y acordándose de un viejo conocido de sus años mozos que se forró montando una empresa del sector y vendiendo seguros de deceso—. En definitiva —habría de continuar,

volviéndose a poner serio—, una mentira piadosa para hacer soportable la muerte y para cimentar con el premio o el castigo de la trascendencia escatológica una útil moralidad sin cuya existencia ninguna sociedad sería viable. Y la eterna juventud, una quimera... ¿O tal vez —conjeturó— una aspiración al alcance de nuestras manos con más posibilidades científicas de ser una realidad que la pervivencia no constada ni probada del espíritu tras la muerte?

—Bueno... hay quien asegura que estamos cada vez más cerca de convertirnos en inmortales —objetó la teniente, interesada por el contenido de la conversación y seducida por las maneras de aquel cincuentón de aspecto entre bohemio, pintoresco y agradable que tenía por interlocutor.

—¡Y si fuera verdad! —exclamó Alex—. ¿Y si la humanidad ya lo hubiera conseguido hace mucho? ¿Y si los secretos de la naturaleza para prolongar la vida ya hubieran sido descubiertos en un pasado lejano y estuvieran en posesión de unos pocos afortunados? —especuló, adornando la expresión de su pensamiento con un aire de teatral emoción—. Las leyendas atribuyen desde hace siglos a los rosacruces tal clase de conocimientos —añadió al tiempo que extraía un Royal Crown del paquete que guardaba en uno de los bolsillos de la camisa y jugueteaba con el cigarrillo entre los dedos, sin intención de encenderlo, entre otras razones porque no le estaba permitido dentro del local.

—¿Fumas? —le preguntó Baumann, un tanto sorprendida. Durante los dos días y medio transcurridos desde que se conocieran en el hotel Park Inn By Radisson de Berlín en ningún momento había visto al amigo y acompañante del subinspector con un pitillo en la boca. A Sánchez, sí, en alguna que otra ocasión, pero a él no, por lo que podía recordar.

—Muy de cuando en cuando —contestó Alex—. En el pasado fui un fumador empedernido. Ahora me controlo y racionalizo las dosis para conservarme bien de salud y prorrogar mi existencia en este mundo todo lo posible —bromeó—. ¡Con decirte que no le doy una calada a uno desde hace más de una semana!

—Fumar es una completa estupidez —opinó la agente de la BKA.

—Lo sé —admitió Alex—. Pero, si la especie humana no fuera tan estúpida como inteligente, estoy plenamente convencido de que el progreso habría sido muy poco probable —observó, mientras se entretenía propinando suaves golpecitos sobre el mantel con el Royal Crown, por el extremo de su

filtro, y dibujaba en su rostro una sonrisa tan inexpresiva e inescrutable como la de *La Gioconda*, a todas horas, en el primer piso, sala sexta, ala Denon, del Museo del Louvre.

Baumann probó con deleite la pasta de huevo con queso de Vorarlberg y volvió a saborear el vino de su copa.

—Una cosa es que podamos estar cerca de convertirnos en inmortales como sostienen destacados científicos y otra bien distinta dar crédito a los mitos que durante el curso de la historia han circulado sobre la existencia de seres humanos que han sido capaces de superar su fecha de caducidad sin apenas enfermar ni envejecer —señaló la teniente, para proseguir la conversación en el punto en el que ella misma la había interrumpido.

Alex, por su parte, degustó una primera loncha del *carpaccio* y apuró con placer el reserva de *pinot noir* con la intención de dejarse llevar cuanto antes por sus moderados efectos para aliviar tensiones y sentirse más relajado.

—Suele decirse que la mayoría de los mitos están basados en hechos reales. O, mejor dicho, constituyen una forma de describirlos o interpretarlos. Tienen un sentido y un significado. Según Claude Lévi-Strauss y la antropología estructural, son un lenguaje en sí mismos —replicó, después de masticar y engullir la fina lámina de carne cruda de buey y maridar el bocado con un sorbo de tinto—. Es posible que tras la infinidad de menciones a seres inmortales en la Antigüedad haya más de una referencia objetiva a la manifestación de algún tipo de fenómeno sobrenatural del que se quiso dar cuenta —siguió explicando mientras se llenaba una segunda ración de Leithaberg y se ofrecía para servir otra a su comensal—. Hasta en *La Biblia* se citan los nombres de los llamados patriarcas antediluvianos que vivieron cientos de años, entre ellos Matusalén. Luego nos encontramos con esos personajes curiosos que se relacionan con las distintas versiones de la denominada *Orden de la Rosa Cruz* de las que se tienen noticias desde sus remotos orígenes y a la que pertenecieron monarcas, guerreros, filósofos, místicos, poetas, pensadores, políticos, físicos, químicos, matemáticos, alquimistas, astrólogos y médicos a lo largo de todas las épocas, desde los tiempos de los faraones de la decimoctava dinastía, hace tres mil quinientos años, hasta nuestros días. —Alex se inclinó sobre la mesa, procurando no mancharse con su plato, para reducir la distancia con la agente de la Oficina Federal de Investigación Criminal, que era todo oídos, y no pecar de indiscreción elevando el tono de su voz más de la cuenta—. Me refiero a

maestros ocultistas como Miguel Escoto, el Conde Alessandro Di Cagliostro, el Conde de Saint Germain, el visir turco Mesut Doğan o el *thakur*^[47] hindú Sayan Rishi Ghuman, que, además de ser regidor de su feudo en el estado del Punjab, fue, haciendo honor a su segundo nombre, un sabio vidente muy reputado. También el Lama tibetano Jampel Kelsang y el Príncipe ruso Konstantin Lébedev, entre algunos otros. De la mayoría no se sabe dónde ni cuándo nacieron, tampoco si murieron, solo que gozaron de una longevidad y una lozanía que asombró a sus coetáneos y que estuvieron siempre rodeados de una densa aureola de misterio. Incluso de los mismísimos René Descartes, padre del racionalismo cartesiano, y Sir Isaac Newton, formulador de la Ley de la Gravitación Universal, se dicen cosas parecidas. Aunque para mí que en estos casos, como en tantos otros, todo cuanto se ha comentado o escrito acerca de ello no son más chismes y embustes...

Angela Baumann vaciaba la segunda copa, más embelesada de lo que ella misma se hubiera podido imaginar por el talento para la oratoria y para la dramaturgia del redactor jefe de *Crónica Zero*, probablemente como consecuencia del agradable efecto de la ingesta moderada de etanol en el interior de su organismo, cuando sacó a colación lo que el periodista español ya le había explicado sobre la remota *thanatu hypnos*. Supuestamente, la hierba milagrosa cuya existencia le fuera revelada al caballero templario conocido como Leonard Wilhelm Von Steiner y guardada en secreto durante siglos por los hermanos de la original fraternidad rosacruciana.

—¿De veras crees que la droga extraída de una planta que nadie ha visto y que tal vez no ha crecido jamás en ningún rincón de este planeta podría ser la piedra filosofal, la sustancia codiciada por los cultivadores de la alquimia desde los albores de la civilización hasta el estallido de la Revolución Industrial? —dijo la teniente.

Alex guardó unos segundos de silencio, dirigiendo a la agente de policía alemana, y oficial de enlace de Europol en Berlín, una mirada envuelta en sentimientos mucho más comprometedores que los de la mera simpatía. Se rascó ligeramente la barbilla, cruzó los brazos sobre el borde de la mesa y se mordió el labio superior de la boca con los incisivos inferiores, en el transcurso de un movimiento facial inconsciente y automático convertido en hábito que repetía a menudo cuando los nervios le podían. No porque estuviera incómodo o molesto con la pregunta que ella acababa de hacerle,

sino porque se sentía inseguro ante la situación y, sobre todo, ante la atracción cada vez más fuerte e intensa que empezaba a experimentar en su cercanía.

—Ni creo, ni dejo de creer —respondió cuando logró recuperar en sus adentros una calma que, incluso a veces en circunstancias de las más normales, podía resultarle bastante esquiva—. Pero ya que lo comentas te diré que, aunque fabuloso e improbable, inconcebible no es. Del mismo modo que hay estupefacientes con compuestos químicos procedentes del reino vegetal que poseen capacidades curativas o que producen alteraciones de nuestros estados de conciencia, ¿por qué no habría de haberlos con propiedades como para modificar nuestro funcionamiento biológico hasta ese punto? Son diversos los testimonios difundidos a través de diferentes fuentes, y desde el entorno de culturas antiguas y milenarias tan dispares como la india, la mesopotámica, la egipcia o la mesoamericana, de las que ya solo quedan vestigios, en los que se menciona el dominio que ciertas castas sacerdotales tenían en cuanto al manejo de unas artes sagradas transmitidas por la divinidad para no fenecer o para resucitar, puestas a disposición única y exclusivamente de un número reducido de ciudadanos ricos, poderosos y debidamente instruidos en los misterios y ritos. Hay historiadores y arqueólogos que sostienen que la costumbre de disecar a los difuntos que fueron personajes insignes durante su existencia y darles sepultura junto a sus más preciadas riquezas y con provisiones de alimento, como en el Antiguo Egipto, es manifestación de algo más que una creencia en la idea de que es posible volver a la vida después de haber fallecido —continuó, muy metido en su papel, adoptando el talante propio de un comunicador que desea conectar con un numeroso público, y no el de un tipo que desea ligar con la persona que tiene como única espectadora y oyente—. En concreto, el arqueólogo norteamericano Edward James Gardner, profesor de Antropología en la Universidad de Harvard, y destacado colaborador de la National Geographic Society, muy contestado desde los sectores de la Egiptología convencional, en la línea simbolista de egiptólogos heterodoxos o *amateurs* como René Adolphe Schwaller de Lubicz y John Anthony West, asegura que, aunque no pueden considerarse evidencias, hay indicios datados hacia el sexto o quinto milenio antes de Cristo sobre el contacto pacífico de algunos de los pobladores de los asentamientos humanos situados en las riberas del cauce bajo del Nilo con los expedicionarios de una raza de seres alienígenas que, por accidente, se vieron obligados a instalarse en las cercanías de la zona y

transmitieron como legado parte de sus valiosos conocimientos. *El oro de los dioses*, que diría Von Däniken. Entre ellos el secreto sobre cómo simular la muerte para seguir viviendo. La hibernación inducida, el único método o procedimiento gracias al cual estos embajadores extraterrestres pudieron recorrer en su supuesto viaje espacial la distancia sideral existente entre su planeta habitable de procedencia y la Tierra...

Los violines de *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi reemplazaron las notas de los valeses de Strauss cuando el camarero del restaurante que se estaba ocupando de servirles —un hombre de mediana edad uniformado con una sencilla pero galante librea y una profesionalidad fuera de toda duda— se acercó para retirarles los cubiertos utilizados y ofrecerles la carta con la que elegir la repostería disponible de sobremesa.

—Envejecer y morir son partes de un proceso que tal vez pueda alterarse pero no evitarse —concedió la teniente Baumann, después de decidirse por la *Sacher*^[48], con nata montada, en lugar de los crepes rellenos de albaricoque por los que se inclinó su acompañante—. Me parece irreal que detener dicho proceso pueda depender de la ingestión de una píldora o algo así por el estilo —razonó a continuación, si bien no muy convencida—. La erosión y los factores genéticos también son determinantes...

—No te lo discuto —repuso el redactor jefe de *Crónica Zero*-. Así que en cuanto a lo relacionado con el ADN no te digo nada. Pero en cuanto a lo otro te digo lo que sugiere el tal Gardner: que las primeras tumbas y mausoleos, esto es, las pirámides y mastabas, se pudieron empezar a construir no solo como una forma de inhumación reforzada y suntuosa, sino quizá también como cámaras de aislamiento para reducir al mínimo los efectos de los agentes externos sobre los cuerpos de los sepultados manteniendo más o menos constantes las condiciones de aire, luz, temperatura, etcétera, cual si fueran el habitáculo de cosmonauta de una astronave. —Alex hizo una pausa, dio las gracias al camarero por ponerle delante el plato con los crepes rellenos de albaricoque y se recreó contemplando su delicioso y apetitoso aspecto. Luego apuró su copa de vino y prosiguió hablando—: Sepulcros diseñados para el privilegiado disfrute de un descanso prolongado y profundo, en una especie de modo *stand by* o estado vegetativo, del que cada durmiente iniciado estaba destinado a ser despertado transcurrido un período de tiempo previamente establecido —añadiría, sin disimular su satisfacción por lo

ocurrente que se le antojó su propia frase para abundar en la tesis de lo que estaba exponiendo.

—Como *Nosferatu* —apuntó en plan de mofa, pero sin ánimo de ofender, la agente de la Bundeskriminalamt.

—Como *Nosferatu* —admitió el redactor jefe de *Crónica Zero*, sonriendo por lo ingeniosa y divertida que estimó aquella singular comparación—. Aunque no creo que aquellos señalados rosacruces a los que el mito habría de atribuirles la posesión del elixir para mantenerse eternamente jóvenes fueran precisamente vampiros —observó, soltando una carcajada, sin imaginar que su alusión irónica a una presunta relación entre miembros de la tan antigua y mística orden y los muertos pero no muertos podía no ser descabellada.

Baumann probó con delicadeza y parsimonia el chocolate de su tarta y se relamió de placer.

—Yo tampoco lo creo —dijo mientras repetía la operación y con cara de felicidad se llevaba otra cucharada de pastel a la boca—. Se supone que dicha fraternidad fue creada con fines altruistas y que todos sus hermanos se debían y se deben a ellos...

—En teoría sí —confirmó Alex—. No obstante, muchos se fueron desviando de dichos fines e incluso crearon órdenes nuevas que se autoproclamaron como la única, genuina y legítima. Ya se sabe que con el tiempo hay dogmas y conceptos filosóficos que o se perfeccionan o degeneran, en función de la personalidad de quienes los asumen, con o sin una revisión crítica de por medio, para conservarlos y transmitirlos. —El periodista calló un instante, como para procesar la información de la que disponía, retomar el hilo de su argumentación y no distraerse en exceso con los deseos, las sensaciones y las emociones que estar a medio metro de la teniente le inspiraba—. No soy un experto en las interioridades de la hoy llamada Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, ni en lo que se refiere a sus precedentes, ni a sus sucedáneos, pero, si damos credibilidad a mucho de lo que se ha escrito y se cuenta, y siendo racionales y rigurosos no resulta sencillo hacerlo, parece ser que los rosacruces, o mejor dicho, algunos de los rosacruces más selectos, conocieron y dominaron la receta con la que asegurarse una longevidad pluricentenaria. Y parece ser también que, amén de otros cuidados, dicha receta consistió en someterse alternativamente a estados de coma, que se prolongaban durante años, incluso como para permitirles dar

el salto en plena forma de un siglo a otro, y estados de vigilia durante los cuales, con mucha o poca discreción, con mayor o menor relumbrón, con grande o escaso renombre, dependiendo de cada caso, participaban en sociedad. Lo que explicaría los llamados ciclos de ciento ocho años de actividad e inactividad que señalan los estudiosos especializados. Los períodos sucesivos de presencia y ausencia, de desaparición y resurgimiento de la hermandad, en diferentes momentos del curso de la Historia...

La Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz es una organización de hombres y mujeres con vocación de universalidad que aboga por la libertad, la igualdad y la confraternidad entre los hombres, los tres principios que inspiraron la Revolución Francesa; mantiene una fe inquebrantable en la ciencia y el progreso y ensalza la dimensión espiritual del ser humano. Reemprendió su andadura, con el nombre con el que ahora se la conoce, en 1915, de la mano de Harvey Spencer Lewis, escritor estadounidense apasionado por el ocultismo y temas afines, aunque está constatada históricamente su existencia desde al menos el siglo XVII, que es cuando empiezan a aparecer en Europa sus primeros manifiestos. Tal es el caso del titulado *Fama Fraternitatis Rosae Crucis*^[49], publicado en Kassel, Alemania, en 1614, y la *Confessio Fraternitatis*^[50], que se publicaría un año más tarde. Además, es en ese período cuando empieza también a construirse la más que probable fantasía sobre la relación de sus orígenes con el Antiguo Egipto.

Según dicha fantasía, la orden habría sido fundada por el faraón Tutmosis III en el siglo XIV antes de Jesucristo con las escuelas de los iniciados en los cultos a Osiris. Posteriormente, se sumaría el faraón Amenhotep IV, que cambió su nombre por el de Akhenaton (Devoto de Aton) y que propició en la sociedad egipcia una revolución cultural sin precedentes, proclamando la veneración a un solo y único Dios, Atón, representado por el disco solar, en una época en la que el politeísmo estaba extendido por todo el globo terráqueo. Hasta que, tras su muerte, se produjo la reacción y con ella la restauración de las antiguas costumbres y creencias y la persecución de los creyentes de aquella nueva religión de la que, presuntamente, surgiría el rosacrucismo.

La agente de la BKA remataba, complacida y satisfecha, las migajas del esponjoso bizcocho con mermelada, bañado en cacao azucarado, que acababa de zamparse. Alex partió el segundo de los crepes y comió un dulce y crujiente

trozo. Luego prosiguió explayándose.

—La Alteza Ducal Serenísima y Cesárea Majestad a la que el templario Leonard Wilhelm Von Steiner dirige la misiva que hemos leído es Ludovico IV, Duque de Baviera, Conde del Palatinado, Rey de Alemania y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, quien, aunque no se sabe con absoluta certeza, pudo estar vinculado y erigirse en uno de los primeros soberanos protectores de la *Antiquus Arcanus Ordo Rosæ Rubæ et Aureæ Crucis*. Lo que sí se sabe con certeza es que se enfrentó con el Papa Juan XXII, que terminó acusándole de hechicería y excomulgándole. También se sabe que se rodeó en su corte de filósofos y teólogos, como Marsilio de Padua, Guillermo de Ockham o Miguel de Cesena, que se distinguieron por cuestionar la ortodoxia de la Iglesia y gran parte del pensamiento occidental imperante...

La teniente Baumann desdobló la servilleta que tenía a su derecha. Un paño color crema con ribetes de círculos entrelazados en los extremos de cada uno de sus lados bordados en un lila azafranado. E hizo uso de ella, sin afectación, pero con la apostura requerida para alguien de la cultura y la educación que aparentaba.

—¡Estaría bueno que se nos presentara ahora por la puerta en carne y hueso ese tal Ludovico o cualquier otro de esos curiosos personajes que has mencionado! —exclamó, con acento chistoso, después de limpiarse con sumo esmero, procurando no estropearse el maquillaje y dejando manchas de carmín en la tela—. Aunque, de ser así, si un tipo de esos con varios cientos de años tras sus espaldas entrara en este salón, ¿quién de los que estamos aquí ahora —reflexionó— sería capaz de reconocerlo? Ni siquiera llevando pegado en la frente o en el pecho un cartel informativo con su nombre y lo más destacado de su *curriculum vitae* —comentó, casi desternillándose, con un humor rayano en lo sarcástico, que no en lo antipático, avivado por el contenido de las copas que se había bebido—. Insisto —concluyó—: no sé a ti, pero a mí todo esto me resulta demasiado fantasioso...

—Querida mía —se atrevió a decir el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital*—, no somos más que una azarosa combinación de física y química... He leído no recuerdo dónde que desactivando el gen P16, manteniendo elevados los niveles de la NAD (Nicotinamida adenina dinucleótido) y manipulando los telómeros de los cromosomas se podría interrumpir e incluso revertir el proceso degenerativo de las células, siempre y cuando se consiga hallar la fórmula para atajar los procesos tumorales que

dicho tratamiento desencadenaría. También he leído por ahí que la rapamicina y la metformina son fármacos que contribuyen a la recomposición de los tejidos musculares. De hecho, no sé si he tenido oportunidad de comentártelo, pero el suceso que dio pie a esta investigación en la que estamos inmersos fue la muerte de un sujeto, todavía no identificado, en el hotel Ritz de Madrid. El tipo estaba sometándose, o siendo sometido, a sesiones de hidratación y rejuvenecimiento de la piel con ampollas inyectables de ácido hialurónico, más la toma de un complemento alimenticio enriquecido con la enzima Q10, y la palmó debido a la sobredosis de una sustancia aún por determinar mezclada con hidroxitamoxifeno. Un metabolito, derivado del tamoxifeno con el que se combate el cáncer de mama, que favorece la presencia de las moléculas catalizadoras de las que depende el poder regenerador de nuestra estructura celular. —El periodista hizo una pausa para tomar aliento y sonrió, satisfecho con la exhibición de erudición que acaba de improvisar, una vez más, sin proponérselo—. Tal y como escribiera el catedrático de Filosofía Metafísica de la Universidad de Oxford Gilbert Ryle allá por 1949, *no hay ningún fantasma dentro de la máquina, solo la máquina* —proclamó con artificiosa solemnidad.

—¿Y tú lo crees? —preguntó Baumann.

—Tengo mis dudas —contestó Alex, poniéndose en pie de un brinco para apartarse de la mesa y abandonar el comedor de un modo tan inesperado que alarmó a la teniente—. No te vayas, vuelvo en seguida —le rogó—. He caído en la cuenta de algo importante que habíamos pasado por alto —añadiría, excusándose.

Transcurridos unos minutos, el tiempo que tardó en subir a su habitación, coger lo que había ido a buscar y bajar rápidamente, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* regresó al restaurante.

—¿Adónde fuiste? ¿Qué ha pasado? —preguntó la agente de la Oficina Federal de Investigación Criminal—. Espero que no salieras corriendo como saliste porque sentiste algún inoportuno retortijón en el estómago —dijo guaseándose—. Me decepcionarías enormemente —apostilló con desenfado burlesco.

—¿Recuerdas aquella foto que vimos en el apartamento de Gerda Steiner? —Alex ocupó su asiento—. Aquella sobre la que Fran y yo discutimos... —La teniente esbozó en su rostro una mueca con la que dio a entender que no se situaba y que no sabía de qué le estaba hablando

exactamente—. ¡Esta! —exclamó, mostrando y colocando sobre el tapete el documento gráfico tamaño diez por quince centímetros que se sacó de uno de los bolsillos de la americana que llevaba puesta.

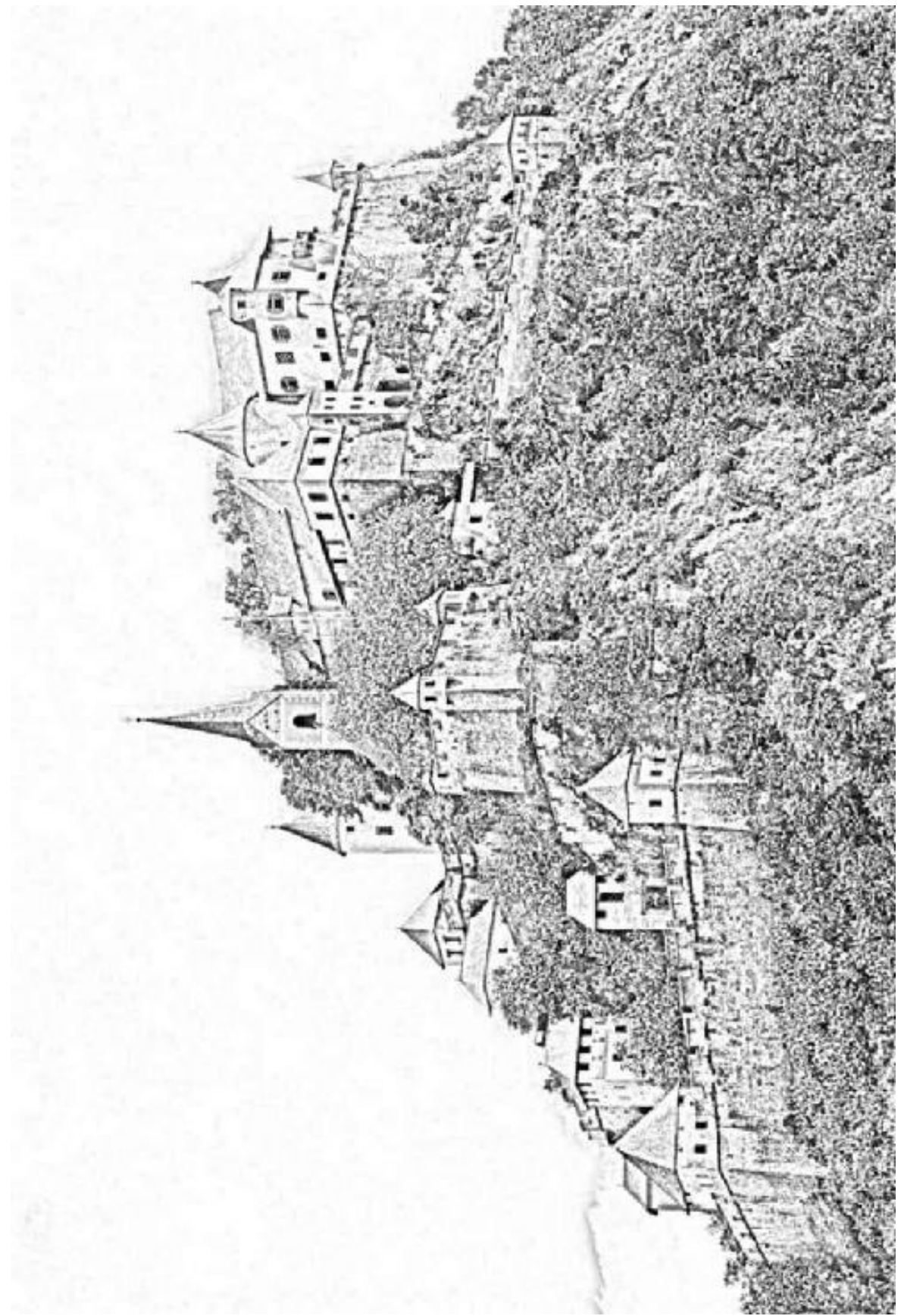
Era la misma imagen que sustrajo dos días antes de entre las pertenencias de la funcionaria de los servicios secretos alemanes asesinada en España, cuando allanaron su vivienda, sita en el número diez de Immanuelkirchstraße en Berlín.

El retrato en blanco y negro de un señor de muy pulcra apariencia, con no mucho más de la cincuentena, mostacho refinado, traje de franela gris, camisa blanca, corbata negra, sombrero de ala ancha y unas grandes gafas de pasta color marrón oscuro, posando ante la fachada de la Academia de Ciencias de Austria en Viena en algún momento indeterminado de 1959.

Un individuo que se asemejaba, como se asemejan dos gotas de agua, al desconocido que figuraba, junto a Mario Roso de Luna, Aurora Rodríguez Carballeira y Annie Besant, en aquella instantánea sobre papel *baritado*, de tonalidades color sepia, tomada en 1912, a las puertas del Ateneo de Madrid, y encontrada hacía apenas una semana, en el número seis de la calle del Buen Suceso, la noche que la espía del Bundesnachrichtendienst apareció estrangulada.

—¡No me digas que encima de que nos colamos sin autorización en el piso la cogiste y la robaste! —protestó Baumann, no tan molesta con el hurto mismo de lo que constituía una prueba de la investigación cuya mayor o menor importancia estaba aún por determinar como con el hecho de que no se hubiera coscado de nada.

—Ya creo que sé quién puede ser este tío —afirmó Alex, señalando con el dedo al retratado delante de la entrada de la sede de la ÖAW^[51] y haciendo caso omiso a los reparos de ella—. Por cierto, mañana nos vamos para Carintia —dijo.



*«El primer castillo se llama silencio,
el segundo conocimiento
y el tercero voluntad y osadía.
Una vez hayáis entrado en ellos,
encontrareis la salida cuando hayáis aprendido
lo que habéis ido a aprender»
(Robert Fisher)*

Sankt Veit an der Glan
Estado de Carintia (Austria)
Sábado 31 de enero de 2015

XII HOCHOSTERWITZ

Mientras ascendían por el estrecho, empinado y tortuoso sendero que zigzagueaba entre moles de roca calcárea, vegetación exuberante de pinos cembros y matorrales, altos adarves defensivos y los catorce pórticos que daban paso a cada uno de los diferentes estadios de la fortaleza desde la base hasta la cima, Sánchez no paraba de refunfuñar y quejarse. Habían tenido que subir andando y dejar estacionado al pie de la colina el coche. Un Opel Astra alquilado en un *rent a car* de la Hertz con el que, en poco más de tres horas, se habían desplazado desde Viena hasta el centro de Sankt Veit an der Glan, recorriendo los más de trescientos kilómetros de autopista existentes entre la capital austríaca y este distrito del estado federado de Carintia. Estaba nevando, hacía un frío de mil demonios, soplaban un viento tan helado como desapacible y, para colmo de males, el funicular, con el que se podían haber ahorrado la dificultosa caminata, no se hallaba operativo. No porque estuviera averiado, sino porque durante los días más cruentos del invierno no se ponía en funcionamiento. Salvo muy puntuales excepciones, la afluencia de turistas en los meses de diciembre, enero, febrero y marzo se reducía al mínimo y no era hasta bien entrada la primavera que aquel histórico recinto se mantenía abierto al público con servicios de hostelería, descanso, información y orientación para los visitantes y actividades culturales y lúdicas, como

festivales en los que se recreaban costumbres, gastronomía y usos de los tiempos medievales. Así que una mañana tan intempestiva como la que Alex, Fran y la teniente Baumann habían elegido para presentarse allí lo más normal es que no se encontrasen casi con nadie.

—¡Castillo de cuento de hadas dicen! —rezongó el subinspector de la Comisaría madrileña de El Retiro—. ¡Que me aspen! ¡Más que aspecto de cuento de hadas lo que tiene es un aspecto terrorífico! —añadió, cuando todavía no habían hecho más que plantarse ante la primera puerta y detenerse para contemplar, encastrado en uno de sus pilares, el busto de Margarita Maultasch, la duquesa del Tirol, que en el siglo XIV intentara conquistar con su ejército aquella plaza, asediándola, sin conseguirlo.

Hochosterwitz es una gran fortaleza erigida sobre una roca dolomita de 172 metros de altura, en medio de una llanura, cerca de Sankt Georgen am Längsee, al este de la ciudad de Sankt Veit an der Glan, en Carintia. Se menciona por primera vez en el año 860, cuando Luis El Alemán, Rey de la Francia Oriental, efectúa la donación del enclave a la Archidiócesis de Salzburgo. Durante los siglos XI y XII se convierte en refugio para la población local durante las invasiones turcas. Entre sus dueños originarios se encuentra el conde Ceizolf de Spanheim, quien, además, fundó un nuevo linaje con el apellido Osterwitz. En 1478, tras la muerte de quien sería su último propietario perteneciente a esta familia, el inmueble y sus dominios fueron devueltos al patrimonio del emperador Federico III de Habsburgo. Tres décadas más tarde, en 1509, la fortaleza fue cedida por el emperador Maximiliano I a Matthäus Lang von Wellenburg, Obispo de Gurk, que patrocinó unas importantes obras de remodelación y reforma de la edificación. Posteriormente, en 1541, tras el fallecimiento del obispo, son los Khevenhüller, sus actuales propietarios, los que se hacen, primero, con los derechos prendarios, de la mano de Cristóbal Khevenhüller de Aichelberg, con la venia del Archiduque de Austria Fernando I, y en 1571 lo adquieren mediante compra. Georg Khevenhüller, consejero privado del Archiduque Carlos II de Estiria y gobernador de Carintia, toma posesión plena y convierte el emplazamiento, con su ciudadela, en el gran baluarte defensivo que a día de hoy todavía puede admirarse.

Alucinado por el encanto, por el hechizo, por la grandiosidad de la construcción, alzada sobre un pétreo promontorio en el centro de un hermoso valle rodeado de montañas, el redactor jefe de *Crónica Zero* no pudo evitar

trasladarse al pasado para recrear con su imaginación una de las muchas batallas que por allí se libraron entre las huestes del Sultán Mohamed II, conquistador de Constantinopla en 1453, y los soldados y mercenarios al servicio de Federico de Habsburgo, archiduque de Austria y Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico. Batallas de las que Hochosterwitz y su privilegiado entorno fueran a la vez testigo y escenario. Incluso hubo momentos en los que le pareció oír el fragor de una lucha cruenta y encarnizada entre austríacos y otomanos: el batir de estoques, espadones y cimitarras; los silbidos de dardos y flechas tirados por los ballesteros y los arqueros desde las almenas; las andanadas de los arcabuces disparadas desde las aspilleras de torres y paramentos; el relinchar de los caballos y los gritos desgarrados de dolor de los combatientes que caían heridos y terminaban pereciendo, entre las plegarias e invocaciones de los unos al Creador, el Salvador o el Espíritu Santo y al Justo, Generoso y Clemente *Al-lāh* de los otros. Hasta que los reparos, los gruñidos y los lamentos proferidos entre dientes por el subinspector de la Comisaría del Retiro le estropearon su *mentale tournée* en el tiempo por la Europa del *Quattrocento* y le devolvieron al presente.

—¡Todavía no me he acabado de enterar por qué leches estamos aquí! —bufó el policía—. No sé dónde ni cuándo, pero está claro que he perdido el hilo y que ya no tengo ni puñetera idea sobre lo que estamos buscando exactamente... —masculló cuando llegaban a la puerta duodécima y se paraban ante la reproducción del escudo de armas de los Khevenhüller.

—Estamos en este lugar, mi muy querido amigo, porque hasta aquí nos han traído las pistas del caso que investigamos —le replicó Alex, vocalizando despacio y con un deje burlón, para hacer descollar la aparente torpeza de su compatriota y su supuesta limitada capacidad de comprensión.

—¿De qué pistas y de qué caso hablas, si se puede saber? —preguntó Sánchez, echando su espalda sobre el esgrafiado deslucido y raído situado en el pilar de una falsa poterna, para reponerse del cansancio por el esfuerzo realizado.

—En el expediente policial sobre el asesinato del biólogo Victor Joseph Steiner que ayer pudimos consultar en el cuartel general de la Policía Federal austríaca, como ya creo que te expliqué esta mañana mientras desayunábamos, encontramos la reproducción fotográfica de unos viejos documentos en los que se hace referencia a este castillo —le respondió el redactor jefe de *Crónica*

Zero, que se detuvo frente a él, apoyándose en el pilar de enfrente—. Dichos documentos fueron escritos por un tal Leonard Wilhelm Von Steiner, caballero templario al servicio de Luis IV de Baviera, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico allá por el siglo XIV, entre 1328 y 1347, que pudo ser antepasado del abuelo de Gerda Steiner, la agente alemana abatida en Madrid cuya muerte investigamos. —Alex había sacado su bloc de notas y lo consultaba, pasando hoja tras hoja con la mano que previamente había expuesto a la intemperie tras despojarse del guante de lana con el que la protegía. Para entonces la nieve y la ventisca ya arreciaban—. Si en vez de irte a tomar un café con un *brandy* a la cafetería de al lado nos hubieras acompañado durante las pesquisas que hemos llevado a cabo en el pueblo, estarías mucho más enterado de en qué punto de la investigación nos hallamos. —El periodista le hizo un guiño de complicidad a la teniente Baumann, sin que el subinspector se percatara de ello, y prosiguió—: Hemos echado un vistazo en el registro civil de Sankt Veit y en el registro bautismal de la parroquia de la localidad, que, por cierto, es bastante antiguo. El apellido Steiner se transmite de padres a hijos durante generaciones a través de dos o tres ramas familiares, una de las cuales, en efecto, se corresponde con la estirpe del biólogo Victor Joseph Steiner y su descendencia. Además, hemos visitado la hemeroteca en la biblioteca pública municipal, donde nos hemos topado con una noticia curiosísima sobre un suceso acaecido entre los muros de esta fortaleza en 1985 y protagonizado por Jacob Abraham Steiner...

—Bueno, todo eso está muy bien, pero no me toques los cataplines porque te corto el rollo y nos volvemos para casa, que ya me estoy excediendo en mis atribuciones como funcionario del Cuerpo Nacional de Policía del Reino de España y metiéndome en camisa de once varas —replicó el subinspector—. Como sigamos por el camino que vamos mucho me temo que esta gran aventura nos puede salir por una pasta gansa. Las dietas del ministerio no dan para tanto.

—No te preocupes por el dinero, mi querido amigo. Sabes que no me gusta ir de gorra —le tranquilizó Alex—. Ya le pasaré yo también mi cuenta de gastos al gerente del periódico. Y con más motivo, si esta historia por la que hemos sido absorbidos tiene un final feliz. Además, supongo que la Bundeskriminalamt también pondrá de su parte... —añadió, sonriendo a la representante de la Oficina Federal de Investigación Criminal alemana.

—Lo de absorbido lo dirás por ti, porque en lo que a mí respecta tanto

misterio empieza a fastidiarme. Me siento como si estuviera jugando a la caza del tesoro —repuso Fran, tras sacudirse unos copos de la nevada acumulados sobre su hombro izquierdo—. Pero todavía no me has dicho qué es lo que hemos venido a buscar en este castillo, si es que hemos venido a buscar algo —insistió.

—Un mapa tal vez —contestó Alex sin convicción alguna.

—¿Un mapa?

—Eso creo, querido amigo —asintió el redactor jefe de *Crónica Zero*—. El mapa que el tal Leonard Wilhelm Von Steiner —explicó a continuación— menciona en la misiva que desde su presidio en Tierra Santa dirige al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con las indicaciones sobre dónde y cómo localizar en Egipto las ruinas del templo solar de la antigua Heliópolis entre las que se oculta desde tiempos del faraón Akenatón las claves para entender los grandes arcanos relacionados con el origen, la evolución y el destino del *homo sapiens*...

—¿Tío, tú te has fumado un porro? —le espetó Fran, medio en broma, medio en serio, interrumpiéndole.

—...El *Compendio de la Excelsa Doctrina Revelada*, libro en el que se fundamenta la *Hermandad de los Hijos de Osiris*, de la que luego habrían de derivar fraternidades como la rosacruziana —prosiguió el periodista, haciendo caso omiso al comentario irónico del subinspector—. El nombre de Leonard Wilhelm Von Steiner, como todo parece indicar, puede corresponder a la identidad auténtica del supuesto caballero cruzado que, tras sus viajes y sus experiencias por Oriente, creó y dio a conocer en Occidente la Antigua y Secreta Orden de la Rosa Roja y de la Cruz Dorada, llamado Christian Rosenkreuz, según la tradición esotérica...

—¿Pero es que esperas encontrar aquí lo que hace siete siglos se supone escondió ese tipo?

—No, aunque tampoco es un imposible. ¡No estuvo oculto el tesoro de Tutankamón durante más de tres mil años hasta que fue desenterrado en 1922! ¡Y cuántos saqueadores, exploradores, aventureros, arqueólogos no pasarían por allí, por los alrededores de la tumba, antes que Howard Carter!

El suceso acaecido en 1985 en Hochosterwitz sobre el que hallaron información en la hemeroteca de la biblioteca municipal de Sankt Veit tuvo lugar la madrugada del cinco al seis de diciembre, durante la celebración de la

Krampusnacht^[52], y estuvo relacionado con un sangriento crimen que costó la vida a unos críos que murieron sacrificados en lo que se supone fue una especie de ritual vampírico-demoníaco. Tres pequeños de entre cinco y ocho años, dos de ellos de nacionalidad francesa y el otro de nacionalidad brasileña, que permanecieron secuestrados durante varias semanas y cuyos cuerpos se encontraron degollados en un pozo de trece metros de profundidad situado en la esquina norte del patio grande del castillo, al lado de la capilla, donde antes de ser asesinados fueron sometidos a toda clase de tormentos, como si de un experimento se tratara. Sobre el altar del recinto consagrado bajo la advocación de San Nicolás la policía que se ocupó del caso halló una túnica talar hecha con piel de carnero de pelaje oscuro, una máscara siniestramente grotesca realizada con la cabeza y las fauces de un lobo, coronada por una retorcida cornamenta, un biello de labranza de afiladas puntas, una daga templaria original, con más de setecientos años de antigüedad, y una copa de latón bañado en oro en cuyo interior aún quedaba resto de sangre humana. La prensa local que se hizo eco de los hechos recordó la histeria colectiva que en la zona y sus alrededores se vivió en el siglo XVII ante el pánico provocado en la población por los frecuentes ataques de supuestos individuos no muertos o resucitados regresados de sus fosas sepulcrales que dejaban exangües a sus víctimas. Hasta tal punto que la emperatriz María Teresa, tomándose muy en serio la cosa, hubo de intervenir para contenerla. También trajo a colación la leyenda negra en torno al que fuera Obispo de Myra, hoy conocido en todo el mundo como Santa Claus, y las acusaciones infundadas de las fue objeto por presunta pederastia. Y, por último, el mito del monstruo perverso y depravado que, en el folclore de los países alpinos, antes de la Navidad castiga a los niños malos y se los lleva consigo para devorarlos.

Las pistas recabadas por los investigadores señalaron como principal sospechoso a Jacob Abraham Steiner, que, aunque interrogado en más de una ocasión, no pudo ser detenido. Se esfumó horas antes de que fueran a prenderle, una vez reunidas las suficientes pruebas como para sostener una acusación firme contra él por la presunta autoría de aquella atrocidad, y durante más de veinte años nada habría de saberse sobre su paradero.

—¿Y dices que toda esa historia tan casposa y horripilante ocurrió aquí?
—preguntó el subinspector cuando se hallaron ante la cripta sagrada.

—Así es —asintió Alex, a la vez que accedía al interior, después de que uno de los empleados encargados de vigilar, mantener y conservar aquel gran monumento del patrimonio histórico y cultural austríaco, que les había ido guiando en el ascenso sin apenas cruzar con ellos palabra alguna, les franqueara la entrada.

En la capilla, el redactor jefe de *Crónica Zero* examinó minuciosamente, como si se tratara de un experto, los frescos que adornaban la cubierta abovedada, con retratos de los doce apóstoles y escenas del *Nuevo Testamento*, un cuadro con la representación del primer propietario de Hochosterwitz, perteneciente a la familia Khevenhüller, acompañado de su primera y su segunda esposa, más sus siete hijos, y el ara de madera envejecida empotrada en la pared frontal, con decoración barroca, amén de otros detalles. El subinspector y la teniente Baumman se mantuvieron, entretanto, como convidados de piedra e intercambiaron sus miradas preguntándose qué es lo que estaría figoneando allí el periodista que pudiera serles de utilidad.

Muy metido en su papel, Alex salió, al cabo de unos minutos, una vez inspeccionado todo lo que estimó de interés, y los demás le siguieron hasta el otro patio existente, utilizado como terraza para el servicio de restaurante puesto a disposición de los visitantes durante la temporada de primavera-verano. Atravesó el espacio rectangular, flanqueado por una galería arqueada, cubierta con techumbre de doble vertiente en cada uno de sus cuatro costados, desde la que se accedía a diversas dependencias, y se detuvo junto al brocal del segundo pozo con garrucha, el mencionado en la copia de aquella carta supuestamente escrita en el siglo XIV, que era el que en realidad buscaba, llevándose una profunda decepción al encontrárselo sellado.

—¿Qué esperabas? ¿Tenerlo abierto para extraer un cubo de agua? —le espetó Fran, en cuanto llegó a su lado y advirtió la cara de frustración de su amigo.

El empleado, un señor ya de edad, que probablemente llevaba prestando sus servicios allí bastante tiempo, explicó en alemán que la boca había sido tapiada con hormigón para evitar posibles accidentes con los turistas más osados y curiosos. Aunque poco antes de que se adoptara esa medida un equipo científico formado por arqueólogos, geólogos y espeleólogos efectuó una inmersión para tratar de localizar en sus profundidades vestigios de asentamientos de época prerromana.

Lejos de arredrarse en su empeño de sacar algo en claro de aquella visita, el redactor jefe de *Crónica Zero* rogó al guía que les permitiera echar un vistazo rápido en el museo. El hombre se resistió y puso todas las pegadas habidas y por haber. Hasta que la teniente Baumann intervino, poniéndose melosa y tirando de su indiscutible encanto femenino, para lograr que al final cediera.

Precedidos por el empleado, los tres recorrieron las salas en las que se conservaban y exponían al público armas y otras muestras diversas de equipamiento e indumentaria de uso militar con siglos de antigüedad: piezas de artillería ligera y pesada, arcabuces de ruedas, caballetes de hierro, mosquetes, alabardas, picas, hachas, corazas, capacetes, ballestas y espadas; numerosos y valiosos objetos de arte, como cubertería de plata y bronce, candelabros y grandes retratos de algunos dinastas de la vieja nobleza austríaca relacionados con el castillo, o con sus propietarios, en uno de los cuales repararía y fijaría su atención el periodista.

—¿Quién es ese tipo feo, gordo y con cara de chalado? —le preguntó Sánchez, refiriéndose al personaje cuya imagen observaba con minuciosidad su amigo y compañero de viaje.

Pero Alex no le contestó, sino que se acercó más al cuadro para leer la inscripción labrada sobre el barniz en la parte inferior del marco: *Rvdolphvs secvndvs divina favente clementia electus Romanorum Imperator, semper Augustus. Anno Domini 1586*^[53].

—¿Quién se supone que es el individuo este? —insistió el subinspector—. A mí me recuerda mucho, no sé por qué, al rey Felipe II de España, tal y como aparece retratado en un cuadro que no recuerdo si vi en El Escorial o en El Prado.

—Pues no vas muy mal encaminado —le respondió el redactor jefe de *Crónica Zero*—. Es precisamente su sobrino, Rodolfo II de Habsburgo, archiduque de Austria, rey de Hungría y de Bohemia y máxima autoridad del Sacro Imperio Romano Germánico. En su calidad de emperador estuvo aquí en 1586, se supone que para conjurar una crisis, relacionada con la titularidad del trono en el Principado de Transilvania, que, poco más tarde, daría lugar a la llamada Guerra de los Quince años. Y digo que se supone, porque tal vez también viajó en aquellas fechas a Hochosterwitz por otros motivos... —apostilló añadiendo un toque de suspense.

—¿Qué motivos, si puede saberse? —se interesó Sánchez.

—Bueno, esto no es más que mera especulación, pero especulación que no resulta descabellada, teniendo en cuenta que Su Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico fue muy aficionado al ocultismo, la alquimia, la astrología y un gran coleccionador de manuscritos relacionados con la magia, el misticismo y rarezas de ese estilo. Tanto que en su corte de Praga se rodeó de matemáticos, médicos, astrónomos, naturalistas, esoteristas y algún que otro farsante. Así que no es de extrañar que llegara a sus oídos rumores sobre la existencia en este rincón de Carintia de objetos de gran valor relacionados con los autoproclamados originarios y auténticos rosacruces y viniera expresamente a llevárselos —le explicó Alex, mientras seguía contemplando el retrato y se dejaba arrastrar por su imaginación, sin apartar su mirada de los ojos de aquel representante de los Habsburgo que acabó siendo considerado un loco, como si en la expresión de los mismos detectara, aparte del reflejo de la emoción del instante, una suerte de mensaje con un significado cognitivo mucho más profundo—. No hay constancia histórica de ello, solo de que estuvo aquí. Aunque sí se han encontrado indicios que apuntan en esa dirección en las copias de la correspondencia intercambiada entre el soberano y Georg Khevenhüller, caballero, mayordomo, secretario y consejero imperial, además de dueño y señor de este castillo —aclaró a continuación el periodista al tiempo que se giraba sobre sí mismo como para localizar en los expositores de la sala algo nuevo en lo que fijarse—. De igual modo que no la hay respecto de Napoleón Bonaparte... —agregó.

—¿Napoleón Bonaparte? —se sorprendió Fran, que prestaba más atención de la acostumbrada al relato de su amigo.

—Sí, Napoleón. —Alex se detuvo ante una vieja pieza de artillería de la colección que para el recuerdo dejaron las tropas del emperador de los franceses—. Aprovechando la toma en 1797 de la cercana ciudad de Klagenfurt, cuyas murallas mandó demoler antes de retirarse, el entonces general de la República Francesa visitó de incógnito Hochosterwitz con su guardia pretoriana y ordenó efectuar una intensa exploración, no solo ya del interior del pozo, sino incluso de los enclaves más insospechados de este gran complejo fortificado, buscando no se sabe qué exactamente. Hay unos que afirman que lo que perseguía eran pruebas de una presunta conspiración monárquica contra la Revolución. Sin embargo, hay otros que aseguran que, como buen francmasón, tras lo que iba era la fuente de cierto poder

sobrenatural que una corriente de la tradición esotérica, de la que había oído hablar en los círculos de París, ubicaba por estos lares. Sea como fuere, lo que parece que Bonaparte pudo encontrar entre las piedras de este castillo es la verdadera razón por la que un año después se aventuró a emprender la campaña para arrebatar al imperio turco otomano su dominio sobre la antigua tierra de los faraones, según refieren autores expertos en temas de masonería...

Cuando descendían, efectuando el camino de vuelta, una vez dado por concluido el paseo por el castillo, a la altura de la denominada Puerta de los Ángeles, oyeron una primera detonación semejante a un tiro de escopeta que les alarmó y les impulsó instintivamente a hallar un muro tras el que parapetarse. A pesar de que no tenían ni idea de dónde procedía el peligro, en el supuesto de que estuvieran siendo víctimas de un ataque. Al cabo de unos segundos, el impacto de una segunda detonación les confirmó lo que ya se temían. El cartucho del arma de fuego que habían oído sonar en medio del silencio y la bruma de aquel paisaje, semejante al de una película de terror gótico filmada en blanco y negro, hizo diana en uno de los pilares sobre los que se sustentaba el arco con la bóveda y el relieve de la figura alada.

—¡Maldita sea! —imprecó Fran, sacando su pistola reglamentaria y tratando de apuntar hacia el lugar desde el que suponía que les estaban disparando, mientras la teniente Baumann hacía lo propio—. ¡Nos quieren acribillar a balazos!

Sin embargo, no todos se protegieron debidamente, porque, tras el estampido de una tercera detonación, el guía que les acompañaba resultó levemente herido en un brazo por un proyectil que no iba dirigido contra él, sino contra el subinspector, el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* o la agente de la Bundeskriminalamt.

Cuando los disparos cesaron, y mientras Alex se ocupaba de atender al empleado, que, de la impresión más que del dolor, había terminado por desplomarse sobre el suelo, Sánchez y Baumann salieron del puesto en el que se habían atrincherado con el propósito de contraatacar, localizar y, a ser posible, capturar al sujeto o los sujetos que acababan de atacarles.

—¡Allí! —señaló el periodista, advirtiendo a lo lejos, en un recodo de la bajada, la presencia de un individuo que, recortada semiautomática en mano, emprendía la huida.

Los dos policías corrieron para tratar de detener al tipo. Un hombre

aparentemente joven y ágil, ataviado con una trenca impermeable color grisáceo, que, como alma que lleva el diablo, traspuso la tercera, la segunda y la primera puerta en menos que canta un gallo y en la explanada de la oficina de recepción subió a un Skoda Octavia con el que se esfumó, después de reventar los neumáticos de los otros dos coches estacionados en el aparcamiento para que no pudieran seguirle.

Alex y la teniente Baumann, con el beneplácito del subinspector de la Comisaría del Retiro, repitieron la experiencia de la noche anterior y bajaron juntos al restaurante del Pertschy Palais. Los dos volvieron a acompañar el menú por el que se decidieron, un *tafelspitz*^[54], él, y los *kasnudeln*^[55], ella, con un reserva de *pinot noir* joven exquisito. En lo que no repitieron fue en lo que se refiere a la conversación que mantuvieron durante la velada, después de un día tan ajetreado como el que vivieron, con la excursión exprés al estado de Carintia y el susto que al final de la misma sufrieron, convirtiéndose en el blanco de un francotirador misterioso que acabó desapareciendo. En lugar de hablar sobre el caso que investigaban y reflexionar sobre el interesante y sugerente tema de la inmortalidad, esta vez los dos optaron por empezar a intimar, como prueba de que la atracción entre ambos existía y era mutua.

Mientras saboreaba la pasta rellena de queso, hojas de menta y ciruelas con los modales de una princesa, la funcionaria de la Oficina Federal de Investigación Criminal ponía en conocimiento de su comensal, a petición de este, episodios de su biografía.

—Nací en Alicante. Mi padre viajó a la comunidad valenciana para realizar una transacción con una empresa inmobiliaria en la que, casualmente, trabajaba mi madre como auxiliar administrativo. Así fue como coincidieron y se enamoraron. Luego se casaron, fijaron su residencia en Benidorm y vine al mundo yo —refirió Baumann—. Más tarde, cuando cumplí los ocho años de edad, nos trasladamos a Alemania y nos instalamos en Múnich, ciudad en la que crecí y me eduqué, hasta que con apenas veintiún años ingresé en la academia de policía de Münster —añadió, sin un ápice de nostalgia, como quien reproduce una lección bien aprendida y no como quien recuerda con emoción su pasado, cosa que no pasó desapercibida para el redactor jefe de *Crónica Zero* y que incluso desconcertó a este, aunque solo fugazmente—. A partir de ahí tampoco hay mucho que contar. No soy tan vieja como tú —dijo,

bromeando, con una sonrisa y una mirada que al periodista le habría provocado un conato de erección, si le hubiera pillado con veinte años menos.

Llegado su turno, Alex le proporcionó una reseña breve de su trayectoria personal y profesional, después de probar si había acertado o no con la elección del plato y, en particular, de la carne.

—¿Cómo os conocisteis Sánchez y tú? —quiso saber la teniente, una vez oído su relato, entre los sonos de los instrumentos de la Orquesta Filarmónica de Viena, que interpretaba las partituras de uno de los conciertos para violín de Beethoven.

—Los dos procedemos del mismo pueblo de la provincia de Sevilla. Aunque entablamos amistad en Madrid —respondió él—. Fran estaba de servicio participando en un dispositivo de vigilancia, tras un atentado de la banda terrorista Eta en una de las calles céntricas de la ciudad, y yo me estrenaba aquel día como reportero cubriendo para mi periódico el suceso...

Cuando aguardaban los postres, ella se interesó por su vida sentimental y le preguntó si estaba soltero o casado. Pero, además, lo hizo en un tono de afectación tal del que, sin duda alguna, cualquiera que la hubiera visto y oído se habría dado cuenta. Cualquiera excepto Alex, claro, que en lo de relacionarse con las mujeres era la ingenuidad personificada en estado puro. Y no solo por falta de seguridad en sí mismo, como pudiera suponerse, sino también por un exceso de respetuosidad mal entendida hacia el otro sexo, fruto de cierto trauma amoroso de su más lejana adolescencia.

—No me casé por muy poco, a pesar de que ni creía ni creo en el matrimonio. Me quedé compuesto y sin novia, casi a las puertas de la iglesia como quien dice —se sinceró el periodista, pensando que con ello tocaría la fibra sensible de la chica y estaría más a su alcance la posibilidad de tenerla a punto de caramelo para el final de la velada—. La única tía a la que creo que he amado me plantó, sí, y después de ese amargo trance, que habría de marcarme para siempre, no me tropecé con ninguna otra como para dar ese paso. O, mejor dicho, tal vez sí que me tropecé con alguna otra, pero o no me percaté como es debido o no acompañaron las circunstancias. La verdad es que no he tenido éxito en el amor, no gusto lo suficiente...

—Pues a mí me gusta —confesó la teniente, que, después de las varias copas bebidas, ya no tenía pinta de policía, si es que alguna vez la tuvo, sino de joven tan camelada como con ganas de camelar—. Y me gusta lo bastante —repitió antes de paladear la muy apetitosa ración de tarta de Linz que

acababan de servirle.

Alex se estremeció en su asiento. Le parecía demasiado bonita y excitante la idea de compartir cama con la agente de la Bundeskriminalamt como para que pudiera hacerse realidad. Aunque la posibilidad también le inquietaba, porque, a sus cincuenta y pico, no sabía si estaría a la altura de lo que la situación exigiría de él. O, para ser más exactos, no sabía si lo estaría su miembro viril.

Completamente desinhibidos por los efectos del vino y el *schnap*^[56] con el que pusieron punto y final a la cena, incluso se atrevieron a adentrarse en una incipiente fase de tonteo, sin perder las formas, por supuesto, y manteniendo la debida discreción, mientras permanecieron en el salón comedor, donde se encontraban reunidos otros clientes. Pero, cuando entraron en el ascensor para subir a la planta cuarta del hotel, los dos mandaron la discreción y las formas al cuerno. Ella tomó la iniciativa y dio el primer paso besándole. Él, ardiendo de deseo, aunque con la torpeza para estos menesteres que le caracterizaba y que tenía más que asumida, porque incluso podía resultar encantadora y servir de acicate para su partenaire, la tomó por la cintura, la apretó contra sí, aproximó su cara a la suya y con la boca buscó su boca, como si a través de esta quisiera succionarle no ya solo la lengua, sino todo su ser. A la puerta de la habitación individual en la que se alojaba la teniente Baumann, ubicada justo en frente de la doble que ocupaba con el subinspector, aceptó la invitación. Como diría Fran, valiéndose de uno de sus símiles taurinos preferidos, hacía ya mucho que no cortaba orejas y rabo y ya iba siendo hora de que lo intentara...

AN. 1594



*«Cuanto más adelanta el hombre
en la penetración de los secretos de la naturaleza,
mejor se descubre
la universalidad del plano eterno»
(Johannes Kepler)*

Hochosterwitz
Carintia
Anno Domini 1586

XIII

EI EMPERADOR ALQUIMISTA

La decimocuarta puerta se abre para dejar el paso libre a la comitiva imperial presidida por su Cesárea Majestad Rodolfo II de Habsburgo. El soberano, flanqueado por una treintena de alabarderos de su guardia tudesca, seguido por su ayuda de cámara y su personal de servicio, y precedido por su portaestandarte, va acompañado de un anciano de poblada barba y largas greñas canas ataviado con una túnica blanca que le llega hasta los talones, al modo de los antiguos druidas. En el patio del castillo le esperan el gobernador de Carintia, Georg Von Khevenhüller, dueño y señor de la fortificación, así como su plantel de primeros subalternos, prestos a recibir al augusto emperador, con su corte, para ponerse a su disposición, después de manifestarle la oportuna y obligada reverencia. Mientras, desde las almenas de la torre principal, el sonido de las trompetas ahoga el rechinar de los cascos herrados de los caballos sobre el empedrado del pavimento.

Cuando la comitiva se detiene, el ayuda de cámara y uno de los criados descabalgan primero y auxilian al emperador para que haga lo propio sin que tenga que esforzarse. Luego, el portaestandarte se adelanta y, dirigiéndose al comité de recepción, anuncia:

—Su Cesárea Majestad del Sacro Imperio Romano Germánico, Rodolfo II de Habsburgo, Archiduque de Austria y Rey de Hungría y de Bohemia.

En las almenas de la torre principal vuelven a escucharse las trompetas y en el patio el relinchar de algún que otro caballo.

El dueño y señor de Hochosterwitz, gobernador de Carintia, da un paso al frente y delante del soberano hace amago de efectuar una genuflexión para mostrar sumisión, lealtad y respeto a su autoridad. Pero, antes de que llegue a doblar la rodilla en tierra, el emperador le invita a incorporarse y, después de acomodarse el tocado —una flamante gorra de copa fabricada con piel de castor, engalanada con pluma y adornada con las insignias reales—, le pregunta, olvidándose del protocolo:

—¿Lo tiene?

—Lo tengo —le responde Von Khevenhüller.

El monarca, que viste sobriamente herreruelo y jubón de color negro, confeccionados con tejido procedente de Flandes, y luce sobre el cuello rígida gorguera, mira al viejo de poblada barba y largas greñas canas que está a su lado y asiente. Este, a su vez, le devuelve la mirada y le sonríe más que complacido.

El hombre de túnica blanca y apariencia de sacerdote pagano es Mordecai Nathaniel, judío supuestamente convertido, que, además de la alquimia, la medicina y la astronomía, practica la nigromancia y la taumaturgia. Uno de los más extravagantes personajes de los que se ha hecho rodear Rodolfo II de Habsburgo, que no cuenta con el favor ni la simpatía de Tadeás Hájek, el médico y consejero de mayor confianza del emperador. Y ello a pesar de que gracias a su muy útil contribución se ha podido desenmascarar a más de uno de los muchos embaucadores que tratan de enriquecerse introduciéndose en la Corte de Praga y aprovechándose del exceso de credulidad de su Cesárea Majestad y su debilidad por todo lo relacionado con el ocultismo y el misticismo. Porque, a los ojos de Hájek, Mordecai Nathaniel no es sino un estafador más, surgido de no se sabe dónde, que no presume de poseer la fórmula para transformar los metales innobles en oro y plata, a diferencia de los charlatanes, embusteros, truhanes y bribones que sí lo hacen para engañar y timar a los incautos de turno, pero sí proclama conocer el modo de llevar a cabo un prodigio aún más asombroso y su voluntad de revelárselo al soberano a cambio de nada. Aunque, estafador o no, este hijo de Israel, que, según aseguran, tiene muchos más años de los que aparenta, y los que aparenta no son precisamente pocos, ha demostrado una formación más que eminente en el ámbito de las ciencias para preservar la salud humana. Sobre todo en lo que se refiere al dominio de las técnicas de la naturopatía más diversas y más

eficientes para curar enfermedades, recopiladas en un vademécum que ha publicado y que se ha hecho célebre en toda Europa, lo que no es muy del agrado de los demás galenos al servicio del titular de la corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Mordecai Nathaniel dice ser heredero del linaje del Rey David y descendiente directo, además, del rabino hebreo que a finales del siglo V antes de Cristo redactó el original del llamado Libro de Esther, uno de los textos canónicos que componen las escrituras sagradas del judaísmo y también la Biblia cristiana. Más que un converso puede afirmarse que es un judío que ha hecho apostasía de su fe para erigirse en agnóstico y actuar como un librepensador muy sui generis, después de empaparse con el saber de las primeras grandes civilizaciones que se desarrollaron a orillas del Mediterráneo Oriental y los valles de Mesopotamia, entre las riberas del Tigris y el Eufrates. En particular, la historia, la filosofía, la religión, las tradiciones, las creencias, las leyes y los olvidados conocimientos de sumerios, acadios, persas y babilonios sobre las Maravillas de la Madre Tierra, la Magia de los Números, los Secretos de las Estrellas y los Misterios de Mitra, así como el culto al Sol Invictus, que habría de causar furor entre los legionarios romanos los siglos primero, segundo, tercero y cuarto de nuestra era.

Llegó a la capital de Bohemia el año de Nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos ochenta y cinco, bajo los auspicios del Rabino Judah Loew ben Bezalel, procedente de Adelberg, localidad del Ducado de Wurtemberg, en cuyo seminario protestante se refugió, huyendo de las garras de la Inquisición de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, para ejercer la docencia. Allí tuvo la oportunidad de contactar con un entonces jovencísimo pero aplicado Johannes Kepler, al que, según se cuenta, pudo transmitir algunas de las ideas que luego servirían al célebre astrónomo y matemático alemán para enunciar las leyes de los movimientos de los planetas. Y fue también el maestro Judah Loew quien le abrió las puertas de la Corte del emperador y, a la sazón, las de la Academia Alquimista Praguense, donde asombró a profesores y a discípulos, no con su pericia sobre la transmutación de elementos químicos a su antojo, aunque sí con demostraciones, manifestaciones y exhibiciones de no mucho menor calado. Entre ellas, la revelación de curiosidades relacionadas con la cosmología y los fenómenos astrales, en particular con la Constelación de Cetus; la

divulgación de varios adelantos técnico-sanitarios, como un instrumento para la administración de fármacos mediante inyección intravenosa, basado en nociones de anatomía y funcionamiento del sistema circulatorio de la sangre, que ya poseía antes de que Servet y Harvey publicaran sus obras, similar en lo fundamental —salvando las distancias— a la jeringuilla hipodérmica que habría de concebirse siglos más tarde, pero que nunca se puso a prueba y resultó inutilizable. Así como la explicación de propiedades y aplicaciones de elementos químicos, cual es el caso del antimonio, y la transmisión de un sinfín de descubrimientos en el campo de la botánica con fines medicinales, todo ello desconocido por aquella época en el Viejo Continente. E incluso el diseño y construcción de un artilugio un tanto rudimentario equiparable a un telescopio, algunas décadas antes de que este invento fuera patentado, en 1592, por el fabricante de lentes Hans Lippershey.

A la hora del crepúsculo, Von Khevenhüller honra al emperador con un banquete en el que se dan cita destacadas personalidades de la región: autoridades civiles, militares y religiosas; representantes de la nobleza y la aristocracia; propietarios de tierras y comerciantes más adinerados del lugar y todos sus contornos. El dueño y señor de Hochosterwitz agasaja a Su Cesárea Majestad y a los demás invitados al festín con las mejores viandas de ganado vacuno y porcino, recién sacrificado, disponibles en sus almacenes, y con los caldos más refinados de sus bodegas. Un continuo e incesante trasiego de criados y criadas se registra desde el salón-comedor principal del castillo hasta las cocinas, y viceversa, mientras los comensales deleitan su paladar con la carne asada y condimentada de los platos succulentos que les sirven y el contenido de las copas de plata bruñida puestas a su disposición que varios atentos escanciadores se ocupan de que estén siempre llenas. Además, también deleitan la vista, con espectáculos de malabaristas, acróbatas y danzantes, y el oído, con el acompañamiento de un grupo de músicos que, a modo de una orquesta de cámara, pero interpretando composiciones líricas más alegres que tristes, desde un rincón de la estancia hacen sonar sus instrumentos: violas de gamba, sacabuches, flautas, laúdes y chirimías.

En el centro de la mesa se sitúa el soberano del Sacro Imperio Romano Germánico, flanqueado a su izquierda por su anfitrión, el gobernador de Carintia, y a su derecha por el individuo de poblada barba, largas greñas

canas y túnica blanca, con el que conversa animadamente.

—La inmortalidad es un fin que los hombres no deberíamos perseguir —proclama Mordecai Nathaniel, después de beber un sorbo del tinto procedente de los viñedos sembrados en los predios comunales propiedad del obispado.

—¿Y por qué a juicio de vuestra merced los hombres no deberíamos perseguirla? —pregunta el emperador, antes de dar bocado al pedazo apetitoso de costilla de cerdo, horneada con su propia grasa y aderezada de especias importadas de España e Italia, que acaba de trinchar y blande con su diestra.

—Porque si lograra alcanzarse, Majestad, las grandes virtudes de la naturaleza humana dejarían de tener sentido y, por el contrario, se multiplicarían los defectos —contesta el anciano al que el monarca ha brindado su protección por ser considerado un sabio entre los sabios.

—Lo afirma vuestra merced como si tuviera experiencia en lo que a disfrutar de tal condición se refiere —señala el dinasta de los Habsburgo, mientras se deshace del hueso que ha mondado, con la voracidad de un hambriento, en vez de la moderación que podría esperarse de un rey que se supone bien saciado, y se limpia el mentón sobre la manga.

—Lo afirmo, Majestad, porque la poseo, como la puede poseer vos o cualquiera de los que estamos aquí reunidos, si se lo propusiera. No hay más que detenerse a analizar el pasado de la humanidad desde sus comienzos hasta el tiempo presente y entender lo que se nos ha transmitido —responde Mordecai como si estuviera pronunciando una adivinanza o acertijo—. Pretender ser inmortal, además de ir contra natura, es incurrir en un acto de egoísmo y soberbia. Solo podemos y debemos aspirar a perpetuarnos como especie —asevera con el semblante y la guisa de quien dicta un veredicto nefando.

—¿Y por qué estima vuestra merced que, a pesar de lo que dice, se persigue como el más grande y valioso de los tesoros? —continúa el emperador, tras morder una hogaza de pan blanco.

—Se persigue, Majestad, porque forma parte de nuestro instinto aferrarnos a la vida como lo hace la mayoría de los animales. Pero se persigue también, Majestad, como se persigue el summum de la sabiduría, a pesar de intuir que, cuanto mayor sea nuestra aproximación a esa meta, mayores serán nuestra decepción, nuestra desolación y nuestro

sufrimiento...

En medio de la sala una bailarina bella y esbelta se mueve como si flotara y se contornea como si careciera de rígida osamenta bajo su piel, sus tejidos y sus músculos, al compás de una rítmica melodía de notas altas y bajas repentinas entremezcladas con notas medias repetidas y prolongadas. Una joven rubia platino con cara de serafín, y físico voluptuoso de cortesana oriental, en cuyos ojos hipnotizadores no puede evitar clavar su mirada el monarca, ni las suyas el dueño y señor de Hochosterwitz y el octogenario erudito que a su lado se sientan.

Tras el gaudeamus, el emperador, Mordecai Nathaniel y Von Khevenhüller se retiran a los aposentos privados de este último. Su Cesárea Majestad está ansioso por ver y tocar con sus propias manos lo que ha ido a buscar. De un hueco en la pared, camuflado tras una recreación pictórica de un mito de la Antigüedad Clásica que llama la atención por su erotismo, el gobernador extrae un pequeño cofre de plomo cerrado herméticamente y lo muestra a sus dos acompañantes.

—Aquí está —dice.

Pero Rodolfo de Habsburgo, sin prestar apenas atención, se queda mirando el cuadro que su anfitrión acaba de retirar del muro sobre el que cuelga, admirado por la desnudez de los personajes retratados y la calidad que aprecia en la pintura

—Son Júpiter y Calisto. La obra es de un tal Hans Von Aachen, artista de gran talento, originario de Colonia, que me permito recomendarle — explica Von Khevenhüller, mientras se dispone a accionar la cerradura de la caja sellada de metal, para abrirla y mostrar a sus dos invitados lo que hay en su interior.

El soberano del Sacro Imperio Romano Germánico tiembla de la emoción. Mordecai Nathaniel sonríe, satisfecho. Ante sí tienen un diminuto saquito de esparto, atado por los extremos con un pedazo de cáñamo, que contiene lo que parece ser la semilla en polvo de una planta exótica, y una tablilla de arcilla con una inscripción realizada mediante escritura cuneiforme hace cuatro mil, o quizá cinco mil años, en la ciudad sumeria de Uruk.

—Esta es la Simiente del Árbol de la Vida cuya existencia revelara Utnapishtim a Gilgamesh —recita el judío converso, traduciendo el mensaje epigrafiado sobre la pieza de barro cocido.

Dicho esto, el anciano de túnica blanca, poblada barba y largas greñas canas refiere al emperador y al dueño y señor de Hochosterwitz la historia de cómo llegó hasta él la información sobre el contenido de aquel cofre y su paradero.

—No puedo ni debo, Majestad, revelaros todos los pormenores de cómo tuve conocimiento de la existencia de este secreto y de su ocultamiento en este castillo. No puedo ni debo porque para ello no solo tendría que contaros gran parte de mi azarosa vida hasta encontrar asilo en Bohemia, gracias a su infinita generosidad, sino que, además, me vería en la obligación de incumplir una sagrada promesa y pagar por ello un precio demasiado alto —afirma el sabio—. Pero, como es mi intención satisfacer en lo posible su curiosidad y sus dudas, le diré que hace ya varias décadas, no podría especificar cuántas, cuando todavía disfrutaba de una lozanía y una juventud que por todos los medios habría yo de empeñarme en preservar del paso del tiempo sin conseguirlo, sufrí un accidente en un árido camino de tierra siria que, fruto de la providencia o de la casualidad, fue determinante para mí. Sí, Majestad, tal y como le sucediera a Pablo de Tarso unos quince siglos antes, también yo en la ruta desértica y pedregosa que une Jerusalén y Damasco hube de ser condenado a la oscuridad para luego poder ver la luz. Mas no la luz de Jehová, sino la que está en la Naturaleza de todas las cosas. La cabalgadura en la que yo viajaba tropezó torpemente con un voluminoso guijarro arrancado de una vereda mal conservada que otrora fuera vía de tránsito de las grandes caravanas comerciales entre Oriente y Occidente y di con mis huesos en el suelo, perdiendo la consciencia...

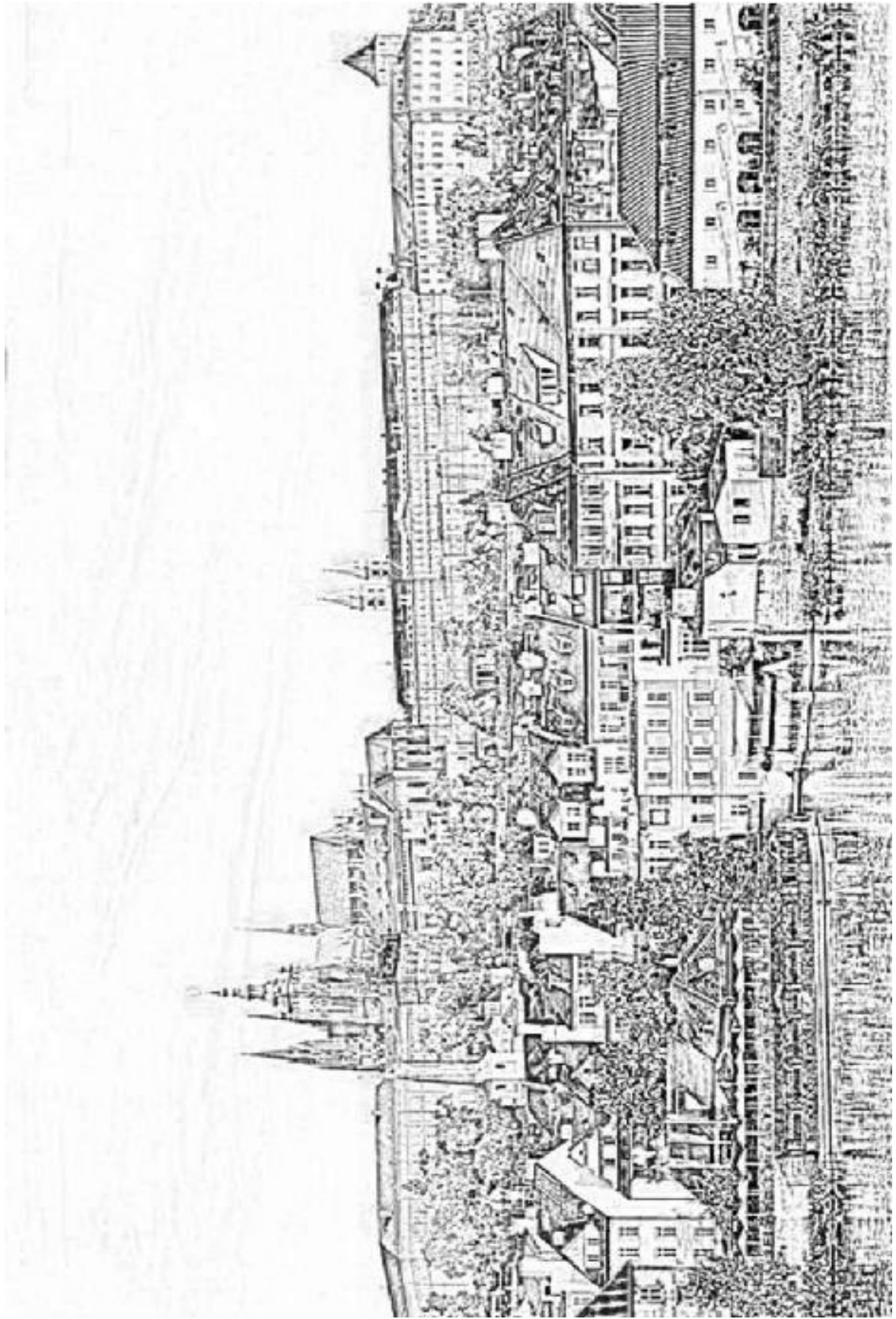
Mientras Mordecai Nathaniel continúa con su relato, el gobernador de Carintia llena una copa de un exquisito aguardiente, elaborado con manzanas, que guarda tras una vitrina, dentro de la cámara en la que se encuentran, y se la ofrece a Rodolfo de Habsburgo, que la toma, sin interrumpir ni un segundo su atención a las palabras del viejo de origen israelita. Seguidamente, Von Khevenhüller coge otra copa, vierte en ella un poco de licor y se la acerca al viejo judío.

—Cuando recobré el sentido, no escuché la voz de Dios, como le ocurriera a Saulo, azote de los primeros seguidores de Jesús de Nazaret, antes de su conversión al cristianismo, sino la de un santo y docto eremita mahometano, miembro de una secta ismaelita, que, después de acogerme en

su humilde morada y ayudarme a sanar de mis heridas, me contó la historia sorprendente de quien fuera preceptor de Al-Hakim, heredero al trono del Califato Faitimí durante el reinado de Abu Mansur Nizar al-Aziz, el año del Señor de novecientos noventa y seis. Un ilustrado profeta y coadjutor de un antiquísimo culto cabalístico, natural de El Cairo, que llegó a vivir más de tres siglos y que tradujo al griego la tan codiciada obra intitulada Compendio de la Excelsa Doctrina Revelada, de la que, desgraciadamente, no se conserva copia alguna. El hombre que antes de morir decapitado, en los calabozos de un sanguinario caudillo al servicio de los mamelucos en Fenicia, habría de transmitir gran parte de su ciencia a cierto caballero alemán relacionado con la Orden del Temple con el que compartió cautiverio. —El anciano de túnica blanca, poblada barba y largas greñas canas efectúa una pausa y se bebe de un trago el aguardiente antes de proseguir—. Pero es que, además, haciendo uso de sus artes adivinatorias el ermitaño me confió, entre otros de sus vaticinios, algunos de ellos relacionados con mi propia persona, la ubicación de la única llave capaz de abrir la puerta para acceder a ese conocimiento milenario. Aunque hízolo con unos versos cargados de metáforas que cantó después de entrar en un estado de trance y de alucinaciones causado por la inhalación del humo procedente de una hierba seca quemada, a la que daba el nombre de “hashish”, mediante un raro artilugio, que hasta entonces yo nunca había visto, semejante a una redoma, con dos orificios en lugar de uno, como las que abundan en los establecimientos de los maestros boticarios. Una estrofa que parecía extraída de una epopeya o un poema épico y cuyo significado hube de desentrañar, no sin esfuerzo. “Al otro lado de la cordillera de nevadas crestas, entre las torres que los muyahidines, soldados de Alá, el Verdadero Dios, nunca franquearon para combatir a los infieles, el cruzado llevó el Sueño de la Salvación por el que suspiran los mortales desde que el Mundo fuera creado. Y allí, bajo las aguas de la fuente de piedra a través de la cual los antiguos podían asomarse a su pasado y a su futuro, lo escondió para preservarlo y protegerlo”. Con tales señas, cuando llegué a Europa, me dirigí primero al Castillo de Presburgo^[57], al saber que fue este uno de los bastiones del Sacro Imperio Romano Germánico que resistiera el avance de los otomanos hacia Occidente. Pues coincidía en gran parte de su apariencia con la descripción apuntada en el augurio poético del solitario

ulema. Dado que en el emplazamiento donde se halla este también hubo un manantial con un altar dedicado a divinidades paganas resguardado tras las defensas de lo que fuera un oppidum^[58] de una tribu de bárbaros en tiempos de Julio César. Hasta que me di cuenta del error en el que estaba incurriendo, merced a una conversación casual que tuve el honor de mantener con un prelado, muy interesado y versado en cuestiones históricas, que, antes de ser destinado a la Catedral de San Martín^[59], había ejercido su ministerio para la Iglesia en la Diócesis de Ratisbona. Este importante eclesiástico, cuyo nombre, si me lo permitís, callo, me habló de la figura legendaria de Leonard Wilhelm Von Steiner, caballero que participó en la última aventura de los templarios en Tierra Santa al servicio de Conrad El Joven, Señor Libre de Blomberg, y bajo las órdenes del postrer gran maestro de la orden, Jacques Bernard de Molay. Y así fue como llegué a la conclusión de que el lugar señalado por el anacoreta musulmán en su presagio no podía ser otro que Hochosterwitz...

El titular de la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, el gobernador de Carintia y el anciano de túnica blanca, poblada barba y largas greñas canas regresan al salón-comedor, tan vasto como el refectorio de una residencia monacal, aunque menos lúgubre y sombrío. En medio de la estancia la bailarina bella y esbelta que se mueve como si flotara y se contornea como si careciera de esqueleto continúa haciendo piruetas al son de la música...



«Si todos los hechos
resultan completamente explicables
y verosímiles, entonces el relato es falso»
(Umberto Eco)

Viena
Domingo 1 de febrero de 2015

XIV LA SORPRESA DE PRAGA

—¡Levántate, vago! ¡Que son más de las diez!

Aturdido aún, Alex abrió los ojos y se encontró con los de la teniente Baumann, que eran, por cierto, tan hermosos, relucientes y angelicales como los de la bella y esbelta danzarina del sueño del que acababa de despertar. Luego medio se incorporó, se desperezó, estirando los brazos con una elasticidad que ya hubiera querido para sí el viejo *Robespierre*, se frotó la cara y los párpados y exclamó:

—¡Nos vamos para Praga!

—¿Praga? —preguntó la agente de la BKA, sentada a los pies de la cama, cuando se disponía a plantarse los *jeans*.

—A Praga —respondería el redactor jefe de *Crónica Zero*, con la

mirada perdida, aunque no en sus pensamientos, sino en la atractiva y erótica desnudez de su acompañante, apenas cubierta, de cintura para arriba, con una fina y ajustada camiseta de algodón, que no le llegaba ni al ombligo y bajo la que se marcaban los pezones de sus bien modelados senos, y unas braguitas de encaje, tipo tanga, de cintura para abajo.

A través de la ventana llegaban a la habitación los tañidos de campana de la Iglesia de San Miguel, sita en la plaza del mismo nombre, a menos de una cuadra.

—No creo que haga falta preguntarte por qué —repuso ella mientras se abrochaba los pantalones.

—Allí se encuentra la explicación que andamos buscando...

Unas horas más tarde, Alex, la teniente Baumann y Sánchez se encontraban en el autocar de la empresa Flixbus que, con transbordo incluido en pleno corazón de la Región de Moravia, habría de trasladarles a la capital de la República Checa al módico precio de unos doce euros por cabeza. Habían salido de la estación de Erdberg a la una del mediodía con la previsión de estar en su destino a las seis menos cuarto de la tarde, si no se producía ningún contratiempo. Y, efectivamente, con puntualidad milimétrica, algo tan propio del proceder germano, llegaron a las diecisiete cuarenta y cinco a la parada de autobuses de Roztyly, muy cerca del centro de Praga, a poco más de quince minutos de la Ciudad Vieja, circulando por la avenida Cinco de Mayo. Aunque durante el viaje al menos un contratiempo sí que se produjo. O más que contratiempo diríase que lo que hubo fue sorpresa. Si bien, sorpresa ingrata e inquietante. Pues en lo que se refiere a la duración del desplazamiento, como ya se ha apuntado, no se registró retraso alguno.

Estupor, desconcierto, confusión... Eso fue lo que experimentó el redactor jefe de *Crónica Zero* cuando su compañero el subinspector de la Policía Nacional le puso al corriente de la información que le acababan de facilitar desde Madrid por vía telefónica. Se hallaban en una cafetería muy próxima a la estación de autobuses de Brno, donde habían hecho escala para cambiar de vehículo y, de paso, habían aprovechado para tomar una bebida caliente, más algo sólido con lo que reponer fuerzas. La agente de la Bundeskriminalamt se había ido al baño con el móvil pegado a la oreja, realizando o atendiendo una llamada, y Sánchez se lo soltó, aprovechando que se habían quedado los dos solos mientras esperaban a ser atendidos. Aunque,

a modo de preámbulo, no se resistió a curiosear sobre los detalles de su velada romántica con la teniente alemana en el Pertschy Palais, por aquello de que, en el marco de la amistad que les unía desde hacía más de tres décadas, podía permitírsele, como podía permitirse cualquier indiscreción de igual o peor gusto.

—¿Qué? ¡No me vayas a decir que no mojaste anoche! —le arreó de buenas a primeras, cuando Baumann ya se había perdido en el pasillo que conducía a los servicios.

Pero Alex no le contestó. Se encontraba mirando a través de la cristalera que tenía a su derecha y desde la que se podía contemplar la amplia fachada del Gran Hotel.

El más lujoso hospedaje del lugar en varias millas a la redonda, construido en 1870, donde durmieron, desayunaron, almorzaron y cenaron clientes de mucho pedigrí. Entre ellos representantes de varias casas reales de Europa. O de renombre mundial, como Thomas A. Edison, que, siendo huésped, allá por septiembre de 1911, protagonizó una no muy divulgada anécdota, de la que, no obstante, sí se hizo eco alguno de los varios diarios locales por entonces existentes. Según había podido leer en una de las muchas biografías del personaje.

Sucedió cuando el célebre inventor estadounidense visitaba el teatro de la capital morava, primer edificio de tales características en todo el Viejo Continente que a finales del siglo XIX habría de contar con iluminación mediante lámparas eléctricas. Había ido hasta allí para supervisar el trabajo hecho por la filial francesa de una de sus empresas treinta años antes y resulta que ese día en que iba a ser espectador de uno de los milagros producto de su muy prolífico ingenio un número no despreciable de bombillas saltó por los aires en el momento en el que uno de sus anfitriones accionó el interruptor del encendido durante la demostración. Aunque, al final, todo quedó en un simple susto, ocasionado por un problema técnico menor, que habría de ser solucionado de inmediato, y el incidente, sin consecuencias, solo dio pie a más de un chiste, en particular entre los retrógrados detractores de los adelantos tecnológicos y científicos.

Sánchez insistió en conocer los pormenores del *affaire* entre Baumann y su amigo el periodista, pero este no le hizo caso alguno. Seguía mirando a través de la cristalera que tenía a su derecha, como si al otro lado de la misma hubiera efectuado un descubrimiento de interés. Bajo la flamante marquesina

situada sobre la entrada de aquel hotel de cuatro estrellas de la calle Benesova se resguardaba de la intemperie un tipo con gabán impermeable, gafas oscuras y sombrero de ala ancha estilo gánster. Un sujeto con pinta de espía de la época de la Guerra Fría como sacado de aquella novela de Graham Green llevada al cine con la participación inestimable del maestro Orson Welles.

Ante el silencio indiferente de Alex, el subinspector no tuvo más remedio que ir al grano.

—Y, si te cuento que la señorita no es quien afirma ser, ¿cómo se te queda el cuerpo? —dijo.

El redactor jefe de *Crónica Zero* se volvió hacia él. Lo miró con gesto inexpresivo y luego se dirigió hacia el camarero de la barra que estaba dispuesto a servirles y quería tomar nota de su pedido.

—Two coffes with milk, please... —contestó en inglés.

—¿Me has oído, tío?

—¿De qué coño hablas?

—La teniente Baumann es una impostora...

—¿Una impostora?

—Sí, eso he dicho...

Sánchez le explicó que le acababan de llamar desde la Dirección General nada más y nada menos. Para ser más exactos, el responsable de la División de Cooperación Internacional, dependiente de la Jefatura Central de Información, Investigación y Ciberdelincuencia.

—El adjunto del mismísimo Simancas^[60] —especificaría el subinspector—. La verdadera y auténtica teniente Baumann —refirió a continuación— ha sido hallada hoy semiinconsciente en un descampado a las afueras de una pequeña localidad situada a unos treinta y cinco kilómetros de Berlín. Fue drogada y secuestrada la madrugada del pasado miércoles en las inmediaciones de su domicilio...

Alex enrojeció, contrajo la expresión de su cara, en un rictus que no sabría decirse si provocado por la ira o por la vergüenza que sentía en sus adentros —probablemente ambas emociones a la vez—, y escupió una maldición casi ininteligible.

—¡...! Pero, entonces, si nuestra acompañante no es la teniente Baumann, ¿quién diantres es?

Sánchez se encogió de hombros.

—Muy buena pregunta, amigo mío, muy buena pregunta —repuso.

A continuación, el subinspector también contó que ya había podido ser identificado el presunto asesino de Gerda Steiner, la funcionaria del Servicio Federal de Inteligencia del gobierno alemán.

—En el escenario del crimen, en el apartamento del número seis de la calle del Buen Suceso, se recopilaron muestras de diferentes huellas dactilares, entre ellas las de un maleante común, con numerosos antecedentes, de nacionalidad croata, que responde al nombre de Anton Ivanović y que está en la nómina del magnate moravo llamado Jan... Jan... Be... Bedřich Ko... Kopce —explicó, tartajeando. E inmediatamente después pidió disculpas por su pésima pronunciación de la lengua eslava—. No sé exactamente cómo te las has ingeniado, pero resulta evidente que no andabas mal encaminado cuando propusiste esta mañana que viajáramos hasta aquí —apostillaría para terminar.

Durante el trayecto desde Brno a Praga, el redactor jefe de *Crónica Zero* y el subinspector de la Comisaría del Retiro hicieron sus correspondientes averiguaciones. Dos horas y cuarto en carretera dentro de un autobús que disponía de conexión wifi gratuita resultaron provechosas tanto para uno como para otro.

Con su *smartphone*, el funcionario de la Policía Nacional mandó al centro estratégico de la División de Cooperación Internacional de la DGP, sito en el número cincuenta de la avenida Pío XII de Madrid, un retrato en digital de la falsa agente de la BKA, a fin de que desde allí se efectuaran las oportunas gestiones con la colaboración de Interpol y Europol, para proceder a su identificación. Había tomado una fotografía del busto de la susodicha con su Samsung Galaxy S5, en la estación en la que realizaron el transbordo, sin que ella lo advirtiera. Cuarenta minutos después de llevar a cabo el envío, vía email, para conservar la resolución original de la imagen, recibía la respuesta.

La mujer que los acompañaba, y que se hacía llamar Angela Baumann, no era, en realidad, alemana, sino de origen eslovaco, respondía al nombre de Andrea Kovac, tenía unos treinta años de edad y estaba en situación de busca y captura, a requerimiento de las autoridades judiciales de varios países centroeuropeos, por dedicarse al robo por encargo de joyas, obras de arte y similares. En los archivos policiales se la conocía también como la *Condesa Descalza*. Al parecer, por relacionarse muy habitualmente con destacados representantes de la más alta nobleza europea. Y también porque en su ficha se

incluía una instantánea en la que figuraba con un *look* que recordaba a uno de los que lució Ava Gardner en aquella película en la que compartiera protagonismo con Humphrey Bogart, dirigida por Joseph L. Mankiewicz en 1954, y al funcionario de turno que efectuó la diligencia del registro, con sobrado ingenio, se le ocurrió añadirle tal apelativo.

Por su parte, el periodista realizó una búsqueda exhaustiva a través de Google relacionada con quien había usurpado la identidad de la agente de la Bundeskriminalamt raptada, en cuanto el subinspector le pasó por WhatsApp el informe que le facilitaron desde la Dirección General con los datos más precisos. Para lo cual hubo de tomarse sus precauciones, manteniendo activas varias pestañas del navegador, a fin de cambiar de una a otra rápidamente, en caso de necesidad, sin alertar a la preciosa delincuente que tenía justo a su lado, si es que a esta le daba por echar un ojo sobre la pantalla del iPad para curiosear. Aunque, afortunadamente, no lo hizo en ningún momento, ya que durmió un rato, confiada, y eso le permitió a él culminar la tarea con relativa comodidad.

Luego se centró en la figura del magnate moravo Jan Bedřich Kopce. Supuesto cirujano plástico de nacionalidad checa propietario de una cadena de clínicas de estética distribuidas por Alemania, Austria, Bélgica, Chequia, Dinamarca, España, Francia, Hungría, Grecia, Italia, Portugal y Reino Unido, que, después de amasar una gran fortuna y ocupar incluso un destacado puesto en la lista Forbes, se hallaba prófugo, reclamado también por la justicia de varios de estos estados de la Unión Europea, acusado de intrusismo profesional, fraude, embaucamiento y homicidio imprudente. En algunas de dichas clínicas, las más destacadas, ubicadas en ciudades como París, Roma, Milán, Frankfurt, Múnich, Berlín, Madrid, Barcelona o Londres, aparte de las intervenciones más frecuentes, como liposucciones, abdominoplastias, blefaroplastias, ginecomastias, implantes, mastopexias, mentoplastias, rinoplastias, otoplastias, queiloplastias y ritidectomías, se ofrecía, o se había estado ofreciendo hasta no hacía mucho, esto es, hasta que fueron clausuradas, métodos pretendidamente milagrosos, para procurar una perdurable vitalidad, a una clientela muy rica y selecta. Tratamientos de muy dudosa efectividad, ni constatados científicamente, ni aprobados por las autoridades sanitarias europeas e incluso denunciados ante los tribunales.

¡Jan Bedřich Kopce! Alex dio un respingo. Se sacudió en su butaca y a punto estuvo de interrumpir el sueño de la teniente apócrifa, con la que

compartía fila en el autobús, al caer en la cuenta. Sí, había leído bien: Jan Bedřich Kopce. No era un políglota, ni mucho menos, y no tenía la más remota idea de checo, pero tuvo una intuición y para corroborarla llevó a cabo la oportuna comprobación consultando el traductor instantáneo en línea, más o menos fiable, puesto a su disposición por el buscador de contenido a través de Internet que estaba utilizando. El nombre “Jan” es el equivalente de Hans, en alemán, János, en magiar, y Juan, en castellano. El nombre Bedřich es el equivalente de Fritz, o Friedrich, Frigyes y Federico. Y el vocablo Kopce puede traducirse al alemán por Hügel, al húngaro como Domb y al español como Otero. De manera que Jan Bedřich Kopce, Hans Fritz Von Hügel, János Frigyes Domb y Juan Federico de Otero podrían ser un mismo y solo individuo, se dijo. A menos, claro, que se tratase de una pura casualidad, algo muy poco probable.

Cuando llegaron a la estación de Roztyly, la falsa agente de la BKA despertó y las miradas de ambos se cruzaron. Ella sonrió. Él, sin embargo, apenas esbozó una inexpresiva mueca. Aunque para sus adentros se quedó debatiendo si tras aquella sonrisa lo que había era una manifestación de astucia o de lascivia... Después de corroborar que el ingrediente de mujer fatal hacía aún más atrayente y arrebatador, si cabe, su *sex appeal*.

Praga

Domingo 1 de febrero de 2015

En el hotel Axa, establecimiento de tres estrellas ubicado en un edificio de arquitectura funcional, catalogado como monumental por el Ministerio de Cultura del Gobierno de la República Checa, y situado en una zona céntrica, a mil cien metros de la Plaza de Wenceslao, el redactor jefe de *Crónica Zero* y el subinspector de la Comisaría del Retiro compartieron habitación, para ahorrar en gastos, mientras que la impostora se alojaba en una habitación contigua. Pasaban de las ocho *post meridiem* cuando habían terminado de instalarse y tanto la hora como las condiciones climatológicas no invitaban a emprender aventura alguna por la ciudad. Aunque Praga de noche tenía su encanto, era preferible aguardar al día para proseguir con la misión que hasta allí les había llevado y que no era otra que encontrar al responsable o los responsables de las muertes en el Hotel Ritz y el número seis de la calle del

Buen Suceso de Madrid, si es que ambas estaban relacionadas y conectadas, por mucho que el caso se hubiera complicado de forma extraordinaria e inesperada hasta sumergirlos en una investigación apasionante, la investigación más apasionante que jamás hubieran podido imaginar. Tampoco había razones para adelantarse, sino más bien todo lo contrario. Una vez descubierta la verdadera identidad de la mujer que les había estado engañando, como a un par de pardillos, haciéndose pasar por policía, lo que tocaba era actuar con mucha prudencia y estar vigilantes. Andrea Kovac tenía un objetivo, era más que evidente. Pero... ¿cuál?

Esa era precisamente la cuestión sobre la que Alex y Fran discutían, y cuya respuesta podría ser para ellos la solución al rompecabezas en el que se hallaban inmersos, cuando aporrearon en la puerta.

—¿Qué carajo pretendería esta tía? —se preguntaba Sánchez mientras abría el mueble bar y se servía un *Ballantine's*.

—Probablemente, asegurarse de que tú y yo viniéramos hasta aquí tal y como hemos venido —le respondía el periodista, con el mando a distancia en la mano para encender el televisor de pantalla plana.

—¿Tú crees? —El subinspector bebió un pequeño sorbo del güisqui escocés—. ¿Para qué? ¿Con qué objetivo?

—Creo que está bastante claro. —Alex sintonizó el Canal 24 Horas de Televisión Española, desde el que se estaba dando difusión a un reportaje sobre la figura del empresario José Manuel Lara Bosch, presidente del Grupo Editorial Planeta y de la Corporación Atresmedia, con motivo de su reciente fallecimiento—. Contratada por no sabemos quién, persigue lo mismo que nosotros perseguimos y simplemente nos utiliza para encontrarlo —apuntó a renglón seguido.

—¿Lo mismo que nosotros! ¿Desvelar la identidad de los malos y capturarlos? ¿Te refieres a eso?

—No, no me refiero precisamente a eso. Me refiero a encontrar la *panacea universal*...

—¿La *panacea universal*? ¿Y qué puñetas es eso?

—El remedio que buscaban los antiguos alquimistas para curar todas las enfermedades y vivir siempre...

—¿Estás de coña, tío? —Fran se tomó todo el *Ballantine's* de un solo trago.

—En absoluto.

—¡Si eso no es más que un camelo! Una fábula con la que a lo largo de los siglos se han dejado de engatusar los ilusos y los necios...

—Puede que tengas razón y sea lo que tú dices. Pero... ¿Y si no fuera así? ¿Y si hubiera algo de cierto? —reflexionó el redactor jefe de *Crónica Zero*—. El hecho mismo de que desde los albores de la humanidad hasta hoy no haya habido época o civilización que no se haya interesado por el tema resulta bastante revelador. Da que pensar cuando menos. Y no creo que la conciencia y no aceptación de nuestra finitud constituyan la única explicación al fenómeno.

El subinspector volvió a servirse un güisqui y ofreció otro a su amigo.

—¿Y por qué estamos en Praga, si no es mucho preguntar? —dijo, tendiéndole el vaso.

Alex le refirió parte del sueño que tuvo en el Pertschy Palais de Viena la noche anterior, después de hacer el amor con quien hasta ese momento era todavía para ellos la teniente Baumann de la Oficina de Investigación Criminal de la República Federal de Alemania.

—¡No jodas! —protestó airadamente Sánchez—. ¿No me estarás diciendo que hemos viajado hasta esta ciudad por un delirio onírico de los tuyos después de echar un casquete?

—Bueno, sí, por eso y por algo más —contestó el interpelado, mientras sacaba el pijama de su maleta—. ¿Acaso no te fijaste en la matrícula del coche en el que huyó el tipo que nos disparó en Hochosterwitz?

Unos fuertes e intensos golpes procedentes de la entrada interrumpieron la conversación.

—Están llamando. —Fran soltó la copa de *Ballantine's* sobre el aparador y se dispuso a abrir.

—Ve con cuidado —le aconsejó Alex—. Tengo un mal presentimiento...

El subinspector actuó con cautela.

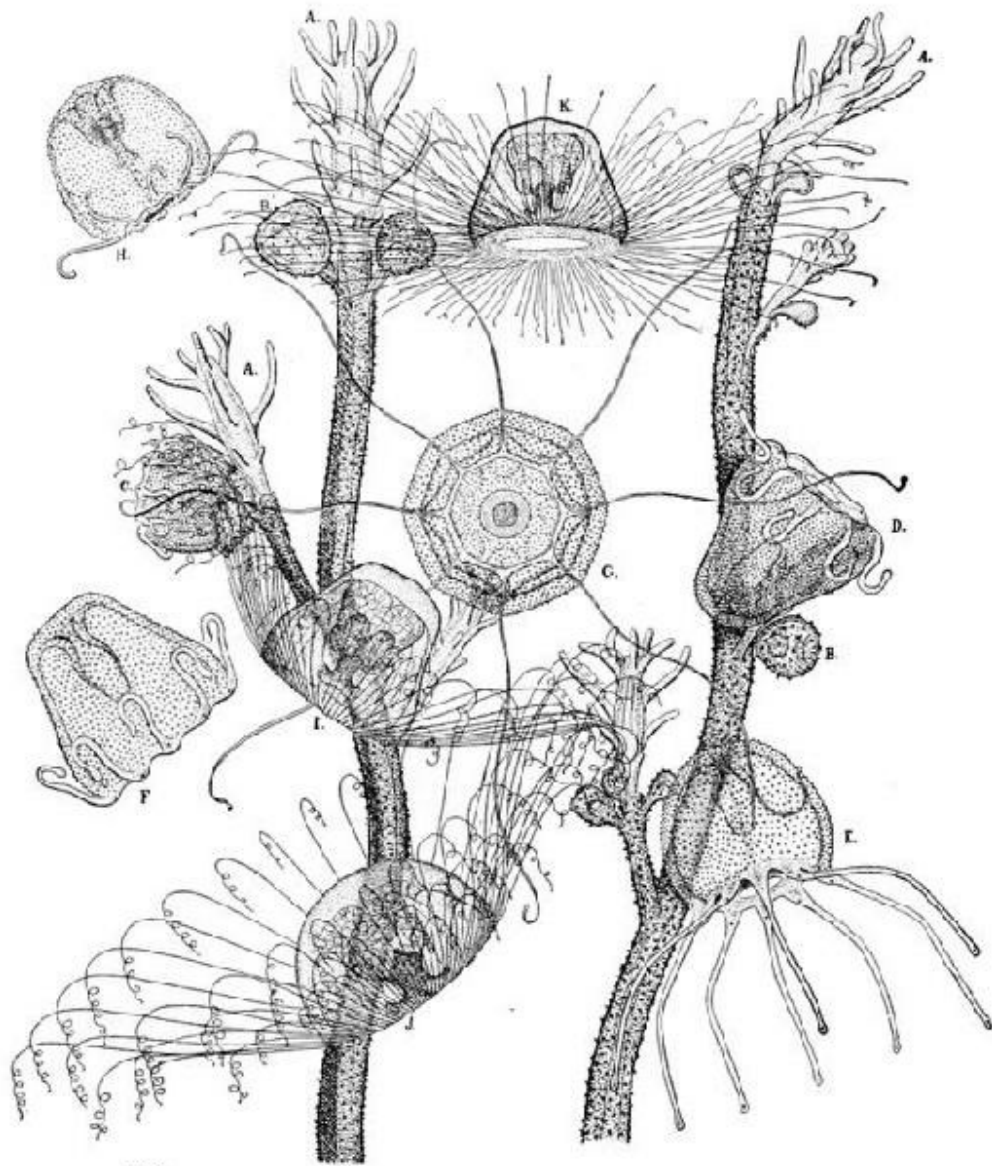
—¿Quién es? —preguntó antes de hacer girar el pomo y franquear el paso al interior de la *suite*.

—Soy yo —respondió la voz de la falsa agente de la BKA—. Debo hablar con vosotros. Tenéis que ayudarme. Es urgente...

Fran cometió el error de bajar la guardia, a pesar de su experiencia, y desbloquear el cerrojo, lo que facilitó que dos tipos enormes y cachas, enchaquetados y con más anabolizantes en su organismo que un laboratorio dedicado a la producción de esteroides, le arrearan bruscamente con la puerta

en los morros y se le echaran encima, inmovilizándole. El redactor jefe de *Crónica Zero*, que reaccionó tarde y mal, porque no estaba preparado para la acción, por su muy limitada destreza para el ejercicio físico y su torpeza congénita para moverse, intentó atacar y defenderse al mismo tiempo blandiendo como arma una silla, la única silla que tenía a su disposición, pero recibió una patada por debajo del tórax y otra por la espalda que le dejaron K.O. de forma inmediata.

A punta de pistola, y flanqueados por los dos matones, Fran y Alex, junto a la impostora, fueron obligados a salir de la habitación, recorrer un largo pasillo, acceder a uno de los ascensores y bajar hasta el aparcamiento subterráneo, donde terminaron siendo introducidos a empellones en una Mercedes Viano color oscuro con los cristales tintados, para ser sacados del hotel y trasladados a una vieja mansión, construida a finales del siglo XIX, a las afueras de la ciudad, como inspirada en un cuento romántico, tétrico y espantoso, a lo Edgard Allan Poe. Con la residencia de la televisiva *Familia Adams* se le ocurrió compararla al redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* nada más divisarla a lo lejos desde el coche entre la penumbra. Una suntuosa casa de campo, a modo de palacete rectangular, diseñada mediante una combinación de elementos estilísticos propios del romanticismo, el modernismo y hasta el rococó, con grandes ventanales, techado de doble vertiente, torres en cada una de sus esquinas, acabadas en pináculos, y rosetón incluido sobre el pórtico en el frontal de la fachada, sita en un paraje apartado, sobre la cima de un altozano, en el claro de un bosque, rodeada de setos por los cuatro costados.



W.C.B.

*«Uno se acerca al final del viaje.
Pero el final es un objetivo, no una catástrofe»*

(George Sand)

XV TURRITOPSIS NUTRICULA

Con las manos atadas, el subinspector, el periodista y la falsa teniente de la Bundeskriminalamt fueron trasladados hasta un lujoso salón dotado de chimenea de estilo borgoñés, con embocadura y frente de piedra, donde un hombre con traje de Versace, delgado y espigado, pañuelo de seda al cuello, gafas de sol plateadas de efecto reflectante, marca Ray-Ban, y porte de *gentleman* inglés, les aguardaba para recibirles, saboreando, de pie, una copa de *jerez* y contemplando una reproducción muy conseguida de la obra conocida como *La Fuente de Eterna Juventud*, que colgaba de una de las paredes. Una pintura al óleo sobre madera, de 122,5 centímetros de alto por 186,5 centímetros de ancho, realizada por el artista alemán Lucas Cranach El Viejo en 1546. La recreación de una escena mundana basada en la creencia mística sobre la fuerza purificadora y renovadora del agua y protagonizada por unas mujeres que, en el centro del cuadro, con la aquiescencia de Venus y Cupido, se bañan en una piscina, de la que salen rejuvenecidas y embellecidas, después, para disfrutar de una buena mesa, del baile y del amor y, con su hermosura, hacer rejuvenecer a su vez a los varones que las esperan.

Como prisioneros llevados ante la presencia del César antes de ser ejecutados, Fran, Alex y Andrea Kovac se vieron en medio de la estancia, a espaldas de su anfitrión, quien, sin volverse hacia ellos, les brindó una bienvenida que no sonó nada convincente.

—Pónganse ustedes cómodos y siéntanse como en su propio hogar —dijo, sin mirarlos, hablando un castellano casi perfecto, mientras daba unos pasos sobre el tapiz del suelo, con una bordada representación de ninfas y sátiros como los de Rubens, y se detenía ante una copia del grabado de Rembrandt sobre *Fausto* que destacaba entre dos anaqueles de voluminosos libros lustrosamente encuadernados—. ¿Quién, como él, no vendería su alma al diablo a cambio de obtener la felicidad? —declamaría, tras el saludo, acompañándose de un aspaviento, y con un tono de voz que retumbó como si procediera de ultratumba, al tiempo que señalaba al personaje que inmortalizara la tragedia escrita por Goethe.

El subinspector de la Comisaría del Retiro, el redactor jefe de *Crónica Zero* y la falsa agente de la policía alemana fueron librados de sus ataduras e invitados a sentarse en una *chaise longue* de diseño italiano. Además, el dueño de la casa, con la remilgada compostura propia de un esnob, mientras degustaba otra copa de *sherry*, y observaba embelesado los coloridos y luminiscentes movimientos de unas medusas en el sofisticado acuario que componía parte de la decoración de la estancia, también les preguntó si querían tomar algo —un *Osborne*, quizá, o un *Garvey*, tal vez—, pero los tres rechazaron el ofrecimiento.

—¿Sabían ustedes que la *turritopsis nutricula* es la única forma de vida conocida que ha desarrollado la capacidad de volver a su estado embrionario cuando llega a la madurez y que no muere nunca? —preguntó, señalando hacia la singular pecera en la que danzaban, sumergidas, una decena de especímenes de aguavivas, al lento y parsimonioso ritmo del silencio reinante en el interior de su artificial hábitat acristalado. O, aun sin oírlos, puede que a los sones de *La Valquiria*, la ópera de Wagner, que, como música de fondo, emitía a través de sus altavoces el equipo de alta fidelidad Pioneer puesto en funcionamiento para amenizar aquella singular cita—. ¿Imagina usted, señor Sánchez, que una capacidad similar estuviera al alcance de los seres humanos? —añadió, dirigiéndose expresamente a Fran, como si supiera de antemano de su acentuada tendencia al escepticismo.

—¡Eso no son más que patrañas! —se atrevió a objetar el policía.

—¿Está seguro? —El tipo se arrellanó sobre un sillón con orejeras situado frente a sus tres forzados huéspedes—. ¿Y si yo le dijera que sí, que está al alcance?

—Pensaría que miente —respondió el interpelado.

—¿Y si le dijera que un notable número de personas célebres y acaudaladas siguen viviendo entre nosotros, como si nada, después de haber simulado públicamente su fallecimiento? —aventuró, despojándose de las Ray-Ban y dejando al descubierto un rostro con unos ojos fieros que trajeron a la memoria de Alex el recuerdo de algún que otro de los villanos supervillanos que en las pelis se las ven con el famoso agente Cero Cero Siete—. Señores y señoras de cuya identidad se sorprendería el mundo si se revelase...

—Pensaría que está como una cabra —volvió a opinar el subinspector. Y su amigo, el periodista, tembló, a su lado, inquieto por la consecuencia que

podiera tener para ellos la insolencia de tal respuesta.

—¿Y si le dijera, por ejemplo, que desde hace décadas existe una cura efectiva contra todo tipo de cánceres que se le oculta a la ciudadanía? —continuó el misterioso individuo, tras estirar y cruzar las piernas y llevarse a la boca el extremo de una de las patillas de las gafas.

—Diría, sin lugar a dudas, que es una trola más de esas que tanto entusiasman a los amantes de las conspiraciones —sentenció Fran, con desparpajo, sin mostrar ni un atisbo de preocupación, a pesar de la situación en la que se hallaban.

—Una cura desarrollada a partir de las investigaciones emprendidas por un científico alemán muy brillante que en la década de los treinta del pasado siglo recibió el encargo del mismísimo Adolf Hitler, y ello a pesar de ser de origen judío —precisaría el hombre con traje de Versace, haciendo caso omiso al comentario del funcionario de la madrileña Comisaría del Retiro—. Me refiero a Otto Heinrich Warburg, que fue galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1931, por su descubrimiento sobre la naturaleza y el modo de actuar de la enzima respiratoria, y que en 1968 sorprendía a la opinión pública internacional anunciando la solución al problema de las enfermedades tumorales...

—¿Y qué requisitos se suponen que han de cumplir esos afortunados que, según dice usted, pueden gozar de la eternidad entre nosotros después de simular que mueren? —intervino Alex, envalentonándose y arrogándose el turno de palabra antes de que quien había ordenado su rapto se lo concediera.

—Aparte de ser millonarios y poderosos, formar parte de nuestra orden y, sobre todo, estar dispuestos a mantenerse, digamos, fuera de la circulación durante un muy largo período de tiempo...

—¿Orden? ¿Qué clase de orden? ¿La de los *Adoradores de Heh*? —El redactor jefe de *Crónica Zero* reparó en el distintivo que el individuo llevaba colgado del cuello con una cadena de oro de dieciocho quilates y en el que, pese a tenerse por un observador atento y perspicaz, no se había fijado hasta ese momento. Se trataba de la reproducción de un objeto que a lo largo de la última semana había visto ya varias veces. Un cetro de papiro en miniatura, a modo de talismán o fetiche, tallado en un mineral de procedencia extraterrestre, probablemente obtenido de un meteorito-. ¿O tal vez la de los *Seguidores de Gilgamesh*?

—Una y otra constituyen una misma entidad —contestó el hombre del

traje de Versace, al tiempo que acariciaba el diminuto *mehit* y jugueteaba con él entre los dedos de su diestra—. Digamos que son como dos modelos de una misma marca. Ya sabe, exigencias del moderno *merchandising* —añadió con sarcasmo—. Somos una comunidad de mortales que aspiramos a matar a la muerte y que, en tanto lo logramos, trabajamos por retrasarla todo lo posible, gracias al saber milenario revelado que nos ha sido transmitido y del que somos depositarios... Un conocimiento que no puede estar a disposición de toda la humanidad por el bien de la propia humanidad... Solo puede haber inmortales si existen quienes no lo son, de igual modo que solo puede haber ricos si hay pobres... O afortunados porque hay desafortunados... La discordia entre opuestos como explicación de toda realidad y todo cambio que diría Heráclito de Éfeso...

—¡Para mí que ustedes no son más que un club de chalados! —le censuró Sánchez con actitud completamente irreverente. Y nada más acabar se llevó un *hostión* en la mandíbula que, a una señal del patrón, le propinó uno de sus dos captores.

—No sé de qué o por qué se escandalizan. —El dueño de la casa se incorporó y volvió a pasearse por el salón—. La prolongación de la vida ha sido y es un hecho del que venimos siendo testigos desde hace décadas como consecuencia del progreso y los avances médicos, sanitarios y tecnológicos. Pero un hecho que ha comportado y comporta conflictos de carácter político, social, cultural, económico, ético y moral, por ser un privilegio del que disfruta una mínima parte de la humanidad, la que tiene la fortuna de habitar en el primer mundo, para agravio y desgracia de esa otra parte mayoritaria que habita el mal llamado tercer mundo —habría de argumentar mientras se aproximaba nuevamente al acuario, en el que, como en un universo aparte, se desenvolvían aquellos especímenes de cnidarios^[61] que, una y mil veces, provocaban la admiración de quien los contemplase—. ¿No comparte usted esta reflexión, señor Huertas? —preguntó dirigiéndose expresamente a Alex.

El redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* asintió. Y, a continuación, aprovechó para plantearle la duda que le reconcomía efectuando una afirmación. O una negación, para ser más exactos.

—Obviamente, usted no es Hans Fritz Von Hügel, el *Matarife de Sachsenhausen*, también conocido como *Doctor Infierno* —dijo en tanto se percataba de una marca semejante a una V que lucía sobre el carrillo derecho

y que podría estar delatándole.

El tipo soltó una ruidosa carcajada.

—No, no lo soy. ¿Cómo podría serlo? —contestó—. Soy su más leal, ferviente, devoto e incondicional servidor...

—¿Su discípulo tal vez?

—No, su pariente más cercano y su legítimo heredero.

Alex guardó silencio, mientras procesaba la información que acaba de recibir. Fran, sin embargo, no pudo contener, una vez más, el sentimiento de repulsa que aquel personaje le inspiraba.

—¡Su legítimo heredero y un hijo de la gran puta aún más grande! —farfulló, aunque se le oyó claramente. Tan claramente que le valió un tremendo trastazo en la boca del estómago que casi le deja en el sitio, como consecuencia de la brutal patada que, a petición, nuevamente, de quien le pagaba los cuartos, le asestó el energúmeno que tenía en su flanco izquierdo.

Jan Bedřich Kopce se volvió a sentar en el sillón con orejeras, casi repantigándose, y con la copa hizo una indicación a una tipa con cara de gata perversa, que hasta ese momento había permanecido callada e inmóvil en la escena, como un convidado de piedra, para que se la llenase.

—Al igual que el doctor Warburg, mi padre era un joven y brillante científico formado en la Universidad de Heildeberg, la más prestigiosa de Alemania en la década de los treinta del pasado siglo, que también recibió del fñhrer una encomienda personal y secreta: la de hallar el modo, la fórmula, la receta o la vía para retrasar el envejecimiento y preservar la vitalidad del cuerpo humano el mayor tiempo posible desafiando a la voluntad de nuestra propia naturaleza —dijo, explayándose—. Y mi padre, desde la humildad y el anonimato, asumió dicha encomienda como el gran reto de su carrera profesional a la vez que, como *sturmbannführer*^[62] de las SS, servía a la patria... El proyecto fue bautizado con una denominación muy sugerente que seguro le suena de algo: *Der Traum von Tanato*^[63]. Aparte del propio Hitler, única y exclusivamente supieron de su existencia su médico de cabecera, Karl Brandt, quien, además de *gruppenführer*^[64] de las SS y teniente general en las Waffen SS, fue comisionado del Reich para la Salud y miembro del Consejo de Investigación del Estado, y Karl Gebhardt, *gruppenführer* de las SS y teniente general en las Waffen SS, médico de cabecera de Himmler y presidente de la Cruz Roja alemana —recalcaría, dirigiéndose expresamente a

Alex—. Empezó su tarea en el Hospital de La Caridad en Berlín, pero, como necesitaba llevar a cabo experimentos reales con personas reales para poder avanzar en sus estudios, fue destinado al departamento médico del campo de concentración de Sachsenhausen, donde coincidió con otros científicos que trabajaban en proyectos de importancia para el régimen, aunque no estuvo a las órdenes de ningún superior y gozó de plena libertad para actuar según su criterio. Por supuesto, no fue un criminal, ni muchísimo menos, sino un héroe abnegado y entregado a la persecución de un objetivo noble: alargar la vida. El fin de la guerra y la invasión de los aliados impidió que su labor terminase en buen puerto, a pesar de los resultados prometedores que cosechó y de los que informó directamente al fñhrer. Pero, lejos de rendirse y abandonar, cuando fue liberado por los americanos en 1945, prosiguió con las investigaciones. Como buen vástago suyo que soy —apostillé—, yo solo me limito a dar continuidad a su obra y proteger su legado.

Mientras la tipa con cara de gata perversa vertía el *jerez* en el recipiente de fino cristal, exhibiendo la pericia propia de un mayordomo de clase, el redactor jefe de *Crónica Zero* aprovechó para buscar una mirada cómplice de la falsa teniente de la BKA, que estaba a su lado compartiendo su misma suerte, pero lo único que obtuvo como respuesta de ella fue una expresión de vacía frialdad en sus ojos que agudizó la profunda decepción que le embargaba.

—¿Y se puede saber por qué estamos aquí? —preguntó el periodista, cuando se recuperó de la desazón que le acababa de producir el hecho de recordar su desengaño, y después de comprobar que su amigo el subinspector todavía no se había repuesto de la cox que el matón de su lado le arreara.

Jan Bedřich Kopce se recompuso en su asiento y bebió un trago antes de contestar.

—Porque necesito su ayuda, señor Huertas —dijo.

—¿Mi ayuda? —se sorprendió Alex.

—Sí, su ayuda...

—¿Y por qué piensa que yo puedo ayudarle?

—Ha sido capaz de venir hasta Praga y dar con nosotros...

—Si. Y parece ser que porque usted y los suyos así lo han querido...

—Bueno, ambos buscamos lo mismo.

—¿La *thanatu hypnos*, tal vez?

—Sí. La única muestra de semilla que de ella queda, si es que queda

alguna...

—Yo creía que eso ya lo tenían en su poder...

—¿Por qué lo dice? —Bedřich Kopce se echó hacia delante y puso la copa sobre la mesa baja de olmo macizo reciclado que le separaba de su interlocutor y sus acompañantes—. ¿No será de los que creen de veras en los efectos prodigiosos y milagrosos de esa supuesta incógnita planta?

—¿Usted no cree? —El redactor de *Crónica Zero* no pudo ocultar ni su desconfianza ni su escepticismo.

—En absoluto... —El hombre del traje de Versace también soltó las gafas sobre el tapete barnizado de madera—. Eso no son más que tonterías. Los prodigios y los milagros son producto de la ciencia...

—¿Entonces? —Alex tampoco podía ocultar su desconcierto.

—Más allá de lo que pueda aportarnos para el avance de la bioquímica, la botánica o la medicina la posibilidad de examinarla y estudiarla, su valor está en lo que tiene de significación para la tradición esotérica y, por supuesto, en la fortuna que se podría pagar por ella en el mercado negro de quienes se dedican a comerciar con restos arqueológicos, reliquias, antiguallas, fósiles y cosas así por el estilo. ¿Verdad, señorita Kovac? —contestó Bedřich Kopce, dirigiéndose explícitamente a la aludida—. La única fuente de poder real y efectivo no es otra que el dinero. Es cierto que la pasta no da la felicidad. Pero... ¿a quién coño le importa la felicidad? —añadió, permitiéndose aderezar su discurso con una cierta dosis de humor cínico—. ¡Arriba el materialismo puro y duro! Y conste que no soy marxista, como ya habrá advertido, ni nada que se le asemeje... —ironizó, mientras se acariciaba la solapa de la americana a cuadros de lana y seda que vestía y por la que habría pagado más de mil seiscientos euros.

—Yo estaba convencido de que usted y los suyos ya se habían apoderado de ella y la habían convertido en la base de su muy próspera rentabilidad empresarial —insistió Alex—. ¿No se supone que su padre se hizo con la muestra aquel tres de marzo de mil novecientos sesenta y dos, en Viena, después de asesinar al profesor Victor Joseph Steiner?

—Aunque piense que le miento, le puedo asegurar y le aseguro que mi padre no le mató. —Jan Bedřich Kopce volvió a ponerse en pie—. Aquel día, cuando llegó a su laboratorio, el profesor Steiner estaba ya muerto —dijo.

—Pues, si usted y su organización no tienen ni la más remota idea de dónde encontrar la muestra de semilla de la extinguida *thanatu hypnos* o el

residuo de lo que de esta se haya conservado, le garantizo que yo tampoco. Ni siquiera creo que exista. —Hubo un momento en que el redactor jefe de *Crónica Zero* incluso se sintió ridículo hablando como hablaban de todo aquello y hasta se preguntó si aquel tipo snob y acaudalado no le estaría tomando el pelo—. Pero, si tuviera que elegir un sitio donde intentar localizarla, ese sería la Hondonada de los Ciervos... —afirmó sin convencimiento alguno.

—¿La Hondanada de los Ciervos?

—Sí, en ese espacio natural ubicado ante el Castillo de Praga, donde antaño estuviera el foso que protegía la fortaleza, se especula que terminó enterrado gran parte del tesoro de Rodolfo II de Habsburgo, el emperador alquimista. Aunque también hay quien dice que ese tesoro fue extraído del lugar, junto a otros hallazgos, por el arqueólogo Václav Krolmus^[65] a mediados del siglo XIX...

Jan Bedřich Kopce flanqueó la mesa baja de olmo macizo reciclado situada en el centro y se colocó ante las mismas narices de Alex, quien, por ser algo más bajo de estatura que su anfitrión, se veía obligado a alzar la cabeza hacia arriba, como el que lanza una plegaria invocando al cielo, para mirarle a la cara.

—Los españoles siempre me han caído y me caen bastante bien. Desde que era niño e iba a veranear con la familia a la Costa Blanca o a la Costa del Sol allá por la década de los setenta y los ochenta del pasado siglo. Sería una lástima que tuviera que liquidarles a los dos, a usted y a su amigo, si se empeñan en no colaborar y continúan siendo para nosotros un problema —advirtió con su porte exageradamente peripuesto y voz fingidamente cortés.

El redactor jefe de *Crónica Zero* amagó con decir algo, quizá para pedir una explicación por la amenaza de la que acababa de ser objeto, pero se contuvo y guardó silencio. El subinspector de la Comisaría del Retiro fue menos prudente.

—¡Váyase a tomar por culo! —exclamó. Y a punto estuvo de ser castigado por ello, con otro puñetazo, si la alarma de seguridad de la mansión no hubiera saltado como saltó, con un pitido molesto y ensordecedor, y a la entrada de la residencia no se hubiera producido el estruendo que se produjo, como consecuencia de la detonación de una carga explosiva que hizo volar la puerta blindada por los aires.

Seis agentes de la Policía de la República Checa pertenecientes al Departamento de Lucha contra el Crimen Organizado (SKPV), armados con fusiles de asalto Heckler & Koch G36, calibre 5,56 milímetros, de fabricación alemana, y equipados con pasamontañas, mascarillas antigás y chalecos antibalas, irrumpieron en la habitación, interceptando todas las posibles salidas de escape y apuntando a todos los allí presentes. Mientras tanto en el exterior se oía el sonido de las aspas del Eurocopter EC135, helicóptero de intervención rápida, que sobrevolaba la propiedad aproximándose, y el zumbido de los motores de dos furgones Volkswagen Transporter, que recién llegaban con refuerzos, por si alguno de los delincuentes que se hallaban dentro conseguía superar el cerco establecido sobre su perímetro para darse a la fuga.

Uno de los dos matones reaccionó lo suficientemente rápido como para agarrar a Fran del cuello y colocarle el cañón de nueve milímetros de su *tokarev*^[66] en la sien para tomarlo como rehén y tratar de huir, pero este, echando mano de su experiencia, solventó por sí solo y por su cuenta la situación, aun a riesgo de que le reventaran los sesos, con la destreza y la frialdad de un combatiente curtido en mil y una batallas. Únicamente le bastó propinar un certero y efectivo codazo al energúmeno a la altura del esternón y apartarse de su campo de tiro con la suficiente celeridad como para evitar convertirse en su blanco si le hubiera sido posible accionar el gatillo.

Cuando Jan Bedřich Kopce, más sus dos esbirros, por un lado, y Andrea Kovac, por otro, fueron esposados y conducidos al exterior, junto a otros tres miembros de la banda del magnate, que habían sido previamente sorprendidos en sus respectivos puestos de vigilancia en torno a la mansión y eficazmente reducidos por los funcionarios de las fuerzas de seguridad checas, se personó en el salón el responsable al mando del dispositivo policial, que se dirigió al subinspector de la Comisaría del Retiro para saludarle, como si le conociera de toda la vida, con un castellano inteligible aunque muy deficiente. Para sorpresa de Alex, el oficial de la unidad actuante, perteneciente al SKPV, era el mismo individuo con gabán impermeable, gafas oscuras y sombrero de ala ancha estilo gánster que había visto aquella misma tarde, unas horas antes, bajo la marquesina del Grand Hotel en Brno.

—Como comprenderás, solicité apoyo en cuanto supe quién era en realidad nuestra falsa teniente Baumann. Aunque también pedí que no se

precipitaran, y solo intervinieran en caso de estricta necesidad, para evitar que la investigación se nos fuera al garete —le explicaría Sánchez en cuanto se percató de su cara de perplejidad.

—Acabas de dejarme flipado, amigo mío —comentó el redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital*—. Perdóname si alguna vez te he subestimado más de lo debido.



Praxul ficut cap

Die fessende
Sitten

gadhil
fetto
Zuerst
hense
Spangill
holy
Ratze
Sunder
dumy
Gul

gadhil
fetto
Zuerst
hense
Spangill
holy
Ratze
Sunder
dumy
Gul



«En todas las actividades es saludable,
de vez en cuando,
poner un signo de interrogación
sobre aquellas cosas que por mucho tiempo
se han dado como seguras»
(Bertrand Russell)

Madrid
Cuatro días más tarde

EPÍLOGO

Alex y Fran se citan en una cafetería de la madrileña Plaza de Colón. El redactor jefe de *Crónica Zero de la Capital* y el subinspector de la Comisaría del Retiro no se ven desde que el lunes 2 de febrero de 2015 regresaran a España procedentes de Praga en vuelo regular de Iberia, tras la aventura del viaje de la semana anterior que les llevó hasta Alemania, Austria y la República Checa. Ambos están sentados en un rincón apartado del establecimiento situado bajo el hueco de una escalera desde la que se accede a una planta superior en la que se concentra con más frecuencia la clientela.

—Bueno, ¿qué es eso que tienes que contarme? —pregunta Sánchez, después de acomodarse y pedir al camarero que se le acerca que le sirva un manchado.

Alex activa el iPad que tiene desplegado sobre la mesa lo gira y muestra al subinspector la pantalla en la que puede contemplarse la ventana abierta de una web en la que se hace referencia a un antiguo y curioso manuscrito.

—*De rerum veritate adversus mentis fallacias* —dice el periodista pronunciando lo mejor que puede el latín—. Sobre la realidad de los objetos frente a los engaños de la mente —traduce a renglón seguido—. Es un grimorio del siglo XVI...

El subinspector pone cara de póquer.

—¿Un qué? —pregunta, interrumpiéndole.

—Un grimorio —repite Alex—. Cierta ejemplar de libro en el que, sobre todo a partir de la Baja Edad Media, se recopilaban en Europa

conocimientos un tanto extravagantes relacionados con la magia, la astrología, la brujería, los demonios, los medicamentos de efectos sobrenaturales, etcétera —específica, tras probar el cortado descafeinado que ya le habían servido antes de la llegada del policía—. Bueno, está clasificado como un grimorio, pero puede decirse que no lo es, sino todo lo contrario. Puesto que, a pesar de ser tenido por una muestra más de literatura ocultista, una gran parte del texto a lo que se dedica precisamente es a poner en entredicho el ocultismo y a ridiculizar a magos, astrólogos, brujos, demonólogos y curanderos de la época con criterio se diría que cuasi científico —puntualiza—. Además, se erige en un alegato contra el idealismo, el espiritualismo y, sobre todo, el hermetismo, haciendo una encendida defensa de un pensamiento marcadamente materialista basado en la teoría atomista de Demócrito de Abdera, en las corrientes nominalistas del medievo, con alguna que otra influencia de la tradición aristotélico-tomista, y en el humanismo renacentista. Tan es así, que, en lugar de ser identificado por su denominación original, entre los estudiosos y especialistas es identificado con el título de *Enchiridion Antihermeticae Scientiae*. O sea, *Manual de Ciencia Antihermética*.

—¡Ah! —suspira Sánchez, que sigue sin entender nada de lo que su amigo le está refiriendo, con la prolijidad de la que de cuando en cuando hace gala, si las circunstancias lo permiten, no por pedantería, sino por deformación profesional, para ser lo más exacto y elocuente posible.

—No obstante —prosigue Alex—, lo interesante de esta singular obra, de autor anónimo, y de la que se conserva una copia en la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, es que no solo menciona al sabio, médico, astrónomo, taumaturgo y nigromante de origen judío llamado Mardoqueo o Mordecai Nathaniel, que durante unos años estuvo al servicio de Rodolfo II de Habsburgo, y del que creo ya te hablé en Praga, sino que también cita, si bien no de forma explícita, la *immortalitatis herba*, esa especie de planta ya extinta que, según la mitología esotérica, supuestamente fue utilizada en la antigüedad para la prolongación de la vida y cuyos restos, como ya has tenido la oportunidad de constatar, buscan como locos más de un iluso, amén de timadores y bribones facinerosos.

Fran endulza su manchado y escucha atentamente, pero anda un tanto perdido. El redactor jefe de *Crónica Zero* lee en voz alta un fragmento del libro en cuestión:

—*Víctima de las tretas y las intrigas de otros consejeros menos*

desinteresados del monarca, que vieron en el hebreo un firme obstáculo a la ejecución de los planes políticos de los que eran cómplices, Mardoqueo cayó en desgracia y tuvo que huir de prisa y corriendo de la Corte del Archiduque de Austria, Rey de Hungría y Bohemia y titular de la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, sin que el soberano ni siquiera se enterase. Pero escapó llevándose consigo lo que Rodolfo de Habsburgo más preciaba de su colección de cosas y sustancias raras y extrañas de las que habíase rodeado: la supuesta semilla de una hierba que, según se relata en algunas leyendas, hace siglos crecía en la Tierra y era capaz de proporcionar la inmortalidad. Y ello a pesar de haber sido advertido por los caballeros más doctos e instruidos de su círculo más íntimo en el sentido de que la pretendida existencia de dicha planta no era más que puro cuento. Mardoqueo buscó asilo primero en Francia y posteriormente en España, donde encontró refugio y protección entre la comunidad toledana de judíos conversos...

—¿Por qué no me resumes y vas al grano? —le espeta el subinspector cuando Alex pone fin a su lectura.

—Que esa muestra de semilla de la *thanatu hypnos*, si es que alguna vez existió, quizá pudo terminar siendo escondida mucho más cerca de lo que nos imaginamos —responde el periodista mientras desliza el índice de su diestra por la pantalla de la tableta para visualizar y enseñar a su interlocutor otra información.

Fran apura el café y protesta:

—Chico, ¿no te ha quedado claro ya que lo de esa hierba es una pamplina? —dice.

—Pues eso no es todo —avisa Alex. Y Sánchez le mira con expresión de sorpresa por encima de la taza, que ya ha vaciado pero aún sostiene y se dispone a colocar sobre el plato con el que hace juego—. ¿Te acuerdas de Jacob Abraham Steiner?

—¿Quiéeen?

—El presunto infanticida de Carintia...

El subinspector realiza un esfuerzo de memoria que le lleva unos segundos y, por fin, asiente.

—Sí, lo recuerdo...

—Mira esto —le indica el redactor jefe de *Crónica Zero*, poniéndole delante la pantalla del iPad en la que se contempla una página de hemeroteca

del diario ABC correspondiente a la sección de sucesos—. ¡Una noticia de abril de 2008 sobre la detención de un individuo de unos sesenta años de edad, de nacionalidad austríaca, llamado Jacob Abraham Steiner, precisamente en Toledo! —recalca Alex, que, a continuación, lee en voz alta parte del texto de la misma—: *El sujeto fue apresado por la Guardia Civil cuando profanaba una tumba de un antiguo cementerio medieval localizado en el denominado Cerro de la Horca. Un emplazamiento donde ha sido desenterrada una necrópolis sefardí a raíz de una excavación arqueológica llevada a cabo en una zona ajardinada del Instituto de Educación Secundaria Azarquiel, centro donde se realizaban tareas de ampliación y reforma. Según fuentes de la Benemérita, el detenido está reclamado por la justicia de varios estados europeos, entre ellos, Austria, su país natal, donde se le acusa de degollar a tres niños de entre cinco y ocho años en una liturgia satánica.*

El redactor jefe de *Crónica Zero* termina de tomarse su cortado descafeinado y, después de volver a manipular el iPad, requiere nuevamente la atención del subinspector con la intención de mostrarle algo justo en el momento en el que suena el móvil de este.

Sánchez se disculpa ante su amigo con una seña y atiende la llamada de teléfono. Al cabo de un par de minutos, cuelga y mira a Alex.

—Eran los de la Científica —explica—. Ya han llegado los resultados procedentes de la base de datos de perfiles genéticos del FBI. El fiambre del Ritz no es quien nos pensábamos, ni nadie que con él estuviera emparentado...

—¿Y quién cojones es? —pregunta el periodista.

El subinspector abre la aplicación de WhatsApp de su *smartphone* y revisa los mensajes recibidos.

—William James Parker —dice—. Un tipejo de la industria discográfica norteamericana montado en el dólar, natural de Luisiana, perseguido por desfalco, blanqueo de capitales y evasión fiscal, que estaba obsesionado con el *Rey del Pop* y le imitaba en todo lo que podía...

—Bueno, en cualquier caso, yo soy de los que creen que Michael Jackson tampoco murió en 2009... —comenta en plan filosófico-jocoso Alex.

—Supongo que estás de coña, ¿no? —replica Fran—. ¿O también eres tú de los que van por ahí dando pábulo a esa clase de milongas sin ningún tipo de fundamento para lucro de unos cuantos listos de pacotilla? —añade a la vez que se gira para localizar a un camarero.

—Lo digo, obviamente, en sentido figurado —precisa el redactor jefe de *Crónica Zero*—. No murió ni morirá en tanto su recuerdo perdure entre nosotros, que es la única forma de inmortalidad posible...

—El tal Parker iba a entrevistarse con Gerda Steiner, para proporcionarle información sobre el magnate Jan Bedřich Kopce y su organización delictiva, cuando murió en la habitación del Ritz, parece ser que de manera accidental, en contra de lo que yo suponía, según confirman todos los análisis —continúa explicando el subinspector, mientras se esfuerza por captar la atención de uno de los empleados.

—¿Y qué más averiguasteis acerca de nuestra muy querida falsa teniente de la Oficina Federal de Investigación Criminal? —pregunta Alex, sin poder ocultar la añoranza que siente por la susodicha.

—No mucho. Solo que trabajaba por encargo expreso de un millonario alemán, cuyo nombre no recuerdo en este momento. Un descendiente indirecto de una familia nobilísima y de rancio abolengo oriunda de Baviera —se explaya Fran—. La Casa de Wittelsbach, que, como tú ya sabes mejor que yo, es una dinastía que proporcionó a la Vieja Europa margraves, condes, duques, reyes, arzobispos e incluso emperadores, entre los siglos XII y XIX.

Uno de los chicos de la cafetería pasa cerca de donde están y Sánchez aprovecha para pedir que le sirvan un ponche. El redactor jefe de *Crónica Zero* le censura con la mirada porque considera que no es apropiado que consuma alcohol en horas de trabajo.

—¡Vete a hacer gárgaras! —le contesta el policía.

El móvil de Fran vuelve a sonar. El subinspector descuelga y mantiene una conversación con alguien a través del inalámbrico que dura menos de treinta segundos. Alex aguarda y cuando su amigo termina de hablar le coloca delante, una vez más, la tableta de Apple.

—Lo mejor de cuanto tenía que contarte lo he reservado para el final —anuncia el periodista con cierta dosis de emoción no fingida sino real—. Este tío que estás viendo es Ludovico el Bávvaro, también conocido como Luis IV de Baviera, que ciñó la corona del Sacro Imperio Romano Germánico entre los años 1328 y 1347 —dice, señalando la imagen de un retrato del personaje al que se está refiriendo, reproducida en una edición en línea de la revista *Historia* de National Geographic, a la que ha accedido desde el dispositivo electrónico.

—¿Y? —le interrumpe Sánchez, impaciente porque el tiempo se le echa

encima y tiene que marcharse pronto a la comisaría.

Alex desliza de nuevo el índice de su diestra por la pantalla y sobre la página de la revista virtual con el retrato de Luis IV de Baviera abre dos archivos JPEG que son copias digitalizadas de las fotografías halladas en el número seis de la calle del Buen Suceso en Madrid y el número diez de Immanuelkirchstraße en Berlín, escaneadas después de haber sido sometidas a examen y comprobarse que no están trucadas.

—¡No, no, no! ¡No me vengas con esas! —protesta el subinspector anticipándose a lo que intuye que el redactor jefe de *Crónica Zero* va a indicarle.

—Fíjate bien. —El periodista remarca con el dedo, en primer lugar, el rostro del emperador, en el cuadro, supuestamente pintado en el segundo tercio del siglo XIV, que ilustra la edición digital de la publicación mencionada. Luego hace lo propio con el rostro del hombre que acompaña a Mario Roso de Luna, Annie Bessant y Aurora Rodríguez Carballeira, en la fotografía tomada en 1912 ante la puerta del Ateneo de Madrid, y el rostro del señor de muy pulcra apariencia que posa ante la fachada de la Academia de Ciencias de Viena en 1959.

Fran le hace caso y observa los tres rostros minuciosamente.

—¿No se te habrá metido en el coco la absurda y descabellada idea de que estos tres tipos son la misma persona? —objeta, entre incrédulo y escandalizado.

—No, no soy tan osado como para eso —responde Alex—. Pero... ¡no me negarás que el parecido es extraordinario!

APÉNDICE

Como muchos de los acontecimientos que se narran, los protagonistas de esta novela son ficticios. No obstante, algunos de los personajes que se mencionan son reales —existen o existieron— y sobre ellos me gustaría efectuar los apuntes que a continuación se relacionan^[67], ordenados alfabéticamente —y que complementan los datos incluidos en el texto o en las notas a pie de página—, por si fueran de interés para los lectores.

AKHENATÓN (o AKENATÓN)

Neferjeperura Amenhotep, también llamado Ajenatón, Akhenatón o Akenatón, Amenhotep IV o Amenofis IV, fue el décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto. Su reinado está datado en torno al 1353-1336 a. C. y pertenece al periodo denominado Imperio Nuevo. En el cuarto año de su reinado cambió su nombre por el de Neferjeperura Ajenatón.

Es conocido históricamente por implantar el monoteísmo en una civilización de tradición politeísta mediante la oficialización y la propagación del culto único al disco solar Atón, en detrimento del culto a Amón, entonces predominante, y en detrimento también del culto a otras deidades del panteón egipcio. Además, fundó la ciudad nueva de Aketatón, adonde trasladó la capitalidad del imperio. Su reinado no sólo implicó cambios en el ámbito religioso, sino también reformas políticas y artísticas.

En cierta literatura hermetista se le relaciona con el origen de escuelas para iniciados que se ocuparon de preservar conocimientos secretos sobre lo visible y lo no visible, sobre el cuerpo y el alma, sobre la prolongación de la vida, sobre el mundo y la naturaleza.

ALEISTER CROWLEY

Edward Alexander Crowley nació en Warwickshire, Inglaterra, el 12 de octubre de 1875. Más conocido como Aleister Crowley, también se hizo

llamar “Master Therion”, “Baphomet”, “Lord Boleskine”, “Conde Vladimir Svareff”, “la Gran Bestia” o “el Hombre más Malvado del Mundo”. Fue un influyente ocultista, místico, alquimista, escritor, poeta, pintor y mago que fundó la denominada filosofía religiosa de *Thelema*. Perteneció a la *Orden Hermética de la Aurora Dorada*, cofundó la sociedad esotérica *Astrum Argentum* y lideró la *Orden del Templo Oriental*.

Aparte de por sus extravagancias, es famoso por sus escritos sobre magia y, sobre todo, por sus enseñanzas iconoclastas e irreverentes que desafiaron el puritanismo y los convencionalismos de la época que le tocó vivir y que habrían de inspirar algunos de los movimientos contraculturales de los años sesenta y setenta del pasado siglo. *Haz lo que quieras* sería una de las principales divisas de su pensamiento, condensado en el llamado *Libro de la Ley*, una obra que redactó en tres días y cuyo contenido, supuestamente, le fue revelado en estado de trance por una entidad espiritual. Murió en Hastings, East Sussex, Inglaterra, el 1 de diciembre de 1947.

ALFRED AEDTNER

Se trata de un personaje imaginario pero inspirado en la figura del agente de la policía austríaca que durante años intentó dar caza al criminal de guerra nazi Aribert Ferdinand Heim, conocido como el *Carnicero de Mathausen* o el *Doctor Muerte*.

ANNIE BESANT

Annie Wood Besant nació en Londres el 1 de octubre de 1847. Fue una escritora ocultista británica. Ejerció como periodista, feminista, revolucionaria, socialista, y líder activista en favor de la emancipación de Irlanda, la unificación de Italia y la independencia de la India, donde llegó a ocupar la presidencia del Congreso Nacional Indio.

Estudió Ciencias y Botánica en Inglaterra y se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Benarés (India).

Desde 1889 colaboró como asistente de Helena Blavatsky, siendo también correctora de *La Doctrina Secreta*. En 1902 fue iniciada en la masonería mixta. Tras el cisma y la expulsión de William Judge, sucedió a Henry Olcott en la presidencia de la Sociedad Teosófica desde 1903 hasta 1933.

En 1912, junto a Marie Russak y James Wedgwood, fundó la *Orden del*

Templo de la Rosa Cruz inspirada en las enseñanzas del esoterismo occidental.

Falleció en Adyar (India) el 20 de septiembre de 1933.

AURORA RODRÍGUEZ CARBALLEIRA

Intelectual autodidacta, progresista y feminista, Aurora Rodríguez Carballeira nació en Ferrol, La Coruña, el 23 de abril de 1879. Pasó a la historia por ser la madre de Hildegart Rodríguez Carballeira, una niña que ella concibió como experimento científico de corte eugenésico para crear algo así como el prototipo moderno de mujer ideal.

Inicialmente, los resultados de dicho experimento se ajustaron a lo que Aurora esperaba e Hildegart llegó a convertirse en toda una personalidad internacional. Hasta que la libertad en la que fue educada la llevó a un profundo compromiso político y a intentar separarse de su madre, quien, arrastrada por la locura y el miedo a perder a su hija, acabó matándola el 9 de junio de 1933 disparándole cuatro veces mientras dormía. Fue condenada a 26 años de cárcel, que cumplió en su mayor parte en el centro psiquiátrico de Ciempozuelos, Madrid.

Murió de cáncer en dicho centro el 28 de diciembre de 1955 y acabó enterrada en una fosa común.

CHRISTIAN ROSENKREUZ

Nombre que en la tradición esotérica se le da al supuesto y legendario fundador de la *Orden de los Rosacruces*, cuya identidad se desconoce. De la existencia de dicha orden, probablemente constituida entre los siglos XIV o XV, si no antes, no se tiene constancia documental alguna en la historia hasta bien entrado el siglo XVII.

De acuerdo con la leyenda, Christian Rosenkreuz descubrió y aprendió la sabiduría atribuida a los iniciados de dicha orden entre los árabes durante su peregrinaje por Oriente. Más tarde, tras su regreso a Europa, creó la *Fraternidad de la Rosa Cruz*.

Algunos autores, como Maurice Magre (1877-1941), señalan que este caballero fue el último descendiente de los Germelshausen, una familia alemana del siglo XIII.

En *El Sueño de Tánato*, Christian Rosenkreuz es encarnado por el caballero llamado Leonard Wilhelm Von Steiner.

CONDE DE SAINT GERMAIN

El conde de Saint Germain (¿1703-1784?) fue un enigmático personaje, descrito como cortesano, aventurero, inventor, alquimista, pianista, violinista y compositor aficionado, conocido por ser una figura recurrente en varias historias de temática ocultista. Su famoso sobrenombre francés proviene de la expresión latina *Sanctus Germanus*, que significa Santo Hermano. Aunque no se sabe con certeza dónde ni cuándo nació, lo más probable es que fuera en un castillo de los montes Cárpatos, hijo del último príncipe de Transilvania, Francisco Rákóczi II, y su primera esposa Teleky. Lo que sí se sabe es que su muerte está registrada el 27 de febrero de 1784 en Eckernförde (Schleswig). Formó parte de la francmasonería y escribió un único libro titulado *La muy santa trinosofía*.

El Conde de Saint Germain, también conocido como el *Maestro Ray Sol*, dio mucho de qué hablar en Europa durante el siglo XVIII. Frecuentaba las cortes del Viejo Continente, trataba con los reyes y la alta aristocracia, era muy respetado y admirado por su gran erudición, sus aptitudes y poderes, así como por su porte distinguido. Tenía un misterioso encanto, un gran atractivo. Fue muy apreciado entre la realeza y la nobleza en general, especialmente, por Luis XVI de Francia, Pedro el Grande y Catalina de Rusia.

Se desconocía la procedencia de su fortuna, su nacionalidad y si tenía esposa e hijos. Era un hombre muy educado. Se dice que hablaba a la perfección francés, inglés, español, italiano, chino, árabe, alemán, ruso, portugués, latín y sánscrito. También tenía vastos conocimientos sobre política, artes, ciencias, poesía, medicina, química, música y pintura. No permanecía mucho tiempo en un lugar, viajaba constantemente por toda Europa y cuando se cansaba iba al Tíbet, África o Turquía. Se cuenta, además, que era ambidiestro.

Las primeras menciones sobre el conde de Saint Germain se remontan a 1740, cuando se convirtió en un asistente habitual de los eventos más selectos de Viena. El conde, que entonces tendría unos treinta o cuarenta años de edad, vestía de forma muy elegante y llevaba siempre encima una gran cantidad de diamantes, que utilizaba en vez de dinero. Estando en Austria, parece que Saint Germain fue capaz de sanar contra todo pronóstico al mariscal francés Belle Isle, que había sido herido de gravedad en Alemania. En agradecimiento, el militar le llevó a París, donde puso a su disposición un

laboratorio muy bien equipado. Fue precisamente en esta ciudad donde empezó a forjarse su leyenda.

A finales de 1745 pudo haber sido arrestado en Londres, acusado de apoyar la causa de los Estuardo. Eso parece desprenderse de una carta oficial en la que se relata el arresto de "un hombre extraño que se hace llamar conde de Saint Germain; no dice a nadie quién es ni de dónde viene. Admite que este no es su verdadero nombre. Canta y toca el violín magníficamente; está loco". Tras ser sorprendentemente liberado, volvió a Versalles donde se convirtió en uno de los personajes más próximos a Luis XV y a madame Pompadour, con la que se le llegó a relacionar íntimamente. En 1760 el Rey de Francia le envió a La Haya como representante personal para negociar un préstamo con Austria para ayudar a financiar la guerra contra Inglaterra. Allí, sin embargo, no solo se enfrentó con su antiguo amigo Casanova, sino que fue acusado por el duque de Choiseul, ministro de Asuntos exteriores del Rey Luis, de conspiración contra Francia, lo que precipitó su huida.

Según parece, en Holanda, bajo el nombre de *conde de Surmount*, amasó una gran fortuna vendiendo ungüentos, pócimas y preparados para combatir cualquier mal, incluso la muerte; pero, aunque las acusaciones de timador y conspirador le perseguirían allá adonde fuera —se rumoreó incluso que precipitó las cosas para que el ejército ruso colocara en el trono a Catalina la Grande—, su natural disposición para la diplomacia le granjeó numerosos aliados en toda Europa.

También se hizo llamar, en épocas y lugares distintos, como *marqués de Montferrat*, *marqués de Aymar*, *conde de Belmar*, *de Soltikov*, *de Welldone*, *de Monte Cristo* y como *caballero de Schoening*, *monsieur Surmont*, *Zannoni* o *príncipe Rackoczy*.

GEORG VON KHEVENHÜLLER

Georg Khevenhüller, o Georg Von Khevenhüller (22 de abril de 1533 — 9 de septiembre de 1587), fue miembro de una noble familia austríaca que estuvo al servicio de la Casa de los Habsburgo. Ejerció como caballero, mayordomo, secretario y consejero imperial. También fue gobernador de Carintia. Adquirió la propiedad del Castillo de Hochosterwitz, uno de los escenarios donde se desarrolla la acción de esta obra, en 1571. En la actualidad, este célebre conjunto arquitectónico de origen medieval, situado sobre una roca dolomita de 172 metros de altura, en medio de una llanura,

cerca de Sankt Georgen am Längsee, al este de la ciudad de Sankt Veit an der Glan, en Austria, y convertido en una muy destacada atracción turística, continúa perteneciendo a sus descendientes y herederos.

GILGAMESH (o BILGAMÉS)

Es un personaje legendario de la mitología sumeria. Fue quinto rey de la ciudad de Uruk (Erech en los textos bíblicos; actual Warqa, en Irak) hacia el año 2750 a. C. Sucedió al rey Lugalbanda y reinó durante 126 años.

Su fama es debida a su condición de protagonista del llamado Poema o Epopeya de Gilgamesh, la obra literaria más antigua de la que hasta ahora se tienen noticias., en la que se cuentan sus aventuras junto a su amigo Enkidu.

El Poema de Gilgamesh trata sobre el universal anhelo humano de escapar a la muerte y sobre la imposibilidad de que dicho anhelo llegue a hacerse realidad, por ser la inmortalidad un privilegio reservado solo para los dioses.

HANS FRITZ VON HÜGEL

Hans Fritz Von Hügel es un personaje imaginario inspirado en la nefasta figura de Aribert Ferdinand Heim (28 de junio de 1914 — ¿10 de agosto de 1992?), médico de las SS austríaco y criminal de guerra nazi, también conocido como el *Doctor Muerte* o el *Carnicero de Mauthausen*, campo de concentración en el que torturó y asesinó a cientos de prisioneros.

Tras la guerra se instaló en Baden-Baden, Alemania, y ejerció como ginecólogo, hasta que fue identificado y desenmascarado por la policía austríaca en 1962. A partir de ese momento emprende una huida que le lleva por España y Sudamérica y que acaba en Egipto, donde vive durante muchos años, convertido al Islam, con el nombre de Tarek Farid Hussein. Se supone que falleció en 1992 como consecuencia de un cáncer de colon, aunque no hay evidencias claras de que esto fuera así y hasta la fecha su cuerpo no ha sido localizado.

HEH

Heh (Huh, Hah, Hauh, Huah, Hahuh) es el dios del espacio infinito y la eternidad en la mitología egipcia. Fue representado como hombre arrodillado o sentado sobre el símbolo del oro, nub, también con cabeza de rana, sujetando en sus manos dos hojas de palmera que simbolizaban los millones

de años de vida deseables para los egipcios.

Su figura, por cierto, aparece en uno de los objetos descubiertos por Howard Carter en la tumba de Tutankamón.

ISIS

Isis es el nombre griego de una diosa de la mitología egipcia. Su nombre era Iset, Aset o Ast, que significa "trono", representado por el jeroglífico que portaba sobre su cabeza. Fue denominada "Gran maga", "Gran diosa madre", "Reina de los dioses", "Fuerza fecundadora de la naturaleza", "Diosa de la maternidad y del nacimiento".

Según uno de los mitos más célebres e influyentes relacionados con la primitiva religión de la civilización del Nilo, y que, probablemente, mayor variedad de interpretaciones ha suscitado, antes de engendrar a Horus, Isis recuperó, recompuso e insufló de vida el cuerpo de su esposo, el dios Osiris, asesinado y descuartizado a instancias de su hermano Seth, para reinar en Egipto.

Aunque su origen es incierto, las primeras menciones de Isis datan de la dinastía V. Más tarde, su culto se hizo prominente cuando se empezaron a absorber y sincretizar los cultos de otras diosas. Con el tiempo se expandió por todo Oriente Próximo y el Imperio romano, con la construcción de templos lejanos dedicados a ella, como en las Islas Británicas o la Península Ibérica. Hasta el siglo VI se pudieron encontrar rastros de su adoración en Europa, dado que el cristianismo asimiló parte del simbolismo relacionado con esta divinidad y lo tradujo en el culto y la devoción a la figura de la Virgen María.

JACQUES DE MOLAY

Jacques Bernard de Molay fue el vigesimotercer y último gran maestro de la Orden del Temple.

Noble caballero francés, nació hacia 1245 en Borgoña. En 1265 se unió a la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón. En 1293, tras la muerte de Thibaud Gaudin, se erige en el hermano principal de la organización.

Promovió múltiples expediciones contra los musulmanes y logró entrar en Jerusalén en 1298, derrotando al Sultán de Egipto, Malej Nacer, en 1299, cerca de la ciudad de Emesa. En 1300 dirigió una incursión contra Alejandría y estuvo a punto de recuperar la ciudad de Tartus, en la costa siria, pero fue

derrotado.

En 1307, el Papa Clemente V, Beltrán de Goth y el rey de Francia, Felipe IV, ordenaron su detención y la de los demás caballeros bajo la acusación de sacrilegio contra la Santa Cruz, simonía, herejía e idolatría hacia Baphomet y Lucifer. Molay declaró y reconoció, bajo tortura, los cargos que se le imputaban, aunque con posterioridad habría de retractarse.

En 1314 fue quemado vivo en la hoguera frente a la Catedral de Notre Dame.

LUIS IV DE BAVIERA

También conocido como Ludovico, y miembro de la dinastía Wittelsbach, nació el 1 de abril de 1282 en Múnich. Fue rey de romanos desde 1314, rey de Italia desde 1327 y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1328.

Ostentó el título de duque de Baviera desde 1294 hasta 1301, en solitario, y hasta 1329 junto con su hermano Rodolfo I, conde del Palatinado. En 1314 fue designado rey de Alemania frente a Federico de Habsburgo con el que se disputó la corona, hasta derrotarle en la Batalla de Mühldorf (1322).

Luis IV de Baviera trató de ejercer influencia, ya como emperador, sobre territorio italiano, dando lugar a un violento enfrentamiento con el papa Juan XXII, que llegó a excomulgarle y acusarle de brujería. Luis también declaró depuesto al papa. Se hizo coronar emperador sin la presencia de Juan XXII en el año 1328 y logró la elección del antipapa Nicolás V. A pesar de ello, no pudo alcanzar sus objetivos frente a los poderes eclesiásticos, ni tampoco las metas territoriales que le enemistaron con parte de la nobleza germana.

En 1346 se opuso a la elección de Carlos IV como monarca alemán, pero no llegó a tener un enfrentamiento armado con este porque murió accidentalmente el 11 de octubre de 1347 tras sufrir un golpe en el transcurso de una cacería de osos.

Acogió en su corte a Marsilio de Padua, Guillermo de Ockham y Miguel de Cesena, grandes críticos de la Iglesia del momento y, sobre todo, del papado.

MARIO ROSO DE LUNA

Mario Raimundo Antonio Roso de Luna nació en Logrosán, provincia de Cáceres, el 15 de marzo de 1872 y falleció en Madrid el 8 de noviembre de

1931. Fue abogado, teósofo, astrónomo y escritor.

Conocido como Roso de Luna, se definía a sí mismo como “ateneísta” y ejerció como miembro activísimo del Ateneo de Madrid.

Tradujo al castellano las obras de Madame Blavatsky, produjo una larga serie de libros propios, agrupados en la llamada *Biblioteca de las Maravillas* y también teorizó sobre teosofía. Además, colaboró en la recogida de romances y otras tradiciones populares extremeñas y fundó la revista *Hesperia*, editada en Madrid de noviembre de 1921 a febrero-marzo de 1925.

Escribió para numerosas publicaciones de su época, como los periódicos *El Globo*, *El Liberal*, *La Libertad* o *La Voz de Extremadura* y un sinfín de revistas nacionales y extranjeras.

En 1893, el día 5 de julio, como astrónomo, avistó un cometa que desde entonces lleva su nombre. El Ayuntamiento de Madrid, tras su muerte, pocos meses después de la proclamación de la Segunda República, también dio su nombre a la calle en la que se encontraba el domicilio en el que pasó sus últimos años de vida y que hoy día, desde la implantación de la dictadura franquista en 1939, es conocida como “del Buen Suceso”, su antigua y originaria denominación. La misma calle que sirve de escenario a algunos de los hechos que se narran en *El Sueño de Tánato*.

MORDECAI NATHANIEL

Mordecai o Mardoqueo Nathaniel es un personaje mitad real mitad inventado. En particular, en lo que se refiere a su supuesta y pretendida condición de sabio consejero (como médico, mago, alquimista, astrólogo, etc) dentro de la corte de Praga en tiempos del emperador Rodolfo II de Habsburgo. En cualquier caso, lo que sí se sabe, y así consta, es que un tal Mordecai o Mardoqueo Nathaniel, de origen hebreo, es mencionado en diferentes documentos históricos relacionados con el entorno y la figura de este monarca. Lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta la importancia de la que gozaba la comunidad judía en la capital de Bohemia allá por el siglo XVI.

OSIRIS

Osiris es el dios de la resurrección, la vegetación y la agricultura, así como símbolo de la fertilidad y regeneración del Nilo. También preside el tribunal del juicio de los difuntos en la mitología egipcia. Su padre era Geb y

su madre era Nut. Los antiguos egipcios le atribuían la invención del vino.

De acuerdo con el mito, Osiris (el bien) es asesinado por su hermano Seth (el caos) y rescatado y temporalmente devuelto a la vida, mediante la intervención de su esposa y hermana Isis, para engendrar a Horus.

Osiris fue un héroe cultural, rey mítico, fundador de la nación egipcia, que enseñó a los hombres la civilización, las leyes, los secretos de la tierra, la fermentación para elaborar bebidas alcohólicas y cómo adorar a los dioses. Murió como hombre, pero resucitó como inmortal, gracias a los auspicios de Anubis.

OTTO HEINRICH WARBURG

Fisiólogo alemán, de ascendencia judía, nacido el 8 de octubre de 1883 en Friburgo de Brisgovia. En 1931 fue galardonado con el Premio Nobel de Fisiología o Medicina, por su "descubrimiento de la naturaleza y el modo de acción de la enzima respiratoria".

Cursó Química con Emil Fischer y obtuvo el doctorado en esta rama de las ciencias en 1906. También se doctoró en Medicina (por la Universidad de Heidelberg) en 1911. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió en la Guardia de Caballería prusiana.

Fue director, entre 1931 y 1953, del Kaiser Wilhelm Institute (actual Instituto Max Planck) de fisiología celular en Berlín. Investigó el metabolismo de los tumores y la respiración celular, particularmente de las células cancerosas. Escribió y editó *El Metabolismo de los tumores* (1931) y *Nuevos métodos de fisiología celular* (1962).

En 1944 sería nominado para un segundo Premio Nobel de Fisiología por sus investigaciones sobre la nicotinamida, el mecanismo de las enzimas de la fermentación, y el descubrimiento de la flavina.

Sus estudios sobre fisiología de las plantas, metabolismo celular y oncología le convirtieron en una figura clave en el desarrollo posterior de la biología de sistemas. Trabajó con Dean Burk en fotosíntesis y descubrió la reacción del I-quantum que libera el CO₂, activada por la respiración.

Perteneció a la Royal Society de Londres (1934) y a distintas academias de Europa, recibiendo numerosas distinciones, entre ellas, la Gran Cruz de la República Federal de Alemania y el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oxford.

En 1968, además, Otto Heinrich Warburg sorprendería al mundo

afirmando que en dos o tres años podría encontrar la cura para el cáncer.

Falleció el 1 de agosto de 1970 en Berlín.

RODOLFO II DE HABSBURGO

Rodolfo II de Habsburgo nació en Viena el 18 de julio de 1552. Fue Archiduque de Austria, rey de Hungría (1572-1608) y de Bohemia (1575-1611) y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1576-1612).

Hijo y sucesor del emperador Maximiliano II y de María de Austria y Portugal, hija del emperador Carlos V, se le describe en las crónicas como un hombre “de carácter débil, enfermizo y extravagante”. Residió en el Castillo de Praga desde 1583 hasta su fallecimiento. Pasaba de la apatía a la melancolía sin motivo alguno y fue muy aficionado a la alquimia, ciencia que conoció a la edad de once años en la corte de Madrid, donde se educó junto a su tío el rey Felipe II. También le interesaban la astrología, la magia y los juguetes mecánicos.

Durante su reinado hospedó en Praga a casi todos los destacados alquimistas de la época y con ello contribuyó al gran auge de la Academia Alquimista Praguense, en la que se mezclaría la vieja sabiduría alquimista y otros conocimientos medievales con las nacientes ciencias naturales. También se erigió en un gran mecenas de las artes y un protector de las ciencias experimentales, nombrando Matemáticos Imperiales al danés Tycho Brahe y al alemán Johannes Kepler. Además, se hizo famoso por reunir una inmensa colección de manuscritos y libros de magia, alquimia, misticismo y otras rarezas.

No obstante, dedicado como estuvo por completo a sus entretenimientos y excentricidades, en lo que se refiere a las tareas de gobierno se dejó dominar por sus favoritos y por los demás miembros de su familia mientras las arcas del tesoro público eran esquilmas.

En 1608, como consecuencia de sus supuestos problemas de salud mental, se vio obligado a renunciar al trono de Hungría, Austria y Moravia en favor de su hermano Matías de Habsburgo. Buscando el apoyo de los checos, concedió mediante la Carta de Majestad de 1609 la libertad religiosa a los nobles y a las ciudades de Bohemia, pero, a pesar de ello, su primo Leopoldo formó un ejército y ocupó parte de Praga en 1611, tras lo cual tuvo que abandonar el país.

Murió en enero de 1612.

AGRADECIMIENTOS

Llegados aquí, deseo expresar mi gratitud hacia Alberto Pertejo y al sello GoodBooks, de De Librum tremens Editores por la publicación de este libro. Apostar por la creación literaria en los tiempos que corren puede considerarse toda una heroicidad y, como tal, es digna de elogio.

Doy las gracias también, una vez más, al profesor José María Lázaro Bruña, por sus muy útiles y valiosas aportaciones para la redacción definitiva de esta novela. Sobre todo en lo que se refiere al uso del latín y el griego. Y por sus aclaraciones respecto a algunos detalles de relevancia histórica.

Por último, quiero agradecer públicamente a mi esposa, Siham Belkasmi, su capacidad, su entrega, su voluntad y su coraje para afrontar el día a día de nuestra vida en común. Sin su esfuerzo y su sacrificio, para suplir mis ausencias, yo no gozaría del privilegio de dedicarme, como me dedico, a fabular y a escribir.

J. A. ORTEGA
Los Barrios, 7 de agosto de 2018

[1] La Orden de los Adoradores de Heh.

[2] Las puertas de la inmortalidad me fueron abiertas. La nube que cubre los ojos de los mortales se disipó. Yo vi. Y los espíritus que presiden los elementos me reconocieron como su Maestro.

[3] Célebre y polémico mago, ocultista y esoterista británico (1875-1947). También conocido como Master Therion, Baphomet, Lord Boleskine o Conde Vladimir Svareff.

[4] Sobre nosotros.

[5] No nos busques, nosotros te buscamos.

[6] El final de la cuenta atrás. Canción del grupo sueco de rock duro llamado “Europa”, que fue un éxito de ventas en la década de los ochenta del pasado siglo XX.

[7] Para alcanzar la inmortalidad debes vencer a la muerte.

[8] Personaje legendario de la mitología sumeria protagonista de una epopeya relacionada con la búsqueda de la inmortalidad.

[9] Aunque sin cuerpo presente al que adorar.

[10] Centro Nacional de Inteligencia. Servicio de Información y Espionaje del Gobierno de España.

[11] Abreviatura con la que es conocida la Oficina Federal de Investigación Criminal, una de las fuerzas policiales en la República Federal de Alemania.

[12] Es freut mich Sie kennenzulemen. Encantado de conocerla.

[13] Igualmente.

[14] Joven señorita.

[15] Servicio de Inteligencia de la República Federal de Alemania (BND).

[16] Álbum de fotografías.

- [17] Academia de Ciencias de Austria.
- [18] Buenos días.
- [19] Abreviatura con la que es conocido el Bundesnachrichtendienst, Servicio Federal de Inteligencia, la agencia de información y espionaje de la República Federal de Alemania.
- [20] Direction Générale de la Sécurité Extérieure. Agencia de Inteligencia de la República Francesa.
- [21] Las Schutzstaffel. Escuadrones de Protección. Fuerzas paramilitares al servicio de Adolf Hitler y el Partido Nazi en la Alemania del Tercer Reich.
- [22] Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.
- [23] La Orden Teutónica, también conocida como Orden de los Caballeros Teutónicos u Orden de los Teutónicos del Hospital Militar de Santa María de Jerusalén, es una organización medieval de carácter religioso-militar, católica y mariana, fundada en Palestina en 1190, durante la Tercera Cruzada, en la fortaleza de San Juan de Acre.
- [24] Tipo de cazadora de nailon o cuero, tanto para hombre como para mujer, diseñada a imitación de las que utilizaban los aviadores en la primera mitad del siglo XX.
- [25] “Mediador entre el cerebro y las manos ha de ser el corazón”.
- [26] Organización terrorista de naturaleza yihadista que se autodefine como Estado o Califato Islámico.
- [27] Plato especiado, elaborado principalmente con carne de res, cebollas, pimiento y pimentón, originario de Hungría.
- [28] Tipo de cerveza que se consume principalmente en Baviera, al sur de Alemania.
- [29] Agente ficticio del departamento de homicidios de la Policía de Los Ángeles (California) en una popular serie de televisión estadounidense de la década de los setenta del pasado siglo, encarnado por el actor norteamericano Peter Falk.
- [30] Detective ficticio de origen belga creado por la célebre novelista y dramaturga británica Agatha Christie.
- [31] Detective imaginario encarnado por el actor norteamericano William Conrad en una popular serie de televisión estadounidense, de género policiaco, producida y emitida también en la década de los setenta del siglo XX.
- [32] Siglas por las que se conoce la Policía Federal de Alemania.
- [33] Siglo XIV.

- [34] En griego clásico: ὕπνος θανάτου.
- [35] En arábigo: حلم الموت
- [36] Estación Central.
- [37] Subteniente.
- [38] Nombre que recibieron las Fuerzas Armadas alemanas entre 1935 y 1945.
- [39] Nombre que reciben las Fuerzas Armadas Unificadas de Alemania en la actualidad.
- [40] Policía Federal.
- [41] "No a nosotros, Señor, no a nosotros. Sino a Tu Nombre sea dada la Gloria".
- [42] El más Grande de los Secretos junto a la Semilla de la Longevidad.
- [43] Emperador Carlomagno.
- [44] Antigua y Secreta Orden de la Rosa Roja y de la Cruz Dorada.
- [45] Variedad de uva con la que se fabrican determinados vinos que, además, son distinguidos con ese nombre genérico.
- [46] En referencia a los vinos con denominación de origen de la región de Leithaberg perteneciente al estado federado de Burgenland, Austria.
- [47] Título nobiliario que era utilizado en la India equivalente al de "señor" o "barón".
- [48] Tarta de chocolate típica de Austria.
- [49] La Buena Nueva de la Fraternidad de la Rosacruz.
- [50] Confesión o Declaración de la Fraternidad.
- [51] Acrónimo de la Österreichische Akademie der Wissenschaften (Academia Austríaca de Ciencias).
- [52] Fiesta popular que se celebra en Austria, y que recuerda a la de Halloween, en la que jóvenes y no tan jóvenes se caracterizan como diablos y cada noche del 5 al 6 de diciembre recorren calles asustando a niños y no tan niños.
- [53] Rodolfo Segundo, elegido emperador de los romanos por la gracia de la Divina Providencia, siempre Augusto. Año del Señor de 1586.
- [54] Plato de carne temera cocida al estilo vienés.
- [55] Especie de empanadillas de pasta rellenas de queso, menta y ciruelas.
- [56] Licor de aguardiente con más de 32° de alcohol, típico de las regiones germanófonas y hecho a base de cereales o frutas.
- [57] Actual Bratislava.
- [58] Fortificación defensiva ubicada en una zona elevada de terreno.
- [59] Sede episcopal de Bratislava.
- [60] Mariano Germán Simancas Carrión fue responsable de la División de Cooperación Internacional de la Dirección General de la Policía (DGP) hasta 2017. Anteriormente también fue jefe de la Oficina de Interpol en Madrid y jefe de la Unidad de Antiterrorismo de Europol.
- [61] Animales marinos de constitución celular relativamente simple entre los que se incluyen las medusas.
- [62] Mayor.
- [63] El Sueño de Tánato.
- [64] Jefe de Grupo. En las SS equivalía al grado de teniente general.
- [65] Václav Krolmus (1790-1861). Sacerdote y escritor checo que cultivó como afición la arqueología y realizó algunos

destacados descubrimientos.

[\[66\]](#) Pistola semiautomática de fabricación rusa desarrollada por Fiódor Tókarev.

[\[67\]](#) Fuente: Wikipedia.